

Universidad de Santiago de Compostela

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Grado en Ciencia Política y de la Administración



TRABAJO DE FIN DE GRADO

Una revisión sobre la idea de nación en la obra de Otto Bauer.

Unha revisión sobre a idea de nación na obra de Otto Bauer.

A review about the idea of nation in the work of Otto Bauer.

Nicolás Filgueiras González

Director del trabajo: Dr. Ramón Máiz Suárez

Julio de 2019

1	Introducción.....	2-11
2	Objetivos de la investigación.....	11-13
3	Revisión y análisis de las principales investigaciones.....	13-14
4	La herencia doctrinal contenida en la II Internacional.....	14-40
5	La idea de nación en Otto Bauer.....	40
5.1	Contexto histórico y socio-político de la producción teórica de Otto Bauer.....	40-46
5.2	La respuesta teórico-política del austromarxismo.....	46-51
5.3	Austromarxismo y cuestión nacional.....	51-52
5.3.1	Karl Renner.....	52-57
5.3.2	Otto Bauer.....	57-67
5.4	Características generales del abordaje teórico-político de Otto Bauer.....	67-69
5.5	Desarrollo histórico de las formas nacionales.....	69-80
5.6	Apertura y renovación de los principales marcos interpretativos marxistas.....	80-86
5.7	Concepto no esencialista de nación.....	86-97
5.8	Propuesta de federalismo plurinacional.....	97-101
6	Conclusiones.....	101-103
7	Índice de gráficos y tablas.....	104
8	Bibliografía.....	105-108

Agradecimientos

A Ramón Máiz Suárez, al que le debo buena parte del interés surgido por este tema debido a sus fascinantes clases de teoría política, gracias por la atención y las recomendaciones otorgadas durante la elaboración del trabajo. A los profesores de la facultad que me han enseñado contenidos y despertado múltiples inquietudes intelectuales. A mis amigos por todo lo compartido y por haberme confiado tantos momentos de diálogo crítico. Especialmente quiero agradecerles a mi compañero Yonay, por tantas y tantas horas de convivencia conjunta, a mi estimado camarada Rubén, por la reflexión y los vínculos compartidos, y a mi querido Andrés, que me ha acompañado durante estos últimos años en todas y cada una de mis adversidades. Y por último, a mis padres por haberse sacrificado tanto para que yo llegase hasta aquí, y especialmente a mi madre, que no ha hecho más que apoyarme y quererme durante toda mi vida.

1 Introducción

Entre finales del siglo XIX y finales de la Primera Guerra Mundial, Europa vivió un período caracterizado por el aumento de las guerras protagonizadas por los nacionalismos, la crisis de los imperios, la inmigración masiva, las limpiezas étnicas y los genocidios. Esta situación generó diversos debates en el seno de la II Internacional acerca de la táctica y estrategia a seguir en los movimientos obreros de cada país, dando lugar a una pluralidad de interpretaciones. En este contexto, el principal esfuerzo teórico y/o político por abordar el problema de un modo más complejo lo realizó Otto Bauer. En el siguiente trabajo revisamos el abordaje teórico-político de la cuestión nacional que realizó este autor, procurando entender la posición que ocupa el concepto de nación y sintetizando tanto la herencia doctrinal como la pluralidad interpretativa y normativa contenida en sus ideas.

Antes de adentrarnos en revisión de la idea de nación en Bauer, queremos aportar algunas justificaciones sobre el objeto de estudio escogido en nuestra investigación. En primer lugar, pensamos que el problema de las nacionalidades abordado en su obra *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia (Siglo XXI, 1979)* es uno de los fenómenos socio-políticos más interesantes para estudiar desde la ciencia política. Se trata de un fenómeno histórico que se prolonga hasta nuestros días, y que por lo tanto posee una pertinencia empírica nada desdeñable. En segundo lugar, las tesis contenidas en la idea de nación de Bauer nos parecen interesantes tanto para la teoría política y normativa como para la propia tradición interpretativa marxista en la que se inscribe nuestro autor. Por último, también existen una serie de razones personales que pensamos que influyen en la selección del objeto investigado.

Sobre el primer conjunto de justificaciones, pensamos que debido al contexto multinacional del Imperio Austro-húngaro, sumado a los sucesos de la Primera Guerra Mundial y la configuración de un nuevo orden continental bajo el principio de las nacionalidades promovido por los Estados Unidos de América¹, el problema de las nacionalidades posee una importancia empírica e histórica nada desdeñable. Se trata de un fenómeno sumamente complejo, donde se interrelacionan muchas identificaciones más allá de las nacionales, con distintas articulaciones y consecuencias nuestro autor trató de abordar. Quizás debido a esta complejidad, el esfuerzo

1 La fragmentación en pequeños estados ha sido un principio articulador clave para mejorar la influencia geopolítica de la potencia norteamericana en determinadas regiones. A este respecto escribe Löwy (1974, p. 113-114) que desde Woodrow Wilson "el nacionalismo de las grandes potencias ha renovado su arsenal ideológico y ha hecho suyas las consignas de democracia, igualdad de las naciones y derecho de autodeterminación", siendo proclamadas por estadistas como Lyndon Johnson en 1966 en el contexto previo a la guerra de Vietnam.

teórico y político de Bauer por comprender el problema de las nacionalidades fue uno de los más importantes dentro de la tradición interpretativa marxista de la II Internacional.

La producción teórica y política de nuestro autor se localiza en un contexto histórico intermedio entre la fase de los nacionalismos de Mazzini (1830-1870) y la Primera Guerra Mundial (1914-1918) caracterizado por la creciente importancia de la cuestión nacional y por el auge del nacionalismo tanto en los imperios multinacionales como en los restantes estados europeos (Hobsbawm, 1997). El problema de las nacionalidades se deriva de la inexistencia de una "correspondencia biunívoca entre la distribución espacial de las nacionalidades y la ordenación territorial" (García-Pelayo, 1977, p. 1-2), o de lo que es lo mismo: la inexistencia de una coincidencia plena entre el territorio y la nación². El territorio en donde los estados nacionales anclaron sus respectivas fronteras equivaliendo el estatuto de ciudadanía con el de nacionalidad (Beiras, 2017) puede no corresponderse con las múltiples identificaciones nacionales que lo componen. Este hecho, acompañado por la lógica monista subyacente a los principios del estado nacional y de las nacionalidades (Máiz, 2019), potencia la disputa entre las nacionalidades, bien por el control del estado bien por la independencia nacional, produciéndose un equilibrio inestable entre la satisfacción de una nacionalidad y la lesión de las restantes. Se trata de un problema de extrema complejidad: tanto en lo referido a las demandas de los movimientos nacionalistas, siempre dependientes de la pluralidad y pluralismo interno a toda nacionalidad, como en lo competente a los arreglos institucionales y propuestas para abordar tales desafíos.

El auge del nacionalismo entre 1870 y 1914 se produjo a consecuencia de cambios sociales y políticos, así como de una situación internacional que permitió la expresión de hostilidad hacia los extranjeros (Hobsbawm, 1997). Entre 1876 y 1914 tuvo lugar una multiplicación de los movimientos nacionalistas en regiones donde hasta ese momento eran desconocidos³: desde su

2 Esta identificación de la nación con el estado proviene de una concepción política de la nación asentada durante la revolución francesa que ha supuesto la equivalencia entre el estatuto de ciudadanía y el de la nacionalidad (Beiras, 2017). El entendimiento de la necesaria correspondencia entre la nación política y el pueblo soberano ha generado muchos problemas a la hora de abordar la plurinacionalidad, llevando a atender a esta última como un problema que remediar mediante arreglos parciales, y no como un motivo para replantear los principios sobre los que se cimentan algunas de las prácticas institucionales derivadas del "nacionalismo cívico" (Máiz, 2018, p. 86). De momento queremos llamar la atención sobre cómo el problema de las nacionalidades se ha referido a las asimetrías entre el estado y la(s) nación(es) (territoriales o extraterritoriales) que no constituyeron un estado propio o se les fue despojado.

3 Hobsbawm (1997) sostiene al respecto que:

"[...] Sin embargo, aunque nos limitemos a Europa y sus alrededores, en 1914 encontramos muchos movimientos que apenas existían, o no existían en absoluto en 1870: entre los armenios, los georgianos, los lituanos y otros pueblos bálticos y los judíos (tanto en su versión sionista como en la no sionista), entre los macedonios y los albaneses en los Balcanes, los rutenos y los croatas en el imperio Habsburgo -el nacionalismo croata no debe confundirse con el anterior apoyo de los croatas al nacionalismo yugoslavo o <<ilirio>>-, entre los vascos y los catalanes, los galeses, y, en Bélgica, un movimiento flamenco claramente radicalizado, así como inesperados toques de nacionalismo local en

intensificación en los imperios austro-húngaro y turco hasta los nacionalismos interiores franceses, alemanes e italianos, pasando por el desafío irlandés y escocés en Reino Unido o la secesión de Noruega en Suecia (Hobsbawm, 1997). Previamente a esta etapa, la política internacional europea sufrió una convulsión entre 1830 y el decenio de 1870 caracterizada por la formación de nuevos estados nacionales según el principio de nacionalidad proclamado por Mazzini (Hobsbawm, 1997)⁴.

A la emergencia de los nacionalismos le acompañaron múltiples confrontaciones entre las grandes potencias continentales, como las tensiones entre Austria-Hungría y Rusia por los territorios del Imperio Otomano, el reparto colonial de África entre Francia, Gran Bretaña y Alemania o el revanchismo francés respecto de Rusia entre 1870-1871 (Hobsbawm, 1997). También le precedió una inestabilidad en la política nacional de los países, caracterizada por el ascenso de la socialdemocracia, la consolidación de los movimientos obreros o la revolución rusa de 1905. En este contexto se conformaron dos bloques defensivos: por un lado la Triple alianza, que agregaba a Alemania, Italia y el Imperio Austro-húngaro; y por otro la triple entente, integrada por Francia, Rusia y Gran Bretaña. El viejo orden continental, capaz en el pasado de conseguir una paz relativa, entraba en una escalada de confrontación hasta desembocar en el comienzo de la Gran Guerra, un conflicto de nueva naturaleza caracterizado por la inmensa dimensión de los ejércitos, la exigencia de una enorme cantidad de aprovisionamiento y de capacidad logística, y el gran esfuerzo colectivo, especialmente en lo referido a la producción industrial (Fontana, 2017).

El país de residencia de Otto Bauer tuvo un papel importante⁵ en la Primera Guerra Mundial, lo que afectó directamente a la trayectoria política e intelectual del mismo. Finalmente, la implicación de los Estados Unidos de América como asociado independiente de la Entente influyó decisivamente, mediante la política internacional propuesta por Woodrow Wilson en sus

lugares como Cerdeña. Hasta podemos detectar los primeros síntomas de nacionalismo árabe en el imperio otomano" (p. 115).

4 Para Hobsbawm (1997, p. 112), la fase de desarrollo del nacionalismo vivida por Bauer (1870-1918) fue diferente del nacionalismo de Mazzini en tres aspectos esenciales: primero, en la ruptura con el "principio del umbral" que tuvo como efecto que cualquier conjunto de personas que se considerasen como "nación" legitimase la reivindicación de la autodeterminación nacional como el "derecho a un estado aparte, soberano e independiente para su territorio"; segundo, en la producción de un aumento exponencial de las "naciones no históricas" a consecuencia de la conversión de los criterios étnicos y lingüísticos como elementos centrales para considerar la existencia nacional; y tercero, en el giro derechista de la nación y la bandera decisivo para el sentimiento nacional de los estados nacionales ya constituidos, fenómeno al que a finales del siglo XIX se le designó mediante el término "nacionalismo".

5 El incidente imprevisto seleccionado como hito de la fecha concreta de inicio de la guerra consistió en el atentado del 28 de Junio de 1914 en Sarajevo contra el archiduque de Austria por parte de bosnios partidarios de Serbia, lo que desencadenó un papel activo del Imperio Austro-húngaro en la justificación de intervención contra Serbia y la ubicación de Rusia como enemigo (Fontana, 2017).

"14 puntos para la paz" el 8 de enero de 1918, en la desarticulación del Imperio Austro-húngaro y la conformación de la asociación general de Naciones (Fontana, 2017). Se puso de relieve la crisis interna del Imperio Austro-húngaro, que agravada por la revolución rusa en marcha, vivió numerosas huelgas y motines por parte de los grupos nacionales separatistas tras posicionarse en condiciones de sumisión en las conversiones de paz con Francia, cristalizadas en unos Tratados de Paz (Saint-Germain-en-Laye con Austro-Hungría) que reflejaron las imposiciones de las potencias vencedoras (el "consejo de los cinco"): un convenio de creación de la Sociedad de Naciones, un nuevo mapa europeo y un nuevo reparto colonial (Fontana, 2017)⁶.

Visto con perspectiva los sucesos históricos: ¿Qué actualidad tiene el problema de las nacionalidades? Tras la crisis de 2008, la desarticulación de sociedades enteras, caracterizadas por la "inestabilidad, guerras abiertas y de baja intensidad, crisis económicas" (San Miguel, 2018, párr. 1), y el surgimiento de procesos de atomización social y privatización de la esfera pública, han puesto de relieve la crisis del proyecto de globalización económica y cultural actual. En la última década hemos acudido a un sentimiento generalizado de distanciamiento de la ciudadanía respecto de las élites, pero esto no se ha traducido en un único movimiento de transformación social sino que en "construcciones políticas de signo muy diverso" que comparten la necesidad de "refundar el lazo social y (re)construir un pueblo" (San Miguel, 2018, párr. 2). La dirección en que reconstruir ese lazo social apunta a una pluralidad de interpretaciones, proyectos políticos y sentidos en disputa: desde el auge de la "derecha radical" en países como Francia o Hungría, a la aparición de *Podemos* y *Syriza*, o la irrupción del *Movimento Cinco Stelle*. El ofrecimiento de una identificación colectiva, capaz de trascender la individualidad, ha seguido un curso ambiguo, y en la medida que muchos de estos proyectos comparten una crítica y/o escepticismo respecto de la Unión Europea y una vuelta a la soberanía nacional (señalando horizontalmente el enemigo del "pueblo" o de la "nación": la oligarquía), no ha sido así en lo referido al establecimiento de enemigos internos en la comunidad (*fronteras*

6 La nueva situación otorgó un escaso rédito a Italia, los derechos de Alemania en China y el pacífico a Japón, y el reforzamiento geopolítico de los Estados Unidos de América, Francia y Gran Bretaña (Fontana, 2017). El Imperio Austro-húngaro sufrió las mayores pérdidas territoriales en medio de una remodelación de Europa Oriental en pequeños estados (Polonia, Checoslovaquia, Rumanía): Austria pasó de 51,39 millones de habitantes a 6,5 millones (con la respectiva pérdida de la capacidad industrial y productiva) mientras que Hungría perdió 2/3 de su territorio y 3/4 de su población (Fontana, 2017). El nuevo arreglo constituyó dos países nuevos (Polonia y Checoslovaquia-Serbia) y provocó un tercer cambio en el ordenamiento político que desembocó en la constitución de Finlandia, Estonia, Lituania y Letonia (Fontana, 2017). Como veremos en el abordaje de Otto Bauer, el principio de las nacionalidades impulsado desde los Estados Unidos de América se postuló como dominante en el continente europeo, apareciendo Estados nacionales por decreto, y más que proponiendo una solución al problema de las nacionalidades, consiguió ser un agravante de los mismos, llegando a considerarse una de las variables explicativas de la Segunda Guerra Mundial o de las limpiezas étnicas posteriores (Fontana, 2017)

interiores a la nación/pueblo, verticales: inmigrantes, mujeres, homosexuales⁷).

En este sentido, el continente europeo está viviendo un *revival* de los discursos mistificadores de la soberanía (Máiz, 2019), con ejemplos que van desde los posicionamientos soberanistas de Salvini hasta el desafío independentista en Cataluña o el Brexit. Las formas supranacionales desarrolladas durante la globalización han demostrado un cierto agotamiento entre muchos sectores de la sociedad, que descontentos con los proyectos cosmopolitas y el “neoliberalismo progresista” (Fraser; citada en San Miguel, 2018, párr. 2) han situado en un primer plano político la dimensión nacional mediante demandas de secesión, políticas de identidad o una mayor soberanía nacional. Por estas y más razones pensamos que el fenómeno estudiado por Otto Bauer posee una relevancia histórica que llega hasta nuestra actualidad.

Pero no sólo nos parece relevante el fenómeno estudiado por Bauer. En la medida en que la globalización neoliberal ha configurado sociedades complejas, con múltiples conflictos de clases y nacionalidades dentro y fuera de las fronteras estatales, también consideramos de gran relevancia algunas de las hipótesis interpretativas y preguntas formuladas por Otto Bauer: ¿Cómo se relacionan las identificaciones clasistas con las nacionales? ¿Es posible un patriotismo “democrático” y/o socialista? ¿Se debe reconocer política y jurídicamente el pluralismo cultural interior a las comunidades? ¿Deben organizarse los movimientos transformadores en base a estas diferencias nacionales? ¿Es el derecho de autodeterminación de las naciones un derecho teórico y normativamente defendible? Si lo es, ¿en qué condiciones? ¿Son los nacionalismos necesariamente opuestos a los intereses del proletariado o de las "clases populares"? ¿Son "patria", "nación" o "pueblo" conceptos y/o abstracciones al servicio de los intereses de la oligarquía?

La teoría político-normativa de Bauer abordó problemas de actualidad como los desafíos secesionistas, los nacionalismos desde o contra el estado, las guerras civiles (o internacionales), los genocidios étnicos o la asimilación cultural. Y es que a día de hoy existe una multiplicidad de nacionalismos con diversas estructuras ideológicas, reivindicaciones y estrategias, que lejos

7 Debemos la idea de las demarcaciones horizontales y verticales a la explicación de Vallespín (2017) sobre las lógicas de construcción política del populismo. También queremos incorporar la reflexión de Máiz (2019), según la cual el problema de los nacionalismos no reside en el establecimiento de una "frontera interior", puesto que todo "espacio político implica una frontera" debido a que en el seno de la ciudadanía existe una diversidad de posiciones conflictivas y superpuestas (p. 13). El problema residiría en su apertura o compatibilidad con los principios democráticos: ¿Es compatible el cierre monista de la nación con la soberanía popular o con la ciudadanía republicana? ¿Y con los requerimientos normativos de la democracia? ¿Es compatible con las dimensiones deliberativas, participativas y representativas? La densidad contenida en la delimitación de la frontera (a cuántos dejás "afuera" de la comunidad, quienes son los "otros") marcará la apertura contenida en la "cadena de equivalencias representada en el pueblo" (p. 13).

de anunciar el final de los conflictos entre nacionalidades parece situarse como una dimensión capital a la hora de pensar lo político (Máiz, 2019). Esta compleja matriz de identificaciones nacionales y conflictos políticos contemporánea fue anticipada en la Viena de fin de siglo. Esto nos lleva a captar la importancia de las aportaciones de Bauer en dos sentidos: primero, en que su abordaje supuso un momento de apertura y sistematización sobre la cuestión nacional desde el marxismo, una tradición interpretativa que a pesar de haber atendido al fenómeno no lo había sistematizado⁸. Esto hace de la obra de Bauer un objeto de interés para el conjunto de debates teóricos marxistas sobre la cuestión nacional; y segundo, en la medida que propone soluciones al complejo problema de las nacionalidades en Austria-Hungría, su obra arroja argumentos a considerar en el debate contemporáneo sobre la democracia, el cual, desde las tradiciones liberal y republicana, ha omitido tradicionalmente la centralidad política de la nación, abandonándola a la suerte de las conceptualizaciones nacionalistas (Máiz, 2019)⁹.

En lo referido al interés que la obra de Bauer puede suscitar para el debate contemporáneo sobre la democracia¹⁰, veremos en que medida nuestro autor desarrolla teorías y conceptos

- 8 El problema de las nacionalidades fue abordado teóricamente de manera desigual por la tradición interpretativa marxista. En la medida en que las identificaciones clasistas se interrelacionaban con las identificaciones nacionales, el conjunto de la tradición interpretativa marxista de la II Internacional acabó por considerar a esta situación como un objeto de estudio, produciéndose un conjunto de debates sobre la cuestión nacional (Haupt, Löwy, 1980). Hobsbawm (1997) señaló esta preocupación por la "inmensa coincidencia entre la atracción del descontento nacional y la del descontento social" de los partidos socialistas de la época en dos dimensiones: primero, en lo referido a la "atracción de las consignas nacionalistas para trabajadores que deberían escuchar sólo el llamamiento del internacionalismo y la clase"; y segundo, en lo referido a la forma de tratamiento de "los partidos obreros que apoyaban simultáneamente al nacionalismo y al socialismo" (p. 134).
- 9 Seguimos con la reflexión de Ramón Máiz (2019), en este caso a lo que él llama la irreflexiva "huída de la nación" (p. 13). Se ha abandonado la dimensión nacional (clave comunicativa, política y emocional) por parte de las tradiciones republicana y liberal, dejando al nacionalismo el "monopolio de un escenario" clave en la "lucha cotidiana por la dirección intelectual y moral de una comunidad" (p. 13). De este modo, la nación pasa a clausurarse bajo una lógica monista, que mediante el "interés común", la "cultura" o la "lengua" (es decir, un cierre mediante criterios más o menos orgánicos y/o culturalistas, pero siempre unilaterales y excluyentes), deslinda sobre un territorio el dominio de la nación mayoritaria, constituyendo una 1) "cadena de significación saturada como homogénea y sustancialista" y 2) un cierre autoritario del "nosotros/ellos", de lo "propio-ajeno" y del "amigo-enemigo" (p. 13-14).
- 10 La reflexión sobre la democracia se ha encontrado escindida entre el liberalismo, que ha planteado su reflexión en torno al *crathos* ("cracia"), y el comunitarismo, que se ha centrado en la cuestión del *demos* ("demo") (Máiz, 2019). Este debate parte desde el siglo XIX en las discusiones entre dos lógicas monistas (reverso negativo una de la otra) que se han enfrentado al desarrollo de sociedades cada vez más pluralistas: 1) el principio de los estados nacionales (Estado=Nación=Cultura) y 2) el principio de las nacionalidades (Nación=Estado=Cultura). Ramón Máiz (2019) ha señalado la necesidad repensar el lugar teórico de la nación, lo que implica ampliar 1) el horizonte de la teoría de la democracia más allá del "crathos" (hacia el *Demoi*), y ampliar 2) la teoría de la nación más allá de lógica monista, enfrentándose a dos obstáculos principales: la dicotomía existente entre nacionalismo étnico y nacionalismo cívico, y la visión prepolítica de la nación (p. 11-12). Se trataría de asumir la insostenibilidad empírica, teórica y normativa, del cierre monista de la nación, el cual asume que el territorio es propiedad exclusiva de una nación, erradicando la igualdad y libertad real para todos, expulsándose el pluralismo y la diferencia en el seno de la comunidad (Máiz, 2019). Esta clausura monista alimenta la escisión entre los dos mundos del nacionalismo étnico y el nacionalismo cívico, formando la apariencia de ambos como opuestos e irreconciliables, y obviando que toda "nación" o "comunidad nacional" es una síntesis específica de elementos étnicos/culturales y cívicos en un contexto histórico específico, que en su interior alberga varias versiones de su historia y sentido compartido, confirmando su

normativamente defendibles. Si tenemos en cuenta que las teorías de la nación y los estudios de caso han tenido su *boom* en los años ochenta del pasado siglo, produciéndose un desarrollo tardío al respecto de la emergencia del nacionalismo y los estados nacionales en el siglo XIX-XX (López, 2011), captamos la originalidad de un Bauer que escribió en un contexto de complejidad anticipada a nuestro tiempo. Este ha desarrollado consideraciones de lo más interesantes no sólo para el campo de estudios de la teoría política normativa, sino que para el análisis jurídico-constitucional, la filosofía política o la política comparada. Sus aportaciones pueden contribuir a repensar los diseños y arreglos institucionales, a responder a los desafíos secesionistas o a pensar la plurinacionalidad del estado.

El abandono del territorio común de lo nacional en el nacionalismo ha provocado un vocabulario organicista, sustancial, y con una situación en fronteras interiores y exteriores (Máiz, 2019). Se ha producido una exterioridad al respecto de la dimensión nacional por parte del liberalismo y el republicanismo, pero debemos advertir que el marxismo no se ha quedado atrás, desatendiendo por igual la dimensión estratégica de lo nacional en la "construcción transversal del pueblo" (Máiz, 2019, p. 14). Esto nos lleva al segundo de los sentidos expuestos anteriormente: la originalidad de la idea de nación de nuestro autor y el desarrollo de la cuestión nacional en el marxismo, que como tradición interpretativa también ha desatendido teóricamente el problema de las nacionalidades. ¿Choca el marxismo frontalmente con la ideología nacionalista? ¿Debe hacer una diferenciación entre las naciones oprimidas y las naciones opresoras? ¿Son la nación y el estado realidades situadas en niveles, estratos e instancias distintas? ¿Qué relación guardan ambos? ¿Es suficiente la existencia objetiva de la realidad nacional para la definición de lo que es una nación o precisa de ciertos factores referidos a la subjetividad o la imaginación?

También se ha producido una *huida de la nación* desde Marx a las tradiciones interpretativas marxistas posteriores de la II Internacional. El pensamiento sobre la cuestión nacional es un fenómeno desconocido/fragmentado en los desarrollos teóricos marxistas, los cuales no tienen una teoría general explicativo-normativa sobre la nación (Haupt, Löwy, 1980). Es un campo de estudio fecundado durante la II Internacional, a falta de textos sistemáticos en Marx y Engels sobre el tema. Esta fecundidad se ha traducido en varias tesis, principios programáticos y soluciones (contrarias y/o complementarias) que demuestran un desarrollo teórico no lineal y lleno de obstáculos¹¹. Estas dificultades categóricas y conceptuales han determinado los

pluralismo interno (Máiz, 2019, 79-91).

11 Según Haupt y Löwy (1980), estos obstáculos se ubican tanto en lo ideológico, referido a la confrontación entre

obstáculos en el abordaje de la dimensión nacional, los cuales se han orientado en dos direcciones: por un lado, en la densidad de lo nacional y la cancelación de su lugar; y por otro, en la tendencialidad nacionalista (Rivadeo, 1994). De este modo se ha producido una exterioridad entre las categorías de clase y nación, conformándose una teoría no lineal ni sistemática (Haupt, Löwy, 1980).

El análisis y síntesis de la pluralidad y secuencias discursivas contenidas en la idea de nación de nuestro autor nos permitirá compartir un objetivo planteado por Laclau y Mouffe (2015, p.28): el “rescate de la variedad y riqueza del discurso marxista de la II Internacional”, que tras el período de entreguerras fue anulado por el marxismo-leninismo estalinista y postestalinista¹². Por lo tanto pensamos que para entender el lugar teórico de la nación en la teoría de Bauer es necesario analizar y sintetizar el pensamiento marxista sobre la cuestión nacional que heredó, es decir: si se quiere captar las características generales, las consecuencias teórico-políticas o el grado de apertura de la obra de nuestro autor debemos conocer la herencia doctrinal del paradigma interpretativo marxista desde el que partió. Esta tarea todavía está por hacer, por lo que el objetivo que se proponía Haupt (y Löwy, 1980) de desarrollar un "itinerario de desciframiento del pensamiento marxista sobre una cuestión conocida fragmentariamente" (p. 12) sigue estando vigente, ya que sigue siendo un objeto de estudio aclarar las etapas teóricas o los contextos de producción de la obra de nuestro autor, así como de desentrañar los "obstáculos, urgencia y naturaleza del problema" para ofrecer los "puntos de apoyo sobre la cuestión de los pensadores marxistas" (p. 12-13).

Por último, en el conjunto de justificaciones de la relevancia del tema expuestas hasta ahora, quería mencionar algunas consideraciones personales. En primer lugar, debido a que la idea de nación en Bauer no ha sido un tema abordado con profundidad todavía, me ha entusiasmado el

representantes de diversas teorías, como en lo político, referido a la necesidad de definiciones tácticas a un fenómeno exterior a la morfología marxista. Por esta consideración, Haupt omite el uso de "marxismo" en el título de su trabajo. El primer estudio reivindicado como marxista sobre el fenómeno antes de 1914 lo constituye un folleto de Stalin (*El marxismo y el problema nacional*) que sería posteriormente elevado a estatuto teórico de la ortodoxia marxista.

12 En la introducción de *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau y Mouffe (2015) diagnosticaban que el pensamiento de la izquierda estaba en una encrucijada entre las "verdades evidentes" del pasado (los fundamentos teóricos y políticos que constituyeron el horizonte intelectual marxista) y las transformaciones históricas ("que han removido el suelo bajo sus pies"), y que "las formas clásicas de análisis y cálculo político, la determinación de la naturaleza de las fuerzas en conflicto y el sentido mismo de las luchas y objetivos" (la "forma de concebir el socialismo y el modo de hacerlo realidad") han sufrido un cuestionamiento debido a "un conjunto de fenómenos nuevos y positivos" (p.25). El desarrollo de la cuestión nacional en nuestro autor se encuadra en un conjunto de dificultades teóricas del marxismo, relacionadas con el estado y los ámbitos políticos e ideológicos, pero también con el fenómeno nacional. Veremos como Bauer, uno de los componentes del austromarxismo representa un segundo momento en la reflexión sobre la cuestión nacional y una apertura al respecto de la ortodoxia marxista.

trabajo de análisis y síntesis realizado, lo que me anima a seguir estudiando un campo de estudio relativamente fecundo. En segundo lugar, la cuestión nacional ha sido un tema de interés en mis años de formación universitaria debido a mi trayectoria militante, lo que me ha llevado a interesarme en cuanto hay de razón en algunas de las interpretaciones sobre los clásicos marxistas. Por último, los últimos años de crisis económica y política en España han reflejado las tensiones nacionales, especialmente en Cataluña, lo que ha constituido un objeto de debate intenso en el que se han expuesto distintas argumentaciones para dar salida al conflicto: la recentralización del estado, el derecho de autodeterminación, reformas constitucionales en clave federalista, etc... Me ha parecido interesante acudir al texto de una de las grandes cabezas del marxismo de la II internacional, ya que abordó el problema de las nacionalidades en un contexto excepcional y realizó propuestas desde un horizonte emancipatorio y de justicia social.

La estructura global del trabajo integra dos capítulos principales. En primer lugar, *la herencia doctrinal en la II Internacional*. En este capítulo elaboraremos una síntesis de los aspectos teóricos más determinantes en la reflexión de la tradición interpretativa marxista de la II Internacional sobre la cuestión nacional. Para ello integraremos cinco secuencias argumentativas: a) una contextualización teórico-política de la tradición interpretativa marxista de la II Internacional; b) una reflexión sobre la teorización política y c) la reflexión sobre la cuestión nacional de Marx y Engels; d) una síntesis de los marcos interpretativos desarrollados posteriormente, y e) el estado general de la reflexión sobre la cuestión nacional. En segundo lugar, en *la idea de nación en Otto Bauer* trataremos de exponer el lugar teórico asignado al fenómeno nacional mediante la exposición de sus principales ideas. La secuencia que seguirá nuestra argumentación en este segundo capítulo empezará por: a) sintetizar el contexto socio-político en el que produce su obra; b) realizar una caracterización del proyecto intelectual austromarxista en el que se agrupa; c) captar algunas diferencias y puntos de acuerdo con Karl Renner, el otro austromarxista especializado en el abordaje de la cuestión nacional; y d) sintetizar las principales ideas contenidas en su teoría, lo que nos llevará el desarrollo de varias unidades de contenido. A continuación nuestro trabajo desarrollará los objetivos de investigación, una recopilación de las principales investigaciones analizadas y revisadas, el mencionado capítulo sobre la herencia doctrinal contenida en la II Internacional, la idea de nación en Otto Bauer y las conclusiones.

2 Objetivos de la investigación

El trabajo se enmarca en el área de estudio de los nacionalismos y de las teorías interpretativas marxistas. El tipo de trabajo tiene unas pretensiones limitadas, debido principalmente a la extensión requerida para un trabajo de fin de grado. El objetivo del trabajo es ofrecer un mapa de la idea de nación de Bauer capaz de captar la renovación y apertura de su obra respecto de la tradición interpretativa marxista de la II Internacional. Esto ha requerido principalmente tareas de búsqueda y revisión de bibliografía, análisis crítico y síntesis de contenido.

El siguiente trabajo tiene como objetivo principal la realización de una revisión bibliográfica y análisis crítico del abordaje realizado por Otto Bauer sobre la cuestión nacional en su obra *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* (1979; Siglo XXI). Debido a que se trata de un problema teórico y político, aunque el enfoque utilizado durante la investigación prioriza el esfuerzo de síntesis y revisión bibliográfica ("estudio de la cuestión"), por necesidad hemos integrado distintas hipótesis interpretativas con el fin de captar la potencia explicativa de la idea de Bauer. Las principales tareas realizadas tienen que ver con la búsqueda y gestión de fuentes de información, la evaluación y análisis crítico de argumentos ajenos y la síntesis de contenido. Se trata de un trabajo en el que conectan y se integran disciplinas que van desde la ciencia política a la sociología, el derecho, la filosofía o la historia, que debido a las características de la tradición interpretativa marxista a la que pertenece nuestro autor hace inevitable una conexión interdisciplinar, aunque tratemos de priorizar la perspectiva politológica.

Nuestro objetivo secundario, de "menor peso" en la investigación, será proporcionar un marco de referencia para evaluar la idea de nación en Bauer. Nuestro trabajo parte desde varios marcos interpretativos sobre el lugar teórico de la nación en la tradición interpretativa marxista que consideramos necesarios para el análisis crítico del abordaje teórico-político realizado por Otto Bauer. Hemos pensado en la necesidad de dedicar un capítulo a la "crisis teórica" de la tradición interpretativa marxista de la II Internacional, que por razón de la extensión requerida hemos sintetizado lo máximo posible. El hecho de entender la nación como una realidad que esta dada o determinada por factores previos al momento político, nos plantea la pregunta de: ¿cuál es su estatuto ontológico entre los marxistas de la II Internacional? El peso explicativo o privilegio ontológico otorgado a la clase obrera a través de la *lógica de la necesidad histórica* (Laclau, Mouffe 2015; Laclau, 2016) ha situado a la nación en un lugar secundario de la teoría marxista. Los marxistas no han otorgado un estatuto ontológico a la política, lo que ha supuesto un

entendimiento de la primacía de las identificaciones de clase sobre las demás (nacionales, feministas, ecologistas, etc...) a través de un dualismo establecido entre los intereses objetivos y la falsa conciencia/alienación (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe 2015; Laclau, 2016). Si la verdad reside en un momento previo a la política (en la base o estructura social), las únicas, o como mínimo las más importantes identidades (las de clase, mediante el interés objetivo) residen en un momento anterior (diríamos, la “economía”) (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe 2015; Laclau, 2016). Indagar en la teoría explicativa de la tradición interpretativa marxista nos ha procurado un mejor entendimiento del grado de apertura, innovación y complejización sobre el tema de nuestro autor.

A través de estos materiales, trataremos de responder a algunas preguntas, que podemos formular como sigue: ¿Qué lugar ha ocupado el fenómeno nacional en la tradición interpretativa marxista? ¿Qué lugar teórico y normativo ocupa el concepto de nación en nuestro teórico? ¿Qué grado de herencia y qué grado de originalidad contienen sus formulaciones? ¿Se trata de una teoría sistemática y consistente? ¿Cómo conceptualiza a la nación? ¿Qué solución plantea para el problema de las nacionalidades? A continuación trataremos de responder con amplitud a estas preguntas, de las cuales podemos anticipar varias respuestas. Las principales hipótesis interpretativas desarrolladas en este trabajo son las siguientes: 1) que la obra teórica y política de Marx y Engels se ha caracterizado por la inexistencia de una teoría sistemática sobre lo político, y por lo tanto, de la nación; 2) que de este relativo vacío teórico-conceptual se desencadena una crisis del marxismo de en II Internacional en la que se suceden varias respuestas teóricas y se inician una serie de momentos de reflexión sobre la cuestión nacional; 3) que en el contexto socio-político de la producción teórica de Bauer, este se integra en un proyecto intelectual (el austromarxismo) que representa una apertura en el paradigma interpretativo de la II Internacional entrado en crisis e inicia un segundo momento en la reflexión sobre la cuestión nacional en el marxismo; 4) que este comparte muchos aspectos de su abordaje con el otro austromarxista especialista en la cuestión nacional (Karl Renner), pero que también se diferencian en una serie de puntos metodológicos y teórico-normativos; y 5) que su teoría explicativa y normativa de la nación integra varias características principales, que van desde un concepto de nación no esencialista a una propuesta federalista plurinacional, pasando por la renovación y ruptura con un conjunto de posiciones que van más allá de la propia tradición marxista, o con un abordaje histórico del desarrollo de las formas nacionales.

3 Revisión y análisis de las principales investigaciones

Debemos realizar dos advertencias iniciales sobre el principal tema escogido: la ausencia de literatura científica e investigaciones, y la carencia de traducciones al español de los trabajos sobre Bauer, así como de la obra teórica del autor escrita en alemán. Los criterios de exclusión e inclusión han seguido dos lógicas principales: por un lado, tratamos de estudiar atentamente la bibliografía más rigurosa y científica sobre el tema, la cual es el soporte de los marcos interpretativos introducidos y de la síntesis de la idea de nación de nuestro autor; por otro lado, hemos querido atender a toda una serie de bibliografía secundaria que consideramos que es capaz de divulgar con mayor facilidad contenidos relacionados con el objeto de estudio. Aunque en el trabajo hemos manejado e introducido datos cuantitativos, utilizados principalmente para la descripción del contexto histórico, hemos premiado principalmente el uso de técnicas y datos cualitativos. De este modo, pensamos que a pesar de las limitaciones, todas las hipótesis interpretativas y caracterizaciones realizadas durante el trabajo han evitado la especulación teórica (evitando el “análisis apasionado”), manteniendo simultáneamente el interés divulgativo y la atención normativa (manteniendo un cierto apasionamiento respecto a la reflexión).

Queremos hacer hincapié en que el trabajo se ha desarrollado principalmente entre las tareas de revisión bibliográfica y análisis crítico. La tarea de analizar críticamente los textos ha sido laboriosa, ya que la densidad y complejidad del problema han implicado tanto la reformulación de algunas interpretaciones, como el descubrimiento de nuevos elementos que hasta el momento no se consideraban relevantes o la reformulación de los objetivos de investigación inicialmente densos. Las limitaciones espaciales y temporales de un trabajo de fin de grado también han afectado en la delimitación del enfoque metodológico.

La mayoría del análisis se ha realizado sobre fuentes de carácter académico, en su mayoría libros y artículos académicos procedentes de diversas disciplinas dentro de las ciencias sociales. Podemos resumir las fuentes consultadas en cuatro objetos de estudio: el contexto histórico del problema nacional, la cuestión nacional en el marxismo, la tradición interpretativa marxista de la II Internacional y la idea de nación en Bauer. La revisión bibliográfica no ha sido estrictamente lineal o secuencial, sino que hemos ido tratando de complementar la lectura directa del autor con la lectura a través de otras investigaciones, además de estudiar el contexto teórico y histórico de la producción de su obra. Tenemos dos bloques temáticos principales que tratan sobre la herencia doctrinal en el marxismo de la II Internacional y sobre la idea de nación en Bauer. Para

la elaboración del primer bloque temático, han sido de gran ayuda: el trabajo de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (Siglo XXI de España editores, 2015); el trabajo de Ramón Máiz, *A arte do imposible: ensaios a contrafio sobre o valor da política* (Galaxia, 2011); de Rivadeo, *El marxismo y la cuestión nacional* (UNAM, 1994); y de Pierre Souyri, *El marxismo después de Marx* (Ediciones Península, 1970). En el segundo bloque temático los principales textos a los que hemos acudido han sido: la obra de referencia de Otto Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la social democracia* (Siglo Veintiuno Editores, 1979); *Los marxistas y la cuestión nacional* (Editorial Fontamara, 1980) de G. Haupt y M. Löwy; De Ramón Máiz, *Nacionalismo y federalismo: Una aproximación desde la teoría política* (Siglo XXI de España Editores, 2019); El trabajo de García-Pelayo, *La teoría de la nación de Otto Bauer* (Fundación Pablo Iglesias, 1977); y *La cuestión nacional según Otto Bauer. Notas críticas en torno a un clásico* (Revista de Estudios Sociales, 2011) de Damián López.

4 La herencia doctrinal contenida en la II Internacional

Desde Marx y Engels hasta las tradiciones interpretativas posteriores, se han organizado generaciones de militantes y movimientos obreros en base a un horizonte normativo ya exhortado en el manifiesto comunista de 1848: el internacionalismo proletario¹³. A este principio respondió la II Internacional (“*Workers of the world, unite!*”), la cual se ubicó generacionalmente entre el declive de la I Internacional y el paso adelante de Lenin en la fundación de la Komintern. Entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se provocó una difusión exponencial del marxismo entre los países europeos y Rusia, con especial arraigo en los países germánicos (Austria y Alemania), pasando de su confinamiento en pequeñas organizaciones revolucionarias a configurarse como una de las ideologías más influyentes mundialmente (Woodfin, Zarate, 2017). Esta expansión de la teoría fue dinamizada e influenciada en gran medida por la generación de militantes de los países germánicos (Luxemburg, Pannoenk, Radek, Parvus), que a diferencia de las escasas contribuciones de países como Francia, Italia, España o Inglaterra, influyeron en la formulación del problema, así

13 Según Duménil, Löwy y Haupt (2014, p. 72-73), la “unidad internacional del proletariado” ha sido el principio organizativo de varias las Internacionales desde el siglo XIX. En 1864 se fundó la I Internacional, caracterizada por la disputa entre corrientes anarquistas y marxistas. Posteriormente, en 1889 se fundó la II Internacional. Más tarde, tras la revolución Bolchevique (1919) se fundó la III Internacional Comunista, con la mayoritaria influencia del partido ruso. Tras la muerte de Lenin y con el proceso de asentamiento de la URSS se creó una oposición a la III Internacional que acabó en la fundación de una Cuarta Internacional. Los dos grandes intentos posteriores de recuperación del internacionalismo se produjeron en la Solidaridad tricontinental de los años sesenta y con el movimiento altermundista de desde finales de la década de los noventa.

como en la respuesta y la apertura de la perspectiva marxista (Woodfin, Zarate, 2017). Tras el aumento de la fuerza social y la presencia institucional de varias organizaciones políticas de ámbito nacional e internacional como el *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* alemán (en 1890: 35 diputados y 1,5 millones de votos), la *Social Democratic Federation* de Hyndman (1881), o el *Parti Ouvrier Français* (1879), se constituyó una voluntad favorable a la creación de la II Internacional que desembocaría en su fundación el 14 de julio de 1889.

Autoproclamada marxista, contaba con la participación inicial de Engels y obtuvo el apoyo de la mayoría de los partidos socialdemócratas europeos. Aunque su espacio ideológico estaba delimitado por la aceptación del marxismo, su geografía política y su estructura organizativa flexible permitían una heterogeneidad de posiciones, alineadas en torno a la creencia del socialismo como una posibilidad real (Woodfin, Zarate, 2017). Entre las transformaciones del modo de producción capitalista de finales del siglo XIX y las reformas conseguidas a través de la presión del movimiento obrero, surgió un debate estratégico sobre las vías hacia el socialismo y los medios para la emancipación social que fragmentó al conjunto del movimiento obrero (Anderson, 1979; Woodfin, Zarate, 2017). La revolución rusa de 1905 escindió a grandes rasgos el movimiento obrero entre los "reformistas" y los "revolucionarios"¹⁴, configurándose una geografía política interior al movimiento marxista que posteriormente acentuaría estas posiciones con el triunfo de los Bolcheviques y la fundación de la *Komintern* (Woodfin, Zarate, 2017). Aunque su disolución formal se realizó en 1923, la desvinculación del proyecto llegó a tras la irrupción de la Primera Guerra Mundial, donde una parte significativa de la socialdemocracia apoyó a los gobiernos nacionales participantes en la guerra (Anderson, 1979; Woodfin, Zarate, 2017). Fuera del bloque soviético, la fisonomía capitalista se caracterizaba por el aumento de la violencia y la convulsión (Anderson, 1979). La clase obrera vivía en un equilibrio inestable entre la derrota de la crisis revolucionaria de posguerra y la amenaza que representaba a la burguesía de Europa central y meridional. El aumento de los Partidos Comunistas y la estabilización del "orden de Versalles" caracterizó el continente europeo hasta 1929, donde se sucedió la "mayor quiebra de la historia del capitalismo", en la que emergió la contrarrevolución social (Anderson, 1979).

La II Internacional fue un medio transnacional homogéneo de discusión y comunicación entre

14 Un claro ejemplo de la fragmentación previa a la Primera Guerra Mundial y de la escisión entre la reforma y la revolución se vivió en las filas del Partido Socialdemócrata Alemán. Este, que fue una de las organizaciones obreras más importantes cuantitativa y cualitativamente de Europa, se dividió en tres agrupaciones: en el grupo reformista dispuesto a trabajar con los gobiernos capitalistas, en el grupo centrista moderado liderado por August Bebel y Karl Kautsky, el grupo que acabaría fundando el Partido Comunista Alemán en 1918, con Luxemburg y Liebknecht (Woodfin, Zarate).

los principales autores de las secciones nacionales de Europa Oriental y central, albergando en su interior a las dos generaciones de teóricos posteriores a Marx y Engels (Anderson, 1979). Como podemos observar en la *tabla 1* de datación y distribución geográfica del desarrollo de la teoría marxista desde Marx y Engels, la primera generación de teóricos postmarxiana (Labriola, Kautsky, Pléjanov o Mehring) se caracterizó por su procedencia desde Europa Oriental y meridional, y por la vinculación a la vida político-ideológica de sus partidos nacionales (Anderson, 1979). Tras la muerte de Engels en 1895, esta segunda generación de teóricos se inmiscuyó en un clima de optimismo que interpretaba el fracaso de las insurrecciones de entre 1848 a 1871 como el resultado de la inmadurez de las condiciones necesarias para el derrocamiento del capitalismo (Anderson, 1979). El período posterior a 1873 no tuvo ninguna gran crisis económica, tratándose de una etapa histórica relativamente pacífica que los autores interpretaron como una fase del desarrollo capitalista que albergaba contradicciones que en el futuro explotarían (Anderson, 1979). En un nivel político, la posición de la socialdemocracia se caracterizaba por la búsqueda de mejores posiciones para el proletariado en vistas al futuro desarrollo capitalista, produciéndose en el interior de los partidos la distinción entre un programa mínimo y máximo (Anderson, 1979; Laclau, Mouffe, 2015)¹⁵. La segunda generación postmarxiana (Bauer, Lenin, Luxemburg, Hilferdign, Bujarin), nacida en medio de un ambiente mucho más turbulento (previo a la Gran Guerra) tras un período de relativa calma entre 1874 y 1894, confirmó la tendencia de la generación precedente (el desplazamiento geográfico de la cultura marxista hacia Europa Central y Oriental: Alemania, Austria, Rusia) y era más numerosa, joven y con mayor importancia en la dirección sus partidos nacionales (Anderson, 1979). Ambas generaciones estaban a medio camino entre el "universalismo olímpico" marxiano y el particularismo nacional (Anderson, 1979). Con la llegada de la primera guerra mundial en 1914, el medio transnacional constituido entre ambas se escindió en una semana, y no entre ellos, sino que entre los contingentes nacionales representados, provocándose una fractura de la unidad entre la teoría y la práctica, y dividiéndose simultáneamente la teoría marxista y el movimiento obrero (Anderson, 1979). La victoria soviética y las derrotas de los movimientos revolucionarios de entre 1918 y 1920 fueron algunos de los sucesos posteriores a la Gran guerra. Entre tanto, la tradición interpretativa marxista estaba asistiendo a la creación de nuevas normas dentro del materialismo histórico, el cual tuvo una influencia normativa liderada por Lenin y diversos autores pertenecientes al marxismo ruso que liderarían el futuro de la cultura marxista en la

15 Esta posición política estuvo influenciada por las formulaciones de Engels, que antes de su muerte, en la introducción a *la lucha de clases en Francia*, postulaba como objetivos el refuerzo cuantitativo del proletariado, que era dependiente el un atenuamiento relativo de la brutalidad en los antagonismos debido a la expansión capitalista (Anderson, 1979).

URSS (Anderson, 1979).

Tras el fallecimiento de Marx, estas tradiciones interpretativas posteriores heredaron un vacío o falta de desarrollo teórico relativo a temas como la filosofía, la ciencia, la nación o la historia (Anderson, 1979; Duménil, Löwy y Haupt, 2014). A falta de una exposición general amplia sobre el materialismo histórico por parte del mismo, Engels emprendió entre 1880-1890 una tarea de recopilación, que acabaría con la producción del *Anti-Duhring* mientras surgían nuevas organizaciones obreras en Europa¹⁶ (Anderson, 1979). En un nivel teórico, la segunda generación, que compartía el sentido general de completar la obra de Marx, tuvo como principal tarea la sistematización del materialismo histórico como una teoría general del hombre y la naturaleza a través de una doble actividad: por un lado, otorgar al marxismo un estatuto de concepción de la historia mediante unos principios filosóficos generales; y por otro, extender el marxismo a dominios no abordados por Marx como la literatura, el arte o la religión (Anderson, 1979). La tercera generación de teóricos compartía la característica de tener una extraordinaria precocidad en el desarrollo teórico, ya que con menos de treinta años habían escrito sus grandes obras teóricas o buena parte de ellas (Anderson, 1979). El apuntamiento de sus obras fue bidireccional: por un lado, abordaron las transformaciones del modo de producción capitalista (imperialismo, monopolios)¹⁷; por otro, dinamizaron el "meteórico surgimiento" de la teoría política marxista (Anderson, 1979, p. 19). Con el triunfo del bolchevismo y la llegada de la Komintern, se llevó adelante la tarea de revelar al marxismo como un sistema teórico organizado para millones de militantes de distintos países que acabaría fracasando al sucederse el aislamiento de la URSS (Anderson, 1979). Tras la muerte de Lenin en 1924, y la sucesión de Stalin al frente del PCUS, se produce un quiebre de la unidad entre la teoría y la práctica características del Bolchevismo, cesando la labor teórica posteriormente a la colectivización y convirtiendo a la URSS en un "páramo intelectual" caracterizado por la censura y la propaganda

16 Comenta Perry Anderson (1979) una relación paradójica entre la producción teórica de Marx y Engels y su relación con las luchas prácticas, las cuales residieron en una forma característica de internacionalismo que él clama como "universalismo olímpico": "Ninguno de ellos echó raíces en un partido político nacional después de 1848. Establecidos en Inglaterra, donde permanecieron en gran medida al margen del escenario cultural y político local, ambos decidieron conscientemente no volver a Alemania en el decenio de 1860-1870, cuando hubieran podido hacerlo. Aunque se abstuvieron de toda intervención directa [...], aconsejaron y guiaron a militantes y dirigentes de toda Europa y Norteamérica, [...]. La misma debilidad e inmadurez del movimiento obrero de la época les permitió realizar, a cierto precio, un internacionalismo más puro que el que iba a ser posible en la fase siguiente de su desarrollo"(p. 11).

17 Este grupo respondía a la aceleración histórica de principios del siglo XX. Esta fue la primera generación capaz de entender la necesidad de desarrollar (más que de completar) la obra de Marx. Anderson comenta una serie de títulos referidos a este hecho: *la cuestión agraria* de Kaustky, *El desarrollo del capitalismo en Rusia y El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin, *el capitalismo financiero* de Hilferding, *la cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* (escrito con 26 años) de Bauer, *la acumulación del capital* de Luxemburg, o *la economía mundial y el imperialismo* de Bujarin.

(Anderson, 1979, p.29). Por su parte, la Komintern asistió a un proceso de estalinización, subordinándose su programa a los objetivos de la política exterior de la URSS (Anderson, 1979; Woodfin, Zarate, 2017). En este período de entreguerras la teoría marxista se limitó substancialmente al análisis económico, alineándose con los grandes debates de preguerra precedentes (Anderson, 1979).

Tabla 1. *Datación y distribución geográfica del desarrollo de la tradición interpretativa marxista hasta la II Internacional: primera (blanco), segunda (naranja) y tercera (roja) generaciones.*

Teórico	Datación	Distribución geográfica
Marx	1818-1883	Tréveris (Renania)
Engels	1820-1895	Barmen (Westfalia)
Labriola	1843-1904	Cassino (Campania)
Mehring	1846-1919	Schlawa (Pomerania)
Kautsky	1854-1938	Praga (Bohemia)
Plejánov	1856-1918	Tambov (Rusia Central)
Lenin	1870-1923	Simbirsk (Volga)
Luxemburg	1871-1919	Zamosc (Galitzia)
Hilferding	1877-1941	Viena
Trotsky	1879-1940	Jersón (Ucrania)
Bauer	1881-1938	Viena
Preobrazhenski	1886-1937	Orel (Rusia central)
Bujarin	1888-1938	Moscú

Fuente: Elaboración propia a partir de Anderson (1979, p. 15)

La tradición interpretativa marxista que ocupó el espacio de la II Internacional se enfrentó: 1) a una elaboración teórico-económica coherente sobre el modo de producción capitalista (Anderson, 1979); y 2) a una teoría política no sistemática ni coherente (Anderson, 1979; Duménil, et al., 2014; Laclau y Mouffe, 2015; Máiz, 2019b) sobre las estructuras del estado (Krätke, 2018) o la estrategia y táctica a seguir por el movimiento socialista en el movimiento obrero (Anderson, 1979). Las generaciones teóricas posteriores heredaron algunas previsiones crípticas de los períodos 1840-1850 -El *Manifiesto Comunista (1848)*, *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte (1852)*- y 1870-1880 - *La Guerra Civil en Francia (1871)*-, con análisis coyunturales del Segundo Imperio y principios lacónicos como el de la "dictadura del proletariado" (Anderson, 1979, p. 10-11). La idea de política en Marx y Engels es de carácter indirecto y crítico, y se vincula a la "organización de la sociedad por el estado"¹⁸ (Duménil, et al.,

18 Según Duménil (et al., 2014, p. 93- 94) esta idea aparece por primera vez en *los Anales Franco-alemanes (1844)*, donde se entiende a la emancipación política como limitada e insuficiente ("abstracción política y "ilusión política") por considerar a los seres humanos como súbditos del estado. En los textos de madurez, la idea de política se vincula a la lucha de clases ("La lucha de clases es política, y toda política, a pesar de la

2014, p. 93-94), mientras que en lo referido a la idea del estado se ha señalado: 1) el carácter clasista del “poder organizado de una clase para la opresión de otra” en el *El manifiesto comunista*; 2) el significado del Bonapartismo como un aparato del estado al servicio de las clases dominantes que se autonomiza de la sociedad civil (“inmensa organización burocrática y militar”, “terrorífico cuerpo parásito”) en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*; 3) la función de control y garantía del orden socio-económico que posee como “poder situado aparentemente por encima de la sociedad” en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado (1884)*; o 4) la idea desarrollada en *la guerra civil en Francia*, posterior a la derrota en la Comuna de París, según la cual no es suficiente la toma de las estructuras militares y burocráticas jerárquicas del estado por parte del proletariado, sino que deben de reemplazarlo por una nueva forma de organización del poder (Duménil, et al., 2014, p. 57-58). Los escritos políticos marxianos constituyen una tensión teórica permanente (Cohen 1982, Rundell 1987, Dardot & Laval 2012; citados en Máiz, 2019b, p. 15) entre los paradigmas de: 1) la producción, que otorga a la política un estatuto teórico derivado de las relaciones de producción a través de una lógica mecanicista y lineal, reduciendo las identificaciones políticas y las luchas por el poder al plano de lo social y de lo económico (véase *figura 1*); y 2) la lucha de clases (véase *figura 2*), en el que a) la política mantiene una autonomía y, vinculada a la sociedad en clases, concibe a estas en un sentido no determinista, como procesos abiertos, contingentes y conflictivos que preconditionan las identificaciones políticas, y b) se entiende al estado desde una posición teórico-normativa republicana (Máiz, 2019b, p. 13-14).

Esta situación afectó a la continuación de los debates tácticos y estratégicos en el movimiento obrero, conformándose un conjunto de posiciones adversarias que tuvieron que partir desde materiales precarios y no sistemáticos, con “abundantes ambivalencias, inconsistencias e interferencias” que a pesar de la complejidad y riqueza analítica multidimensional aportada (Máiz, 2019b, p. 14) tenían que ser desarrollados por las dos generaciones de teóricos y dirigentes marxistas integradas en la II Internacional (Anderson, 1979). Como veremos, el paradigma de la producción sería exacerbado por el “marxismo vulgar” (Máiz, 2019b, p. 14), provocándose una crisis en la tradición interpretativa que desencadenaría múltiples respuestas relacionadas con el desarrollo progresivo de una lógica hegemónica (Laclau y Mouffe, 2015), condicionando las etapas en la reflexión sobre la cuestión nacional.

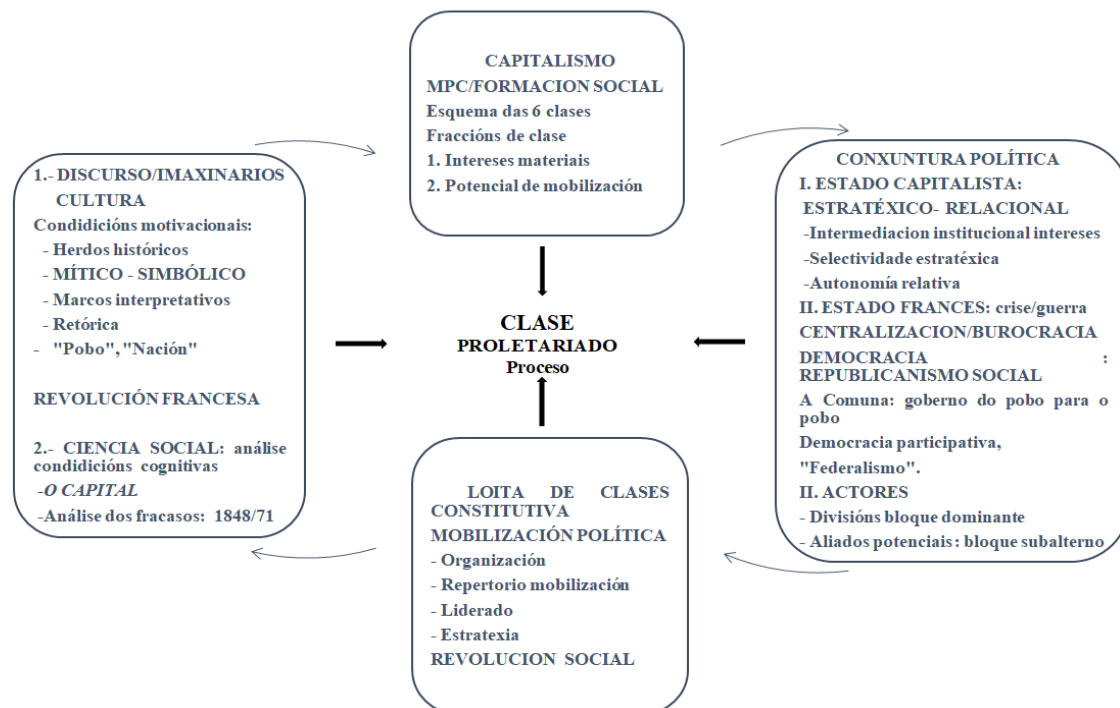
aparente autonomía del estado, es lucha de clases”) y aparece vinculada a la ilusión generada por el Estado de encarnar el interés general, lo que oculta su carácter represivo al servicio de las clases dominantes. Engels postuló un “fin de la política” aparejado a la “extinción” del estado, entendiendo que la desaparición de la lucha de clases implicaría simultáneamente la desaparición del estado como poder público autónomo

Figura 1. Paradigma/Marco teórico de la producción



Fuente: Máiz, R. (2019b): "Karl Marx e a autonomía da política". Tesis inédita. USC, Santiago de compostela.

Figura 2. Paradigma/Marco teórico de la lucha de clases



Fuente: Máiz, R. (2019b): "Karl Marx e a autonomía da política". Tesis inédita. USC, Santiago de compostela.

En los escritos de Marx y Engels no ha existido una generalización e integración teórica de la cuestión nacional, siendo inexistente un tratamiento teórico específico y sistemático del fenómeno (Armesilla, 2017; Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015; Rivadeo, 1994). Aunque de forma incidental o conexas, el problema fue atendido en numerosos textos, artículos, cartas y materiales inconclusos (Bértolo, 2017; Haupt, Löwy, 1980). Los autores escribieron en reacción a los desafíos nacionales, mediante un abordaje en forma de "escritos dispares, circunstanciales, a menudo epistolares" (Haupt, Löwy, p. 13). La exterioridad con el fenómeno nacional, así como su realidad móvil y diversificada, externa e interna al movimiento obrero, ha hecho que los escritos marxianos sobre la cuestión posean una serie de dificultades conceptuales y analíticas (Haupt, Löwy, 1980). Según Haupt (y Löwy, 1980, p. 26), la "miseria terminológica", plasmada en las distintas nociones del vocabulario según el movimiento nacional, ha implicado el uso de nociones simultáneamente epigónicas e innovadoras procedentes de la semántica liberal del contexto¹⁹, llegando a provocar diferencias substantivas entre Marx y Engels, aún cuando escribían de acuerdo al contenido desde una posición política similar (Haupt, Löwy, 1980)²⁰.

Sus posiciones se sitúan en un doble contexto: 1) entre el desarrollo y la necesidad de un movimiento obrero con autonomía; y 2) la fase de desarrollo de las nacionalidades de la época, un fenómeno que contrariaba al universalismo de la "filosofía de las luces" (Haupt, Löwy, 1980, p. 15). La irrupción de la cuestión se data en la revolución de 1848, donde las posiciones de Marx y Engels se alinean con las de la izquierda europea, la cual consideraba la necesidad de "la liberación y la unificación de las naciones oprimidas y desgarradas" (Haupt, Löwy, 1980, p. 16), es decir, de realizar la unidad nacional quebrando el sistema "surgido del Congreso de Viena y de la Santa Alianza" (Haupt, Löwy, 1980, p. 17). La unidad nacional tendría entonces una lógica instrumental, subordinando su realizabilidad a la unificación de los intereses de la clase obrera (Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015; Rivadeo, 1994). En los años sesenta, el problema nacional se hizo manifiesto en aquellos países que tenían un movimiento obrero afianzado pero no habían

19 El uso del concepto de nación por Marx se inscribe en la acepción (inglesa, francesa) corriente del término durante el siglo XIX, heredado de la revolución francesa. Se caracteriza por la equivalencia nación-sociedad-estado, recubriendo un concepto de "Estado-nación" que asimila "las fronteras estatales a las fronteras naturales y lingüísticas. No existe una distinción nítida entre nación y nacionalidad, y el uso de "nación" ha sido indistinto en un sentido estilístico, para evitar la repetición, utilizando como sinónimos "nacionalidad", "pueblo", "estado" "patria" o "país" (Haupt, Löwy, 1980).

20 Comenta Haupt (Löwy, 1980, p. 28) que en Marx se dan con frecuencia los términos "naciones revolucionarias-contrarrevolucionarias", y en Engels la terminología hegeliana de las "naciones históricas-sin historia". Esta última distinción está fundamentada en la división entre naciones industriales modernas y naciones campesinas, las cuales se relacionan con el desarrollo histórico en sentidos opuestos: la primera se caracteriza por un carácter definido y de viabilidad con este, mientras que la segunda ("naciones bárbaras", "retrógradas") se refieren a su inviabilidad. A partir de 1860 (en la observación del conflicto de Irlanda), con la introducción de la distinción entre naciones oprimidas-dominantes se produce un enriquecimiento del vocabulario, aunque igualmente compatible con las anteriores distinciones (Haupt, Löwy, 1980).

conformado un estado nacional propio. Ante las demandas de autodeterminación de secciones nacionales del movimiento obrero, se produce un "rechazo de la abstracción" del derecho de autodeterminación²¹ (Haupt, Löwy, 1980, p. 19) por parte de la concepción marxiana, lo que les lleva a negar su erección como "principio absoluto" para ubicarlo como un instrumento subordinado al movimiento obrero:

“Del ‘principio de la nacionalidad’ abusó, en suma, Luis Bonaparte en los principados danubianos para enmascarar su transferencia a Rusia, tanto como el Gobierno austriaco del 1848-49 abusara del principio de nacionalidad para sofocar la revolución magiar y alemana mediante los serbios, eslavones, croatas, valacos, etc.” (Marx, 2017, p. 66).

Esta interpretación comprendía la circunscripción del derecho de autodeterminación²² a las grandes naciones europeas ("naciones históricas"), representando un contenido antinómico respecto del principio de las nacionalidades (Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015; Rivadeo, 1994). Esta posición se fundamentó en relación con las reacciones de desconfianza de Marx y Engels hacia las pequeñas nacionalidades del sudeste europeo, hacia las cuales no quisieron defender un derecho absoluto de autodeterminación (Bértolo, 2017; Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015). El proceder de Marx y Engels conformaría un sistema que integra dos ejes (solidarios y complementarios) principales: 1) la teoría del progreso social, y 2) las exigencias de la estrategia revolucionaria europea. Ambos ejes conforman una lógica instrumental subyacente en la que el apoyo a los movimientos nacionales se correlaciona positivamente con su relación de ruptura con el Antiguo Régimen (Bértolo, 2017; Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015).

Los textos de ambos autores comparten la certeza sobre el privilegio ontológico de la clase sobre cualquier otra categoría histórica (Laclau, Mouffe, 2015; Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015; Rivadeo, 1994), entendiendo a la nación como una categoría transitoria que se desarrolla necesariamente en las formaciones capitalistas a través del Estado nacional (Haupt, Löwy, 1980;

21 Se trata de una interpretación con un contenido concreto subordinado al movimiento obrero y con un mayor o menor grado de instrumentalización según el contexto político y histórico (Haupt, Löwy, 1980). Es una interpretación diferente de la posición liberal del principio de las nacionalidades, según el cual "toda nación es un hecho natural que debe disponer sin reservas del derecho natural a la independencia de acuerdo con el principio de la libertad absoluta" (Haupt, Löwy, 1980 p. 13-50). En la I Internacional, la lucha contra el nacionalismo demoliberal de Mazzini y el nihilismo nacional proudhoniano determinó parte de las posiciones de Marx y Engels al respecto (Haupt, Löwy, 1980).

22 Señala Quiroga (p. 267-273) uno de los ejemplos sobre esta posición en los textos y escritos de Engels sobre la independencia polaca. En ellos diferencia la defensa de la independencia polaca (que permite la cohabitación de varias nacionalidades) del principio de nacionalidades, al que entiende como un arma de política exterior tras el golpe de estado en 1851 por Luís Napoleón y/o instrumentos de las grandes potencias para impedir un estado nacional propio a las naciones históricas.

Quiroga, 2015; Rivadeo, 1994). A través de la vinculación orgánica entre el estado moderno y el progreso humano²³, buena parte de los textos de Marx y Engels han entendido generalmente a la nación moderna (surgida simultáneamente al desarrollo capitalista) como el punto de disolución y fusión de las distintas nacionalidades premodernas (Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015). A su vez, el concepto se ha vinculado a la clase social burguesa que dirigió las transformaciones sociales en el siglo XVIII, constituyendo una categoría abstracta que se superará en el devenir histórico con la formación del proletariado, encargado de la disolución de toda nacionalidad (Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015; Rivadeo, 1994). Debemos señalar que las concepciones sobre el fenómeno nacional han variado a medida que se desarrollaba la vida política de ambos, quienes en una etapa posterior llegaron a una comprensión más dinámica e interdependiente del fenómeno (Bértolo, 2017; Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015).

Tabla 2. *Principales tesis y posicionamientos políticos durante tres principales etapas de reflexión*

23 El progreso "social" o "humano" se inscribe en el contexto de la política internacional de la época, donde la estrategia política de los autores se articula a través de la visión de una revolución europea que supere el absolutismo y los despotismos militares (Principalmente Rusia, Prusia, Austria y el Imperio Otomano). De este modo, el apoyo a los movimientos nacionales se relacionará con la capacidad de refuerzo o socavamiento de los mismos hacia la política de Zarismo. Este entendimiento coyuntural de la cuestión explica las fluctuaciones al respecto de Polonia, considerada un actor geopolítico importante en el derrocamiento de "la mayor reserva de la reacción europea": el zarismo ruso (Haupt, Löwy, 1980; Quiroga, 2015).

1848-1850	<ul style="list-style-type: none"> • Tesis de la progresiva desaparición de las naciones y de los conflictos nacionalistas • Doctrina de las naciones con historia- naciones sin historia 	<ul style="list-style-type: none"> • Primeras reflexiones acogidas al holismo teleológico
1850-1860	<ul style="list-style-type: none"> • Análisis rol civilizatorio de los pueblos cristianos en el Imperio Otomano: ruptura con el sentimentalismo socialista hacia las <i>naciones oprimidas</i> 	<ul style="list-style-type: none"> • Lógica instrumental subordinada a la ruptura con el Antiguo Régimen
1860-1870	<ul style="list-style-type: none"> • Carácter revolucionario de la unificación italiana y alemana/ • <i>Necesidad de bronce</i> de la liberación de Polonia²⁴ • Ampliación de la perspectiva sobre la alianza estratégica entre la lucha de clases-lucha nacional con la cuestión irlandesa²⁵ 	<ul style="list-style-type: none"> • Visión político estratégica estabilizada: oposición al zarismo • Interrelación entre los antagonismos nacionales y sociales

Fuente: Elaboración propia

La *tabla 2* recoge las tres etapas de la reflexión de Marx y Engels sobre la cuestión nacional (1848-1850, 1850-1860, 1860-1870) en las que se han tradujeron los planteamientos comentados anteriormente en una serie de tesis y posicionamientos políticos (Haupt, Löwy, 1980) . Las dos principales tesis, surgidas en la primera etapa de reflexión (1848-1850) y quizás las más influyentes en la tradición interpretativa posterior, han sido: 1) la tesis de la progresiva desaparición de las naciones y de los conflictos nacionalistas; y 2) la doctrina de las naciones con historia-naciones sin historia. La primera tesis aparece con fuerza en los primeros pasajes

24 El caso polaco contó con el favor de la AIT desde el principio, así como de Marx y Engels, excepto en dos ocasiones al albor de una posibilidad revolucionaria en Rusia. Para Marx y Engels, la toma de partido por su liberación poseía un gran valor simbólico y ejemplificante, ya que "El reparto de Polonia es el cemento que liga entre ellos los tres grandes despotismos militares: Rusia, Prusia y Austria", constituyendo "el mayor obstáculo para la emancipación de los pueblos europeos (Haupt, Löwy, 1980, p. 13-27).

25 En los años cincuenta la posición (desde el paradigma productivo) de Marx combinaba el apoyo genérico a la lucha nacional de Irlanda en contra del gobierno británico y la crítica al nacionalismo católico de O'Connell (Máiz, 2019b). A partir de 1867 adopta un nuevo enfoque mediante el que descubre un doble obstáculo interior a la nación dominante y exterior a la nación dominada para que el movimiento obrero consiga sus objetivos: 1) "la fuerza que necesita un pueblo para oprimir a otro se vuelve a fin de cuentas en contra suya"; 2) " todo el tiempo que un pueblo viable está encadenado por un conquistador externo [...]; su vida interna queda paralizada, es incapaz de obrar por su emancipación social"(Haupt, Löwy, 1980, p. 20-25; Máiz, 2019b)). La independencia nacional de Irlanda (país colonizado) pasaría a ser una condición *sine qua non* para la emancipación social del proletariado inglés (país colonizador), ya que eliminaría el dominio económico y provocaría una inestabilidad política y social en el consenso logrado por la burguesía inglesa a través de concesiones democráticas (Beiras, 2017; Duménil, et al., 2014; Haupt, Löwy, 1980).

teóricos de el *manifiesto comunista* (Haupt, Löwy, 1980), donde se conforma un economicismo y optimismo librecambista según el cual el proletariado acentuará la tendencia histórica hacia la desaparición de los antagonismos iniciales (Duménil, et al., 2014; Haupt, Löwy, 1980), que a su vez es deudor de un holismo teleológico según el que la superación del estado volverá progresivamente “idealistas” e “ilusorias” a las luchas nacionales, siendo reemplazadas por las verdaderas “luchas reales” (Máiz, 2010; citado en Máiz, 2019, p. 37). Esta primera tesis, que se acoge al paradigma de la producción anteriormente comentado, estableció las bases del “internacionalismo proletario” (Haupt, Löwy, 1980, p. 87): en tanto que los antagonismos nacionales son reductibles a las posiciones dadas en el proceso productivo, aparece la primacía de la lucha de clases y el horizonte estratégico del necesario triunfo universal del proletariado, el cual “no tiene patria” (Máiz, 2019, p. 375). La segunda de las tesis postula que aquellos pueblos que no consiguieran formar un estado propio en un determinado contexto histórico estarían condenados a desaparecer (Duménil, et al., 2014; Haupt, Löwy, 1980). Esta doctrina encuentra sus raíces en la pretensión hegeliana de reducir el caos de los fenómenos históricos mediante su conversión hacia procesos dotados de legalidad y sentido, lo que otorga al Estado una finalidad existencial condicionante de la actualización del espíritu subyacente en cultura (García-Pelayo, 1977). En Hegel, los “pueblos no históricos” (Haupt, Löwy, 1980, p. 90) son entendidos como pueblos fracasados en su devenir como Estados, lo que les sitúa en un estado de salvajismo como restos bárbaros (García-Pelayo, 1977; Haupt, Löwy, 1980; Duménil, et al., 2014). En una serie de artículos periodísticos escritos entre 1848-1849, en 1855 sobre el Paneslavismo y en 1866 sobre Polonia, Engels atribuyó al papel reaccionario de las naciones eslavas del sur (rumanos, servios, croatas, checos, eslovacos eslovenos, dálmatas, moravos, rutenos) el fracaso de las revoluciones democrático-liberales en Europa Central (Hungría, Polonia, Austria e Italia). Mediante esta construcción teórica, influenciada por la escuela histórica del derecho encabezada por Savigny (García-Pelayo, 1977), otorgó a estas nacionalidades un necesario carácter reaccionario, pasando a considerarlas “residuos de una nación” o “vestigios de pueblos” sin “vitalidad nacional” (Haupt, Löwy, 1980, p. 90). Esta teoría presupone que el desarrollo histórico de la nación está ligado a las clases dominantes, cuyo poder económico les otorga la capacidad de crear una cultura superior frente a otras naciones estancadas en formas culturales marginales a ese mismo desarrollo histórico (García-Pelayo, 1977). La secuencia argumentativa (Máiz, 2019, p. 377) es la siguiente: 1) son naciones sin historia (*Natiönchen*, “conatos de nación”) aquellas que no desarrollaron una vida histórica propia debido a que no fueron capaces de constituir un estado nacional propio en un contexto económico social y político histórico. De este modo se integraron en naciones de mayor vitalidad con una cultura superior que las

defiende de caer bajo el yugo bárbaro (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019); 2) Estas se caracterizan por la imposibilidad natural de transitar a naciones con historia, es decir, a constituir un estado propio o poseer un autogobierno (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019); 3) a estas les subyace una lógica monista (Estado=Nación) que convierte a las minorías nacionales y naciones sin estado en súbditas del estado (Máiz, 2019); e 4) implica un concepto de nación que imposibilita apriorísticamente la acomodación de varias naciones (Máiz, 2019) .

Este vacío teórico-conceptual de los clásicos desembocó en un desarrollo de la teoría marxista con múltiples marcos interpretativos y desacuerdos. A continuación argumentaremos que: 1) tras la entrada en crisis del paradigma de la producción triunfante, basado en el privilegio ontológico de la clase social y la concepción prepolítica del sujeto, le sucedieron múltiples respuestas (como la realizada por el austromarxismo) que abrieron progresivamente una lógica hegemónica que limitaba sus consecuencias teórico-políticas; 2) y que simultáneamente, la relación entre los marcos interpretativos marxistas y la cuestión nacional desarrolló varios momentos de reflexión (como el realizado por el austromarxista Otto Bauer).

Desatada con el cuestionamiento del paradigma kautskiano dominante, en el contexto teórico de la tradición interpretativa marxista de la II Internacional se produjo una crisis explicativa de la "cadena de la necesidad histórica" -también denominada "dialéctica de la necesidad" (Souyri, 1970, p. 13-16)-, una categoría central que entra en crisis al encogerse como categoría explicativa de lo social frente a la expansión de una "lógica de lo contingente" – también llamada "dialéctica de la libertad" (Souyri, 1970, p. 13-16)- inherente a las distintas extensiones del concepto de "hegemonía" contenidas en la socialdemocracia rusa, el leninismo y Gramsci (Laclau, Mouffe, 2015, p. 11-27)²⁶. En las nuevas condiciones sociales generadas en el desarrollo capitalista se asiste a una autonomización de las esferas que entra en contradicción con el paradigma kautskiano, provocando una crisis teórico-política en el seno de la socialdemocracia que perduraría hasta la Segunda Guerra Mundial (Laclau, Mouffe, 2015). Esta "crisis del marxismo" (Thomas Masaryk, 1898; citado en Laclau, Mouffe, 2015, p. 45) implica un contenido antinómico entre dos lógicas enfrentadas ("necesidad" vs "contingencia"): la infraestructura no asegura en el presente la unidad de clase, y la política, único ámbito donde

26 En los casos mencionados se entiende un uso extensivo de la hegemonía que dota de una positividad plena a las luchas y fuerzas históricas constituidas por dichos actores (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe, 2015). El uso de la categoría responde a la necesidad de cubrir una área restringida de efectos políticos que no es explicable en términos de "desarrollo histórico normal" o "necesidad histórica": 1) en el leninismo, implica una forma de cálculo político requerido en los distintos estadios de la lucha de clases durante la fase imperialista; 2) en Gramsci, la centralidad del concepto supera los anteriores usos táctico-estratégicos para explicar la unidad existente en formaciones sociales concretas (Laclau, Mouffe, 2015, p. 31).

cabe tal posibilidad unificación, no garante de por sí la unidad clasista del sujeto. Emergen en este contenido antinómico discontinuidades que quebrantan la unicidad de significado monista anterior, abriéndose nuevas perspectivas sobre como conseguir la unidad a partir de elementos heterogéneos y dispersos (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe, 2015).

A partir de este momento fundante de la crisis explicativa en la tradición interpretativa marxista se originan una serie de respuestas. La primera respuesta fue la constitución de una ortodoxia marxista, distinguida entre cerrada y abierta según sus efectos teóricos. La ortodoxia cerrada (Kautsky y Plejanov) supone una construcción teórica discontinua con el marxismo clásico que otorga un nuevo estatuto a la teoría, en el cual desplaza su función desde: 1) la función de sistematizar tendencias históricas observables, a 2) garantizar la correspondencia entre su carácter transitorio y la articulación social postulada por el marxismo (Laclau, Mouffe, 2015). El nuevo estatuto científico de la teoría identifica al marxismo como una “ciencia del desarrollo social” en la que la conciencia de clase queda reducida a un epifenómeno determinado por factores objetivos (Laclau, Mouffe, 2015, p. 20-30). Esta dependencia del poder predictivo de la ciencia permitirá la superación de la escisión, constitutiva de la ortodoxia, entre teoría marxista y práctica política socialdemócrata mediante una respuesta que entiende que los cambios infraestructurales son los medios de superación de la fragmentación capitalista (Laclau, Mouffe, 2015). Esto funda un espacio mínimo de autonomía para la iniciativa política consistente en las relaciones de exterioridad entre la clase obrera y el socialismo (Laclau, Mouffe, 2015). La unidad política, producto de la anticipación científica, pasaría a ser asegurada por la *intelligentsia* del partido, únicos representantes de la universalidad de la clase obrera.

El paradigma kautskiano dominante se cimentó en torno a tres dimensiones simples y literales: 1) una dimensión economicista y reduccionista que explica la creciente simplificación de la estructura social y de los antagonismos presuponiendo la carencia de autonomía relativa de las instancias estructurales de la sociedad capitalista (Laclau, Mouffe, 2015); 2) una dimensión que fija en las diferencias estructurales un sentido único que permite localizarlas dentro de la totalidad, lo que la ubica como instancias con una identidad fija y única fijada de antemano por la lógica del modo de producción capitalista (Laclau, Mouffe, 2015). Se conforma la unicidad de significado entre la lucha política y económica, unificándolas y provocando un tránsito lógico entre ambas (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe, 2015). El movimiento objetivo de la infraestructura ajusta la identidad económica con la identidad política, estableciendo un paradigma evolutivo que asume lógicamente la formación de la unidad política desde la

fragmentación económica (Laclau, Mouffe, 2015); y 3) una dimensión que otorga a la teoría una correspondencia biunívoca con las prácticas del movimiento obrero. La lógica subyacente permitiría una explicación del "proceso universal de constitución de la clase obrera" mediante la observación de datos empíricos (como la proletarización y pauperización social) simultáneos a una inevitable crisis capitalista que provoca el advenimiento del socialismo (Laclau, Mouffe, 2015, p. 42-43). Cimentados sobre la división entre realidad subyacente y superficie, los intereses de clase pasan a ser transparentes en base a un principio de unificación de los agentes sociales, la sociedad y la historia (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe, 2015). Como consecuencia de la construcción de un modelo estratégico de racionalidad política, económica y científica se produce un esencialismo de clase que aísla al sujeto de la voluntad del ambiente, comprendiendo que la constitución de los actores e instituciones sociales o la producción de identidades e intereses se produce en un momento previo al político (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe, 2015; Máiz, 2019). La política, que tiene un estatuto ontológico inferior, pasaría a sujetarse a una instancia previa y determinante: la clase social (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe, 2015). Desde la vinculación entre la concepción prepolítica del sujeto y la concepción evolucionista lineal se funda un espacio mínimo en la ortodoxia que, derivado de la lógica de la necesidad, se cristaliza en el "quietismo de espera" o "política conservadora"(Laclau, Mouffe, 2015, p. 40-44; Souyri, 1970)²⁷.

En el seno de la ortodoxia marxista, posiciones como las de Labriola o el Austromarxismo captaron esta vinculación entre la lógica de la necesidad y el quietismo, proponiendo la apertura del paradigma anterior (Laclau, Mouffe, 2015). Con el fin de limitar la lógica de la necesidad, estos trataron de ensanchar dicho espacio a través de una mayor autonomía de la iniciativa política (Laclau, Mouffe, 2015). Estos dos intentos no supusieron una ruptura con tal lógica, situando su discurso en un dualismo escindido "entre una 'lógica de la necesidad', que producía cada vez menos efectos en términos de política práctica, y una 'lógica de la contingencia' que, al no determinar su especificidad, era incapaz de pensarse a sí misma teóricamente" (Laclau, Mouffe, 2015, p. 54). En el caso de Labriola, mediante el concepto de "previsión morfológica"²⁸

27 Se trata de una práctica política totalmente dependiente de la producción de certezas por parte del análisis histórico, que además, no admite la hipótesis Beirsteiniana del nacimiento progresivo del socialismo mediante reformas, puesto que el socialismo, necesidad immanente de la economía, sería el producto del "desarrollo objetivo de las fuerzas históricas" (Laclau, Mouffe, 2015, p. 41). Este se caracterizaría por el quietismo producido por una concepción estratégica del sujeto que tendería al reforzamiento de la identidad obrera interna y a la existencia segregada y volcada sobre sí misma de la clase obrera (Laclau, Mouffe, 2015). El principio de este podría ser: "fé en la teoría y seguridad en la disposición del porvenir" (citado en Laclau, Mouffe, 2015, p. 54-69).

28 El concepto propuesto por Labriola hace referencia a un campo teórico que abarca tanto aquello que es explicable desde las categorías morfológicas marxistas como aquello que es excluido (Laclau, Mouffe, 2015). Lo excluido será conceptualizable en la medida que crece la complejidad social, llegando a un punto en el que

se introdujo la necesidad de renunciar a considerar el proceso histórico como un movimiento dialéctico puro objetivo, entendiendo la función activa de la conciencia y la praxis, y el necesario desenlace en situaciones no prefijadas (Laclau, Mouffe, 2015, p. 53-56). En el capítulo sobre Otto Bauer caracterizaremos al austromarxismo y veremos algunos detalles de su abordaje, más “riguroso y sistemático” que el de Labriola (Laclau, Mouffe, 2015, p. 57).

La segunda respuesta a la crisis provino del revisionismo, una doctrina nacida en el seno de la socialdemocracia alemana (SPD) que se extendió a otros partidos extranjeros, particularmente en Rusia (Laclau, Mouffe, 2015; Souyri, 1970). Tras la consideración de Bernstein de que el período comprendido entre 1891 y 1899 supuso el fallo de toda predicción por parte de la teoría marxista, el revisionismo se caracterizó por el rechazo del movimiento hacia el socialismo comprendido hasta ese momento, introduciendo como variable explicativa el proceso adaptativo y la evolución gradual del capitalismo, y fundamentando al socialismo como una lucha en base a un ideal normativo (Laclau, Mouffe, 2015; Souyri, 1970). Influenciado por el Neokantismo, su entendimiento de la necesidad de recibir un complemento ético le lleva a introducir una distinción entre la ciencia del desarrollo social y la voluntad de erigir un nuevo orden, llevándolo a una comprensión del marxismo como filosofía aparejada a imperativos morales universales de los que el proletariado es su portador (Souyri, 1970). Este se erigió como un intento de superar la escisión entre las tendencias observables y la teoría mediante la negación de las tendencias observables del capitalismo, dado su carácter transitorio o artificial, y la elevación de la teoría (Laclau, Mouffe, 2015). Bernstein emprende la tarea de retomar la iniciativa política, de buscar la ruptura con el aislamiento corporativo de la clase obrera mediante su concepción sobre la dialéctica entre la unidad y la división de clase, entendiendo la diversificación de los intereses de clase como resultado del establecimiento de un estado democrático en el capitalismo moderno (Laclau, Mouffe, 2015). Aún mediante la comprensión del partido como representante del interés universal de clase, se produce una primera reivindicación de la autonomía de lo político que desborda la cadena de la necesidad (Laclau, Mouffe, 2015). La respuesta de Bernstein a la crisis introduce dos ambigüedades: 1) la unidad política como necesaria unidad clasista, y 2) la irreversibilidad de los logros coyunturales por

la teoría marxista pierde su anterior capacidad explicativa y se necesita introducir nuevas categorías explicativas. La necesaria transición entre los complejos estructurales fácticos y las estructuras objeto de predicción morfológica se realizaría de dos formas: 1) mediante un monismo dialéctico que conciba la complejidad como un sistema de mediaciones, extendiendo los efectos de la necesidad a ese nuevo complejo indeterminado; 2) mediante una transición externa a la teoría marxista debido a la imposibilidad del paso lógico desde el análisis morfológico a la legitimidad propia de las totalidades parciales (Laclau, Mouffe, 2015, p. 53-57). Se pasaría de un campo teórico coherente y homogéneo, con una estructura singular determinada por lógicas internas y relaciones mutuas, a un campo teórico con un pluralismo de legitimidades estructurales con lógicas internas y relaciones mutuas determinables (Laclau, Mouffe, 2015).

parte de la clase trabajadora; que a su vez provocan que en su teoría se mantenga un hiato estructural entre a) la subjetividad política y 2) la subjetividad económica (Laclau, Mouffe, 2015). El revisionismo desplazó la discusión sobre el sujeto mediante la negación de la lógica determinista abstracta, otorgando a la clase obrera la tarea de clase dirigente en base a una argumentación históricamente contingente (Laclau, Mouffe, 2015).

A pesar de resistirse a entenderlo como un sistema cerrado que abarca todo el campo de predicción política, el revisionismo no negó el carácter científico del marxismo, lo que implicó el hiato mencionado anteriormente entre: 1) la causalidad histórica postulada por la ortodoxia, y 2) el espacio que permita el libre juego de la subjetividad histórica (Laclau, Mouffe, 2015). Esta teoría crítica con el racionalismo dogmático de la ortodoxia adopta la forma de un dualismo kantiano en el que se limitan los efectos de la identificación entre objetividad y causalidad mecánica²⁹ (Laclau, Mouffe, 2015). De este marco interpretativo debemos indicar la introducción un concepto evolutivo (*Entwicklung*) en su teoría general del progreso, según el que la interacción entre lo político y lo económico imprime una dirección a todo logro concreto, teniendo la historia un necesario carácter progresivo y ascendente. Aquí desarrolla un sujeto trascendente constituido al margen de toda condición discursiva de emergencia: el sujeto ético, donde Bernstein entiende una evolución histórica según la cual se dará una democratización paulatina.

La tercera respuesta vino desde el sindicalismo revolucionario encabezado por Georges Sorel (Laclau, Mouffe, 2015). Influenciado por Hegel, Proudhon y Bergson, se trató de una revisión izquierdista del reformismo que planteó una crítica a la doctrina del materialismo histórico, identificando al marxismo con un racionalismo pseudocientífico en el que se postulaba una teoría explicativa del devenir social por medio de concepciones tomadas de las ciencias naturales (Souyri, 1970). Según este, el movimiento histórico era imprevisible, y en él operaban complejos de imágenes motrices cargadas de efectividad y generadoras de acción: mitos “vividos y traducidos en actos” (Souyri, 1970, p. 20-21). El socialismo es entendido no solo como la ideología del proletariado industrial, el cual obtiene en el mito de la huelga general su legitimidad práctica, sino como una mutación regeneradora de la ética y la cultura, capaz de otorgar grandeza a civilizadora en medio de la decadencia moral burguesa (Laclau, Mouffe,

29 Laclau y Mouffe (2015) interpretan una apertura en su científicidad marxista, sacando a colación tres objeciones del mismo hacia el sistema dogmático previo: 1) la no demostración del socialismo como consecuencia necesaria del colapso capitalista; 2) la imposibilidad de demostración debido a que la historia no es un mero proceso objetivo, sino que en ella intervienen factores como la voluntad; 3) la autonomía del sujeto ético. El socialismo tiene un programa del partido basado en una decisión ética, por lo que no puede ser totalmente científico.

2015; Souyri, 1970). Su principal contribución fue el pensamiento sobre la especificidad de la "lógica de la contingencia" como un campo de efectos totalizantes (Laclau, Mouffe, 2015). Este defiende la indeterminación del carácter de los sujetos, los cuales son formados en una realidad social indeterminada ("*melange*") que puede unificarse mediante prácticas de recomposición ("*bloc*") de una fuerza (Laclau, Mouffe, 2015, p. 69- 71). Su ruptura con el paradigma de la producción y el economicismo de la II Internacional se visualiza en sus tres etapas intelectuales: 1) en los análisis iniciales se diferencia de la ortodoxia en lo relativo a su originalidad y sofisticación, distanciándose de la idea de un mecanismo histórico subyacente y buscando las cualidades morales que cohesionan las sociedades y permiten su evolución ascendente (Laclau, Mouffe, 2015; Souyri, 1970); 2) posteriormente se produce, tras la toma de conciencia de la posibilidad de disgregación civilizatoria (*melange*), su concepción sobre el proceso de recomposición de estas circunstancias en el que las clases pasarían de ser a) localizaciones estructurales en un sistema objetivo a ser b) polos de reagregación (*blocs*) (Laclau, Mouffe, 2015). En la guerra entre fuerzas opuestas donde se produce la unión, emerge la posibilidad de constituir una identidad propia -"consciencia de escisión" (Laclau, Mouffe, 2015, p. 71)- para el proletariado (Laclau, Mouffe, 2015); y 3) en un tercer momento se enfrenta y rompe con el quietismo ortodoxo, derivándose una nítida evolución intelectual por la que desplaza el momento de constitución de la unidad de clase hacia el ámbito político (Laclau, Mouffe, 2015).

Laclau y Mouffe (2015) caracterizan la relación existente entre el doble vacío surgido en el discurso esencialista de la II Internacional y el desajuste de etapas históricas al que da respuesta la hegemonía. En lo referido al doble vacío entienden que: 1) la relación adopta una forma dualista en la medida que el discurso que instituye al doble vacío no pretende determinar grados diferenciales de eficacia explicativa dentro de una topografía, sino que pretende limitar su capacidad envolvente y determinante de toda estructura topográfica; 2) este dualismo nace de la imposibilidad de encontrar en la determinación estructural una fundamentación lógico-política que aborde las tendencias a la fragmentación; 3) la unidad de clase de los agentes sociales se basa en un juego de espejos en el que a) la fragmentación económica no logra constituir la unidad de clase y se remitía a la recomposición política, pero b) esta última no podía fundamentar el carácter necesario de clase de los agentes sociales (Laclau, Mouffe, 2015). La lógica política que implica la hegemonía trató de suturar el conjunto de fisuras del discurso teórico de la Segunda Internacional, llenando el espacio vacío dejado por la crisis del "etapismo plejanoviano" desde el ámbito de la contingencia histórica (externo al desarrollo histórico

normal)³⁰ (Laclau, Mouffe, 2015, p. 77-79). Sobre el desajuste de etapas históricas existen diferencias significativas respecto al paradigma ortodoxo según su situación en Europa occidental o Rusia³¹: 1) en el caso de Europa occidental se produce una conceptualización de las formas del desajuste limitada a categorías negativas de transitoriedad y contingencia que deben superarse; mientras que 2) en el caso ruso se produce una conceptualización positiva que designa una relación anómala entre las tareas a realizar y la clase obrera, surgiendo la lógica hegemónica (Laclau, Mouffe, 2015).

La socialdemocracia rusa desarrolla esta lógica hegemónica en un espacio de referencias tensionado por dos relaciones: 1) la tarea hegemónica y su agente de clase natural, y 2) la relación entre la tarea hegemónica y la clase que la hegemónica (Laclau, Mouffe, 2015). El discurso asume una primera narración en la que la identidad de clase se constituye en el seno de las relaciones de producción capitalistas; pero debido a que la clase burguesa no cumple su “papel natural”, se produce una segunda narración en la que el proletariado asume ese papel externo (Laclau, Mouffe, 2015, p. 79-84). Esta relación estructural entre ambas narraciones se produce en medio de un campo teórico que privilegia a la primera sobre la segunda, produciendo la complementariedad de esta última (Laclau, Mouffe, 2015). La relación estructural entre ambas narraciones implicaría en la estrategia de la socialdemocracia rusa un avance hacia objetivos clasistas, creándose las condiciones para la sistemática desaparición de la especificidad de una lógica hegemónica de carácter factual (Laclau, Mouffe, 2015). En el surgimiento de esta nueva lógica hegemónica, Laclau y Mouffe (2015) interpretan dos posibles prácticas políticas para el proyecto socialista, diferenciadas según su a) ruptura/apertura con la

30 La teoría marxista postulaba una unidad de clase que no sucedía en las civilizaciones burguesas occidentales (Laclau, Mouffe, 2015; Souyri, 1970). En las diferentes condiciones del contexto ruso, las limitaciones congénitas a la civilización burguesa obligan a asignar a la clase obrera tareas y funciones que no le son propias, produciéndose un desplazamiento desde a) asegurar la unidad de clase a b) maximizar la eficacia política de la lucha obrera en un terreno histórico contingente a causa de la debilidad estructural de una burguesía incapaz de llevar adelante sus tareas (Laclau, Mouffe, 2015). Este desplazamiento se da por primera vez en los escritos de Plejánov y Axelrod, que introducen el concepto de hegemonía y abren una fisura entre la naturaleza de clase de la tarea y el agente histórico llamado a llevarla a cabo (Laclau, Mouffe, 2015). De este modo, la Revolución Rusa justificó su estrategia mediante la ampliación al máximo del espacio de indeterminación propio de la lucha hegemónica, surgiendo una oposición entre un interior necesario o "tareas de clase" bajo evolución normal y el exterior contingente o "tareas ajenas" a la naturaleza de clase (Laclau, Mouffe, 2015).

31 A excepción del austromarxismo, que explicaba la multiplicidad de las situaciones nacionales como desajuste de etapas, en Europa Occidental se explicó al desajuste como el productor de un desplazamiento de nivel desde lo económico a lo político interno a la clase obrera (Laclau, Mouffe, 2015). En Europa occidental se disociaron los momentos estructurales de un paradigma sincrónico, imposibilitándose cualquier forma de narración y entendiendo el desajuste y crisis del paradigma como un fenómeno negativo (Laclau, Mouffe, 2015). Mientras Rusia, que comparte el desplazamiento de lo económico a lo político como producto del desajuste histórico, ve un desplazamiento mucho mayor al darse entre distintas clases, y entiende a esta disociación como un fenómeno positivo (trampolín para la toma del poder político) que permite la narración (Laclau, Mouffe, 2015).

vanguardia política, b) la interioridad/ exterioridad entre la hegemonía clasista y las tareas democráticas, c) el rechazo/ aceptación del evolucionismo lineal y d) el innecesario/ necesario carácter clasista de las tareas democráticas (“burguesas” en la conceptualización marxista): 1) la práctica democrática y 2) la práctica autoritaria (p. 86-99). Durante el siglo veinte, el discurso de los partidos comunistas han oscilado entre estas dos prácticas debido a la influencia progresiva del carácter hegemónico que debía adquirir toda iniciativa política (Laclau, Mouffe, 2015; Errejón, Mouffe, 2015). Aquí comienzan a desplegar todos los efectos de la escisión estructural entre las masas y la clase por parte de la tradición leninista, originándose dos grandes problemas en el discurso: 1) en la forma de caracterizar a una pluralidad de antagonismos no reductibles a la clase social; 2) en las formas de acción que permitan mantener una identificación clasista en la fuerza hegemónica (Laclau, Mouffe, 2015). La tendencia dominante en la forma de caracterizar los nuevos antagonismos consistió en implementar un conjunto de estrategias discursivas que establecían una relación interclasista e iban más allá del carácter concreto de clase, formándose un contradictorio discurso "popular"³²(Laclau, Mouffe, 2015). Mientras que sobre las formas de acción para mantener una identidad “proletaria” han existido dos respuestas principales (ligadas a las dos prácticas mencionadas); por un lado la característica en la tradición comunista, consistente en la extensión *ad nauseam* del modelo representativo (núcleo de clase que otorga el sentido de la instancia y la representación=representación de otra instancia= instancia). Las relaciones políticas pasarían son entendidas como escenarios transparentes de lucha entre agentes preconstituidos, entre los cuales uno privilegiado ontológicamente (por la *intelligentsia* partidista) adquiere una conciencia para sí; y por otro lado, una forma que se basa en el principio de articulación, aceptando la diversidad estructural en las relaciones sociales y consiguiendo unificarla a través de un proceso de construcción político, y no como producto no de una esencia común subyacente (Laclau, Mouffe, 2015, p. 98-99). Nos parece relevante sintetizar estas secuencias discursivas e interpretaciones, por ejemplo en lo referido a la inexistencia de enumeraciones equivalentes en la II Internacional (Laclau, Mouffe, 2015), para comprender el grado de apertura y renovación teórica, así como la herencia doctrinal contenida en la idea de nación de Otto Bauer.

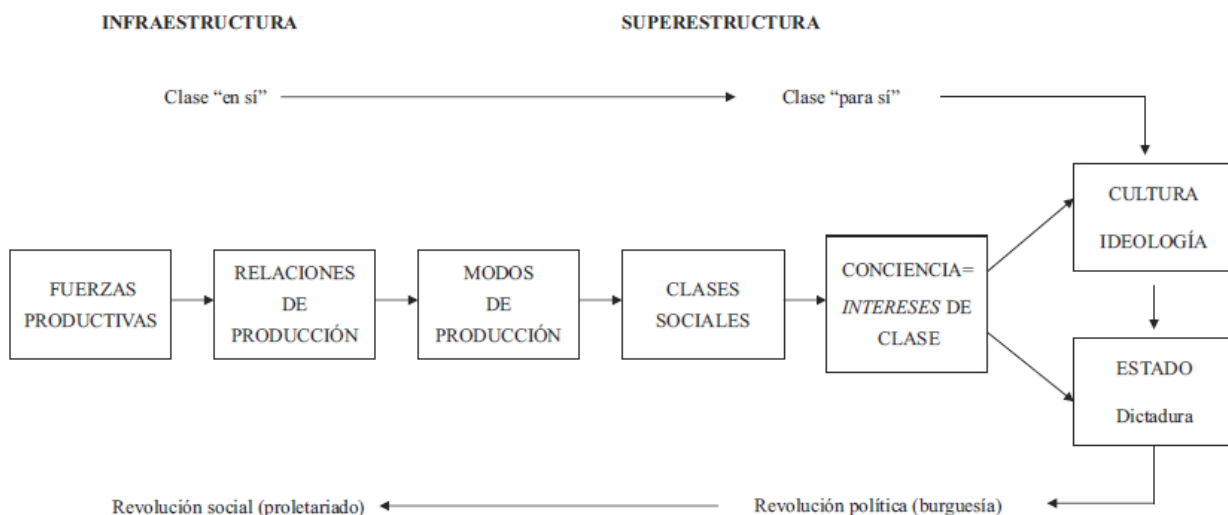
32 Este discurso tiene un carácter performativo puesto que constituye una relación estructuralmente nueva, mediada por la lógica de equivalencias (Laclau, Mouffe, 2015; Errejón, Mouffe, 2015). Esta estrategia se enfrentó al problema de que la identidad del objeto (un sector de clase enumerado) se escinde en el momento en que adquiere una relación de equivalencia entre a) su sentido literal-separado y b) su sentido contextual como elemento sustituible (Laclau, Mouffe, 2015). Decimos que este discurso es contradictorio porque parte de una concepción prepolítica del sujeto, en la que cada sector de clase se corresponde con unos "intereses objetivos", imposibilitando la generación de identidades compartidas. En este punto, conceptos como el de "alianza de clases" entran en contradicción con lo "popular", ya que este implica necesariamente el surgimiento de un equivalente general que tiene como función cristalizar simbólicamente una relación de equivalencia en la que surgen posiciones de sujeto distintas a las de clase (Laclau, Mouffe, 2015).

Las dos generaciones posteriores a los clásicos desarrollaron y completaron la doctrina del materialismo histórico (Anderson, 1979), elaborando una teoría de la historia que atendía primordialmente al movimiento de la infraestructura social (Laclau, Mouffe, 2015), es decir, a las relaciones de producción (Máiz, 2011). Según este marco interpretativo, el crecimiento de las fuerzas productivas se correlaciona positivamente con la transformación de las relaciones de producción, posibilitando la expansión de la capacidad productiva humana (Máiz, 2011). Según su especificidad, las relaciones de producción se clasificarían en una serie de modos de producción (asiático, feudal, capitalista), agrupando a los individuos en una estratificación clasista en la que se produce la unicidad de significado entre la clase social y los intereses objetivos de clase (Errejón, Mouffe, 2015; Laclau, Mouffe, 2015; Máiz, 2011). Sobre esta infraestructura se constituyen unas superestructuras legales e ideológicas adecuadas a las relaciones de producción para permitir el desarrollo de las fuerzas productivas (Máiz, 2011), de tal modo que la autonomía de lo político es inexistente, o cuanto menos relativa y condicionada por un momento (económico) anterior. Máiz (2011, p. 177-179) ha sintetizado la secuencia argumentativa (véase *figura 3*) del marxismo clásico como sigue: 1) el proletariado posee la condición de clase mayoritaria, una vez que se sucedan crisis capitalistas que proletarizen las condiciones materiales de grandes capas de la población; 2) se produce simultáneamente la universalización de los intereses proletarios; 3) aparece una conciencia de clase más sólida y objetiva de los intereses depositados en la infraestructura, que acaba primando sobre otras identificaciones; 4) se sucede un antagonismo de clase determinado por las relaciones de producción, que pasará por necesidad a ser superado por una revolución social que transforme el modo de producción; y 5) se postula como objetivo una sociedad sin clases que finalice la explotación, produciéndose la primacía del objetivo igualitario (infraestructural) sobre el libertario (derechos legales y políticos superestructurales), abriéndose la necesidad de una dictadura del proletariado que lo consiga.

La herencia doctrinal contenida en la tradición interpretativa marxista de la II Internacional ha mantenido, en términos generales, al paradigma de la productividad como principal marco interpretativo, lo que le ha llevado a una concepción prepolítica del sujeto y a una exterioridad teórica con fenómenos no recogidos en su morfología (como el caso de la nación). Se trata de un análisis objetivo e hiperracionalista de la realidad y del cambio social que otorga una centralidad conceptual a la razón científica, el universalismo, la clase o el interés económico, y que ha provocado la marginación de los distintos mecanismos que intervienen en los “procesos de

construcción de la acción colectiva³³ (Máiz, 2011, p. 210-214). Desde una posición teórica distinta, mismo antagónica, ha compartido con las principales corrientes de la teoría política moderna (comunitarismo, liberalismo postkantiano, utilitarismo) la exclusión fundacional de las emociones y las pasiones, elementos centrales para la producción de identificaciones políticas, y por supuesto, de identificaciones nacionales (Máiz, 2011). Esto ha llevado al entendimiento de que la política es la expresión de unos intereses de clase exógenos o datos anteriores en un nivel privilegiado ontológicamente (la infraestructura), emergiendo una concepción instrumental de la misma. Se ha producido un “estrechamiento” que obvia que la retórica, a través de los recursos de la “metáfora o la sinécdoque”, es un elemento clave para la construcción de procesos políticos de significación en donde se produce un “desplazamiento de lo literal, lo gramático y lo lógico” (Máiz, 2011, p. 214; Laclau, 2016). De este modo se ha eludido la autonomía de lo político, negando que la política tenga un carácter constitutivo en el que la significación opera (en forma de fronteras políticas, disposiciones, convicciones) mediante la movilización de afectos y la articulación de dimensiones cognitivas y emotivas (Máiz, 2011).

Figura 3. *secuencia argumentativa marxismo clásico*



Fuente: Máiz, R. (2011): *"A arte do imposible"*, Vigo, Editorial Galaxia.

La herencia doctrinal contenida en la tradición interpretativa marxista de la II Internacional ha condicionado el abordaje de la cuestión nacional, el cual ha tenido tres etapas en su reflexión: 1) un primer momento liderado por la posición ortodoxa oficialista de Karl Kautsky y por la

33 Sintetiza Máiz (2011): "Isto é, procede a ignorar 1) os custos dos procesos de decisión e mobilización (custo dos medios, efectos colaterais, custos de oportunidade, etc.); e 2) os indeclinables compoñentes normativos (conviccións, principios: xustiza iguallades, fraternidade) e motivacionais (virtudes políticas e emocións que activan as conviccións: solidariedade, compaixón, indignación, etc.) da súa acción política" (p. 210-214).

izquierda radical en Rosa Luxemburg (Aubet, 1977; Haupt, Löwy, 1980). Desde un abordaje economicista, heredado del paradigma de la producción, el primero entendió el fenómeno nacional como un hecho cultural del que había que derivar una autonomía cultural según criterios etnográficos. Describiremos brevemente este marco interpretativo, desde el cual surgen las posteriores respuestas. Entendiendo a la nación y la clase como categorías no superponibles, Luxemburg realiza una reflexión irregular que evoluciona durante su trayectoria intelectual pero que siempre se mantiene en la idea del internacionalismo (la unidad clasista como objetivo prioritario a la unidad nacional). Sus principales características fueron a) el rechazo del derecho de autodeterminación y de la autonomía nacional-cultural en la sociedad burguesa en tanto que tareas que provocan la desolidarización con el proletariado de la nación dominada, y que además son demandas sujetas a su realizabilidad (y no a su deseabilidad), b) el entendimiento del socialismo como proyecto de abolición de la opresión nacional, que permite la verdadera autonomía nacional-cultural (*landesselbstverwaltung*) (Aubet, 1977, p. 159-164) y c) una lógica de acción política subordinada a la evolución de las etapas históricas y de sus tendencias objetivas (la unificación-centralización y tendencia natural hacia la autonomía local) que se cristaliza en la propuesta de la política nacional proletaria que determina el apoyo a los movimientos nacionalistas mediante una perspectiva de totalidad (Aubet, 1977); 2) un segundo momento liderado por los austromarxistas Karl Renner y Otto Bauer, que analizaremos sistemáticamente en el próximo capítulo; y 3) un tercer momento representado por el bolchevismo de Vladimir Lenin (Aubet, 1977; Haupt, Löwy, 1980), en el que se evita dar una definición rígida y estática de la nación (Aubet, 1977) para partir desde a) una doctrina del centralismo democrático contraria a la descentralización de las unidades políticas (Connor, 1984), que postula simultáneamente b) un pensamiento instrumentalista (no generalizable) orientado a la práctica política (valor movilizador e ideológico) en una fase histórica concreta (el absolutismo zarista) (Armesilla, 2017; Connor, 1984; Eidelman, 2012; Haupt, Löwy, 1980; Haupt, 1986; Laclau, Mouffe, 2015). Se incorpora la defensa del derecho de autodeterminación de las naciones como una doble garantía de disposición de sí mismas y de una unión libre de naciones, estableciendo las bases para la solidaridad entre el proletariado de cada nación (Connor, 1984; Lenin, 1975).

La tradición interpretativa marxista se configuró como un sistema cerrado hasta el momento en que esta serie de respuestas provocaron una ampliación en el número de investigaciones y el nivel de las discusiones, provocando una renovación en la teoría marxista (Aubet, 1977; Haupt, Löwy, 1980). Pero a pesar de la ampliación y apertura de la teoría, esta herencia doctrinal

contenida se relacionó negativamente con la comprensión del fenómeno nacional, provocándose una relación de exterioridad entre las luchas nacionales y las del movimiento obrero. Debido a las concepciones deterministas del proceso histórico se situaron a una serie de países (“subdesarrollados”, “precapitalistas”) como dependientes de la “maduración de las condiciones económicas”, provocando un debate estratégico sobre la transición hacia el socialismo que provocó una consideración reacia hacia las reivindicaciones nacionales, tildadas como reaccionarias o aberrantes³⁴ (Souyri, 1970). En la secuencia argumental del marxismo de la II Internacional sobre la cuestión nacional se produce un abordaje desde el eje clasista burguesía-proletariado, constituyéndose una relación separada entre las categorías de clase y nación que se ha caracterizado por una lógica mecánica, unidireccional e instrumental según la que la clase dominante (burguesía) interesada en liderar lo “nacional” se conforma en un “espacio anterior y exterior” (la infraestructura), “de modo prepolítico y prenacional” (Rivadeo, 1994).

Desde este economicismo se ha compartido el entendimiento de la nación como una “comunidad acabada”, “libre de conflictos” y por lo tanto incompatible con los intereses del proletariado (antagónicos con las sociedad burguesa), abriéndose dos líneas teóricas principales (Rivadeo, 1994, p. 1-5): 1) la nación como “mera ilusión”, vinculada a la tesis de la desaparición progresiva de las nacionalidades. En esta, la nación se fundamenta en el estado, siendo entendido este como una comunidad de propietarios de mercancías ilusoria y en tránsito de disolverse, en el que la nación es una representación ideológica mistificadora de la estructura clasista (Rivadeo, 1994). La comunidad real vendría a estar representada por el mercado, que en un determinado momento histórico precisa de las lógicas del estado-nación, situando a la nación como un epifenómeno del ámbito económico e inscribiendo a la lucha de clases como un movimiento de contenido universal y cosmopolita que lo superará; y 2) la nación como un sedimento residual de sociedades preclasistas, vinculado a la doctrina de las naciones sin historia. La segunda línea de teorización ubica la densidad del fenómeno nacional en una esencia exterior al proceso histórico-social, siendo determinable mediante un procedimiento empírico-deductivo (Rivadeo, 1994). La nación aparecería como una comunidad arcaica, dotada de una insuficiente diferenciación clasista y poseyendo una unidad étnico-cultural premoderna

34 Souyri (1970) ejemplifica esta posición en algunos autores como Kautsky, Renner y Luxemburg. En el caso de Renner, su temor al separatismo se fundó en la hipótesis de que la ruptura del marco estatal supondría un parón en el desarrollo económico (Arzo, 2015; Renner, 2015; Souyri, 1970). En Luxemburg, sus diferencias posicionales entre los países balcánicos y Polonia (Souyri, 1970) proviene de un proceder metodológico concreto que subordina los antagonismos a una lucha política principal: la lucha de clases (Aubert, 1977; Souyri, 1970). Katsky señala el origen de los sentimientos nacionales como contrarios a las tendencias objetivas del desarrollo capitalista, las cuales suponen las bases del internacionalismo y la desaparición de las diferencias nacionales (Souyri, 1970).

(no civilizada, “barbara”). Estas operacionalizaciones sobre la nación han omitido la interioridad entre las categorías de clase y nación, es decir: las múltiples y complejas relaciones internas entre las clases sociales y la nación, entendidas como categorías contenidas y presupuestas entre sí (Rivadeo, 1994). De este modo, se ha imposibilitado que en un nivel de abstracción la estructura lógica de la nación pueda asumir una forma específica de producción del principio constitutivo de lo social, imposibilitando su particular formación como “complejo metabolismo económico, social, político, ideológico y cultural” (Rivadeo, 1994, p. 15-20). La nación no sería un “espacio de articulación orgánica y contradictoria”, sino que una “cosa”, “esencia” o “categoría inmediata” definida inductivamente a partir de un vínculo empírico externo -natural o cultural- (Rivadeo, 1994, p. 12-18). En la mayoría de las corrientes de la II Internacional se rechazaron las versiones genealógicas de la nación, tildadas como constructos ideológicos burgueses o fenómenos de importancia secundaria (táctica).

Al igual que en la crisis teórica Kautsky constituyó el marco de referencia sobre el que se desarrollaron las diversas respuestas, en el abordaje sobre la cuestión nacional su posición fue dominante, por lo menos hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial (Haupt, Löwy, 1980; Máiz, 2019). A nivel general, su marco interpretativo reproduce la exterioridad entre nación-clase, de modo que su abordaje del fenómeno nacional resultó en un conjunto desordenado de conceptos sin capacidad de aprehensión analítica: “Pienso que nuestros principios no son absolutamente válidos más que en el caso de los pueblos de nuestro medio cultural” (Kautsky, 1955; citado en Haupt, Löwy, 1980, p. 30). Aunque se esfuerza constituye un primer intento de clarificación no comportó una sistematización de la idea de nación, siendo constante en sus escritos una pasividad metodológica, expresada por ejemplo en las replicas y refutaciones escritas en la *Die Neue Zeit* al respecto de otras obras de teóricos marxistas, como por ejemplo Bauer o Luxemburg (Haupt, Löwy, 1980). En la mayor parte de su trayectoria no intentó una conceptualización consciente, produciendo un abordaje mayoritariamente intuitivo (Haupt, Löwy, 1980). Como hemos anticipado, su marco interpretativo es fiel al desarrollo del paradigma de la productividad marxiano, pero también lo será de la tesis de la progresiva desaparición de las naciones (Haupt, Löwy, 1980, p. 65). El fenómeno nacional aparece en el análisis histórico-económico de las sociedades occidentales, en el que entiende al estado nacional como el instrumento de dominación por excelencia de la nación moderna, producto del desarrollo del modo de producción capitalista: en la medida que la configuración de un mercado capitalista aparece como un agente histórico, la lengua surge como materia prima en la producción del vínculo nacional (Haupt, Löwy, 1980). Ha situado a la nación como una entidad

social con posibilidades de emerger en distintas condiciones y etapas históricas que se unifica a través de la adopción de una lengua y cultura mayoritarias (Aubet, 1977; Haupt, Löwy, 1980). Kautsky interpreta a la nación como un fenómeno burgués cuya condición material de posibilidad es la unificación de un mercado en el que se articule su principal instrumento: una comunidad lingüística (Haupt, Löwy, 1980; Máiz, 2019). Aunque usó en buena medida el significado de etnia diferenciada lingüísticamente unificada bajo un estado, no introdujo una acepción sistemática y coherente de nación-nacionalidad: “Incluso los pueblos civilizados contemporáneos (*Kulturvölker*) atribuyen los más distintos significados a la noción de nacionalidad, conforme a su desarrollo histórico específico, cosa que, como se sabe, produce dificultades considerables en todos nuestros congresos internacionales” (Kautsky; citado en Haupt, Löwy, 1980, p. 60). La nación se identifica con el espacio de la cultura (“medio cultural”) necesario en el desarrollo occidental del estado moderno, siendo su lógica monista subyacente la siguiente: Estado=Lengua=Nación (Haupt, Löwy, 1980). En sus posicionamientos políticos, por ejemplo en el intento de refutar los planteamientos de Luxemburg contrarios a la independencia polaca mediante la defensa de una “política ofensiva” (Haupt, Löwy, 1980, p. 56), le asignará a la nación un lugar práctico y una reflexión política específica.

Para ir concluyendo el marco de referencia que acabamos de trazar durante este capítulo, hemos de decir que la idea de nación de Otto Bauer supone el intento más sistemático y cuidado de elaboración de una teoría de la nación desde el marco interpretativo marxista (Haupt, Löwy, 1980). Aunque limitado por la herencia doctrinal contenida en la II Internacional, veremos como anticipa elementos desarrollados décadas más tarde en la teoría política contemporánea, algunos de los cuales podemos anticipar en este párrafo. Veremos en su concepción de la nación como comunidad inesencial y plural el acercamiento a una lógica hegemónica de construcción de la política en la que la nación es un espacio de articulación capaz de albergar distintas ideas de bien, tendencias y proyectos nacionales. O como en el entendimiento de la lógica progresiva de ampliación de la comunidad cultural-nacional se constituye un equilibrio entre lo particular y lo universal (Laclau, 2016), en el que a pesar de existir la individualidad nacional (su concepto de “carácter” nacional) se expresa una heterogeneidad de posiciones sociales enfrentadas entre sí (eso sí, de manera clasista). También se acercará a la comprensión de una lógica hegemónica en su hipótesis sobre el desarrollo de la conciencia nacional como un proceso multicausal lleno de relaciones de exterioridad (un “otro”, “afuera” o “exterior constitutivo”) e interioridad (fronteras interiores: los que “gozan” y los que “sostienen” la comunidad) en el que el estado es un actor clave para la cohesión. O en su abordaje de la relación entre el estado y la nación, como aborda

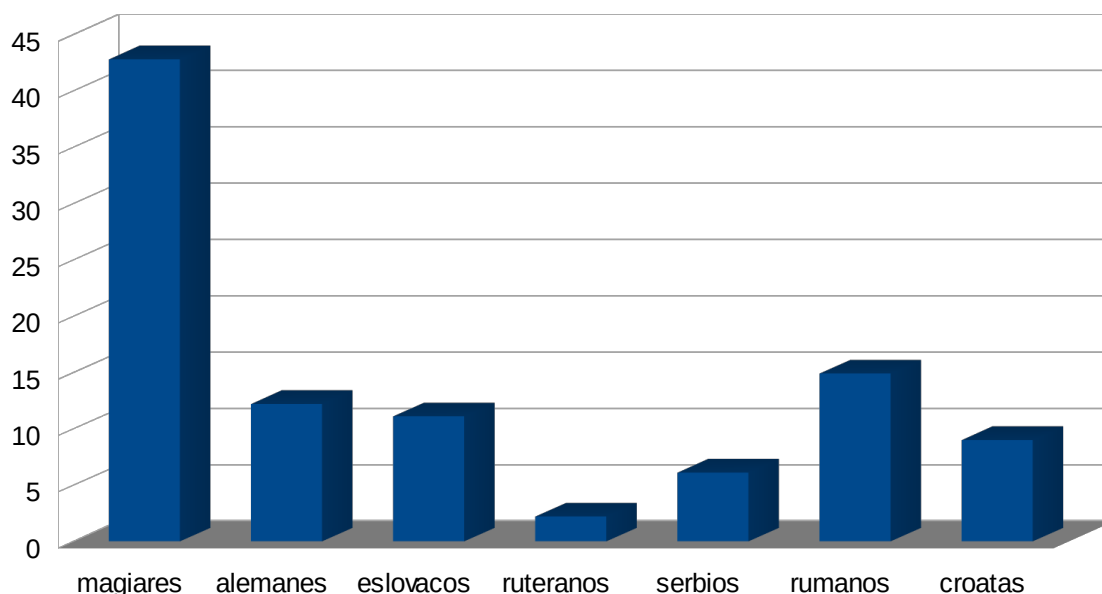
los riesgos de la concepción centralista-atomística con el fin de procurar la unidad en la diversidad del estado. También su formulación compleja del materialismo histórico le llevará a entender tanto la estructuración temporal de lo nacional como el dinamismo de su historicidad. O como su idea, basada en la superposición e interrelación de los conflictos de clase y nacionales, deriva una identificación nacional que no tiene porqué corresponderse necesariamente con la clase burguesa. También veremos, de forma limitada, puesto que Bauer es deudor de la lógica representativa y no desarrolla explícitamente una lógica de equivalencias (no comprende literalmente la construcción de una voluntad nacional-popular), como el camino hacia un horizonte socialista se inscribe en la originalidad y unicidad particular de los movimientos obreros nacionales, y en la activación de las tendencias racionalistas internas a la comunidad (Calello, Neuhaus, 2011).

5 La idea de nación en Otto Bauer

5.1 Contexto histórico y socio-político de la producción teórica de Otto Bauer

El final del viejo absolutismo en Austria se correlacionó con la *Constitución de Diciembre* en 1867 de una nueva organización constitucional-liberal que establecía tanto derechos generales y fundamentales (como el artículo 19 de la Ley fundamental del Estado sobre los derechos generales de los ciudadanos) garantizados judicialmente como sus respectivos órganos encargados de atender a la vulneración de los mismos: el Tribunal Imperial (Reichsgericht) y el Tribunal administrativo (*Verwaltungsgerichtshof*) (Arzoz, 2015). El compromiso constitucional con Hungría de 1867 supuso la conversión de la monarquía única en una monarquía dual, en la que Hungría (Corona de San Esteban) era un estado a título propio vinculado por Unión Real, con los ministerios de Asuntos Exteriores, Guerra y Hacienda comunes, en el que se practico una política de hegemonía magiar asimilacionista de las restantes nacionalidades (alemanes, eslovacos, rumanos, rutenos, croatas y serbios) (García-Pelayo, 1977). Como vemos, a la ya compleja realidad de la Austria Cisleitania se le sumó la complejidad del Estado multinacional húngaro representada en nuestra *figura 4*.

Figura 4. *Representación de la distribución de las nacionalidades en Hungría (1890) en una escala 0-100 de proporcionalidad.*



Fuente: elaboración propia a partir de Kann (citado en García-Pelayo, 1979, p. 3).

Austria se caracterizaba por ser un “Estado unitario descentralizado que combinaba una amplia autonomía de los países de la Corona (*Kronländer*) y de los municipios con unas instituciones legislativas y administrativas centrales” (Arzoz, 2015, p. 32), y que debido a la diversidad cultural y étnica³⁵ proclamaba la idea del estado nacional, mismo abriéndose constitucionalmente a tal pluralidad (Arzoz, 2015). La monarquía de los Habsburgo estaba doblemente configurada como un estado constitucional y autoritario, viviendo a comienzos del siglo XX una crisis política con varios problemas como los usos gubernamentales de reglamentos de urgencia y la obstrucción del aparato legislativo por parte de sus parlamentarios, consideradas como “prácticas obstruccionistas” por Karl Renner (Arzoz, 2015). Los Países de la Corona estaban definidos en base a un criterio histórico-político (no étnico-nacional) referido a los restos estatales de la monarquía compuesta en el Antiguo Régimen, que no era coincidente con el principio nacional (escasos países con población homogénea alemana), produciéndose un mapa en el que la “mayoría de cada reino y país insistía en que la unidad político-histórica debía transformarse en una unidad nacional, y la minoría exigía la corrección de las fronteras de la unidad político-histórica según el principio nacional” (Arzoz, 2015, p. 35). El Imperio Austro-

35 R. A. Kann establece una tipología en su estudio sobre los grupos nacionales en 1910 (*The Habsburg Empire. A study in integration and desintegration*), diferenciando: “(i) grupos nacionales con historia y situación (política) dominante (alemanes y magiares); (ii) grupos nacionales con historia capaces de mantener en grado variable instituciones semi-autónomas (checos, polacos, croatas, italianos); (iii) Grupos nacionales sin historia en situación de sumisión (rutenos, rumanos, eslovacos, eslovenos)” (citado en García-Pelayo, 19177, p. 60).

húngaro tenía una composición por nacionalidades extraordinaria a su tiempo, y una organización territorial ordenada en Reinos y Países de la corona (Dietas y Parlamentos territoriales) que no se correspondían con la distribución espacial de las nacionalidades, a su vez con distintos grados de desarrollo cultural, político y económico (García-Pelayo, 1979). La monarquía compuesta reflejaba esta tensión constitucional entre la apelación a una “realidad prenatal y precapitalista de libertades preabsolutistas”, y un liberalismo plurinacional que atendía a la emergencia de las nacionalidades (Arzoz, 2015, p. 36). Como podemos observar en el mapa de distribución de los grupos lingüísticos (*figura 5*) en 1910, estamos, púes, en uno de los complejos territoriales más amplios y diversos de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Figura 5. Mapa de distribución territorial de los grupos lingüísticos en el Imperio Austro-Húngaro en 1910.



Fuente: <https://www.politicaexterior.com/actualidad/caducidad-mapas-fin-imperio-austro-hungaro/>

En este cuadro político, la socialdemocracia austriaca se personaba como la principal corriente de reforma constitucional de Austria, y por lo tanto, como uno de los principales actores para la preservación del estado (Arzoz, 2015). Liderado por Victor Adler entre 1888 y 1889, el partido socialdemócrata austriaco adoptó una fórmula federalista en Eisleitania (1897) debido a una serie de tensiones nacionales internas, constituyéndose como una federación de seis partidos independientes (alemán, checo, polaco, sudeslavo, ruteno e italiano) con un ejecutivo y congreso anual comunes, y la obligación de los parlamentarios de representar a un partido único (Arzoz, 2015; García-Pelayo, 1977; Quiroga, 2015). En ese mismo año, la socialdemocracia tuvo un punto de inflexión para el avance de sus ideas debido a la “crisis de Badeni³⁶”, lo que le llevó a impulsar la preparación de un programa que se debatiría en el Congreso de Brünn en 1899 (Arzoz, 2015). Este programa se caracterizaría por mantener un doble compromiso con las demandas de autonomía territorial y autonomía cultural y nacional, manteniendo un debate entre distintas posiciones, pero principalmente entre las de la dirección federal del partido y las de Etbin Kristan³⁷, un esloveno perteneciente al partido socialdemócrata sudeslavo (Arzoz, 2015). El Programa de Brünn partía de la tesis de que los conflictos nacionales eran un obstáculo al desarrollo político-cultural del pueblo, y que por lo tanto beneficiaba a las clases dominantes (García-Pelayo, 1977). Este tenía cinco puntos principales: 1) la concepción de Austria como un estado federal democrático de las nacionalidades; 2) la transferencia hacia los países de la Corona de cuerpos autónomos (legislativos y administrativos) de carácter nacional, con una cámara nacional escogida por sufragio universal; 3) la pertenencia de las comunidades nacionales autónomas en un ente nacional unitario; 4) una ley específica estatal-parlamentaria que regule el derecho de las minorías nacionales; 5) la inexistencia de privilegios nacionales y el rechazo a la exigencia de una lengua oficial de estado, pasando a ser una decisión relativa a la necesidad instrumental parlamentaria (Arzoz, 2015; García-Pelayo, 1977).

Desde la década de los 90, en donde la socialdemocracia austriaca (*Sozialdemokratische Partei Österreichs*; *SPÖ*) organizó una de las movilizaciones más amplias por la reducción de la

36 El gobierno de Kasimir Felix Badeni (1846-1909) aprobó en 1897 una ordenanza lingüística desfavorecedora hacia los alemanes, que relegaba al checo como segunda lengua oficial en Bohemia y Moravia, incluso en territorios puramente alemanes, obligando a los funcionarios al conocimiento en ambas lenguas en un plazo de 3 años. En 1899, Badeni se ve forzado por el emperador a dimitir, además de abrogar y modificar los decretos, con la consecuencia posterior de una política de obstrucción parlamentaria por parte de los checos (Arzoz, 2015).

37 Partiendo de la premisa de que la concepción general sobre la cuestión nacional era equivocada, puesto que confundía la nación con el territorio y convertía una comunidad puramente cultural en una comunidad de posesión, la propuesta de Kristan entendía la solución de la autonomía nacional como una posibilidad de existencia de las naciones independientemente de las fronteras. Su objetivo era conseguir la unidad cultural de la nación eslovena, al margen de las divisiones político-administrativas del estado o el carácter mayoritario/minoritario de las minorías eslovenas en los distintos territorios (Arzoz, 2015).

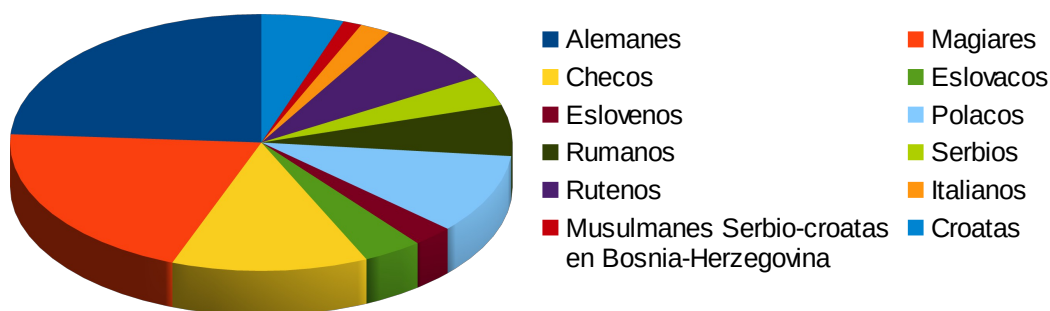
jornada laboral a ocho horas (López, 2011), el partido había aumentado su peso político en el país. Su principal objetivo político era la democratización del sistema político, lo que les llevó a una serie de protestas entre 1893 y 1895 favorables a una reforma electoral que superase el sufragio censatario que le catapultó hacia su entrada en el *Reichsrat* con 14 diputados en 1897 (López, 2011). Tras un contexto de crispación social que llevó a la realización de una huelga general masiva en 1905, el partido socialdemócrata austriaco irrumpió en 1907 con 87 diputados, siendo la principal fuerza parlamentaria (López, 2011). Conjuntamente con la socialdemocracia alemana (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands; SPD*), con la que compartían características programáticas y en la forma de organización, se postuló como una de las fuerzas políticas de referencia en la II Internacional por ser capaz de unificar bajo un espacio culto y disciplinado un amplio movimiento de masas (obrero, sindical, asociativo, cultural), con un proyecto de socialismo democrático resolutivo en sus diferencias internas (López, 2011). En los momentos previos al inicio de la Primera Guerra Mundial, la socialdemocracia se adhirió al conflicto en vistas de la amenaza rusa y su vinculación con Alemania, lo que causó la división interna del partido, conformándose un grupo antibelicista y múltiples tensiones entre sus principales dirigentes (López, 2011).

Con el desenlace de la Gran Guerra, en el Imperio Austro-húngaro se sucedieron hechos parecidos a los de Alemania. El estado rural de Hungría pasó de un gobierno provisional burgués a una breve república soviética (1918) dirigida por socialdemócratas y comunistas, para posteriormente ser suprimido por las tropas rumanas, que acabaron por instaurar un régimen blanco (Anderson, 1979). En Austria, donde existía un mayor peso de la clase obrera industrial, la posición de la socialdemocracia fue favorable a un gobierno burgués de coalición hasta 1920 (Anderson, 1979; Domènech, 2019). Esta elección política de la socialdemocracia supuso la supresión de los consejos obreros y de soldados, con la motivación inicial de evitar la intervención de la triple entente (Anderson, 1979; Domènech, 2019). Otto Bauer, que fue uno de los principales dirigentes del *SPÖ*, dirigió el ministerio de asuntos exteriores hasta 1919, realizó la primera gran defensa teórica de la actuación de su partido en "la revolución austriaca" de 1924, y fue el principal líder del partido hasta 1934 (Anderson, 1979; Domènech, 2019).

Observamos en la *figura 6* que el Imperio Austro-húngaro estaba compuesto por hasta 13 minorías nacionales y culturales reconocidas, ordenadas según su proporción poblacional descendiente en 1910 como: alemanes (23,9%), magiars (20,2%), checos (12,6%), polacos (10%), rutenos (7,9%), rumanos (6,4%), croatas (5,3%), eslovacos (3,8%), serbios (3,8%),

eslovenos (2,6%), italianos (2%), musulmanes serbio-croatas en Bosnia-Herzegovina (1,2%; estimado) y judíos (dato no estimado). Este extraordinario mapa tenía en su interior una mayoría de casos de no correspondencia entre nacionalidades y ordenación territorial, como por ejemplo podemos observar en el caso de Bukovina reflejado en la *figura 7*, un territorio de 800.000 habitantes con la siguiente proporción poblacional por nacionalidad: rutenos (38,4%), rumanos (34,4%), germanos (21,5%), judíos (12,9%), polacos (4,6%) y magiars (1,2%). Aunque también existían territorios con mayorías nacionales más claras, como en el caso de Salzburgo, en el 208.009 habitantes de los 208.562 totales eran alemanes (García-Pelayo, 1977).

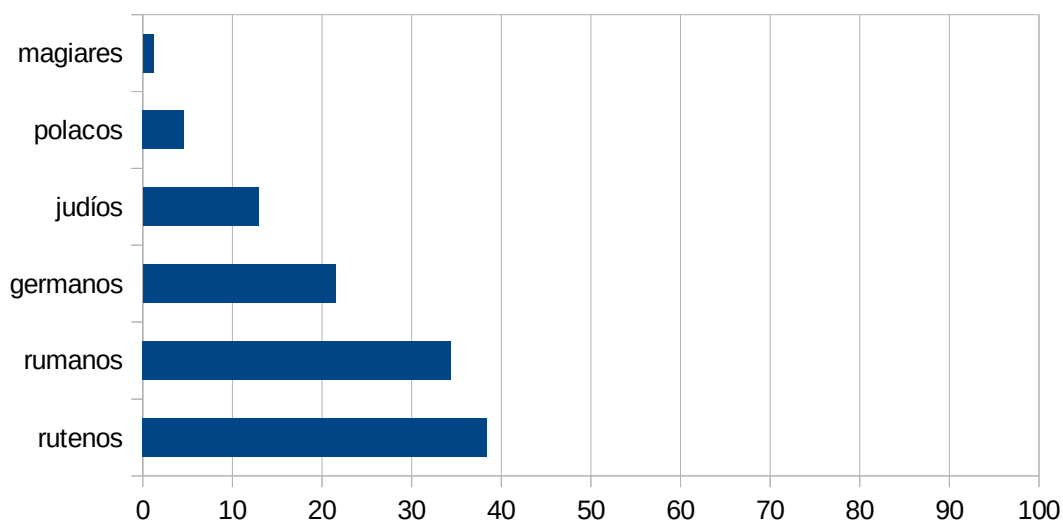
Figura 6. Representación según proporción poblacional de la composición de nacionalidades



en el Imperio Austro-húngaro.

Fuente: elaboración propia a partir de Kann (citado en García-Pelayo, 1977, p. 1).

Figura 7. Representación de distribución poblacional en Bukovina en una escala 0-100 de proporcionalidad.



Fuente: elaboración propia a partir de Hanstsch (citado en García-Pelayo, 1977, p. 2).

5.2 La respuesta teórico-política del austromarxismo

A partir de 1905, una serie de acontecimientos evidenciaron la no residualidad del fenómeno nacionalista. Los conflictos en los pueblos alógenos de Rusia entre 1905 y 1906, las demandas nacionalistas en los Países Balcánicos, las revoluciones nacionales orientales, las reivindicaciones en el sudeste asiático o los movimientos nacionalistas concentrados en el Danubio se consolidaron como hechos de necesario abordaje por el marxismo, que si quería integrar a estos en un sistema coherente debía pensar, en mayor o menor medida, una ruptura con el determinismo económico por el que se había caracterizado (Souyri, 1970). Para la II Internacional se trató de una etapa marcada por la incertidumbre, de la cual Kautksy observaba una pluralidad de interpretaciones sobre la categoría de “nación” entre los distintos “pueblos contemporáneos civilizados” (*Kulturvölker*), o donde podemos observar que Luxemburg lamentaba la inexistente aplicación metodológica del materialismo histórico al fenómeno nacional (Haupt, Löwy, 1980). Es desde 1905 que se abre un segundo momento de reflexión sobre la cuestión nacional en el marxismo, produciéndose una ampliación temática y una serie de cambios en la esfera ideológica de la tradición interpretativa, que lidiaba en un momento histórico donde estaban surgiendo varias de las respuestas a su crisis teórica como el revisionismo o el sindicalismo revolucionario, y en el que la cuestión colonial y el imperialismo se estaban consolidando como dos de los grandes temas a abordar (Haupt, Löwy, 1980; Souyri, 1970).

El protagonista de este segundo momento en la reflexión teórica es el “austromarxismo”, un

movimiento intelectual que irrumpe en la Viena de finales de siglo con la intención de complejizar el análisis marxista y de aunar una voluntad militante en el seno del SPÖ (Haupt, Löwy, 1980). Este grupo tenía como objetivo general contrarrestar el pragmatismo característico de la socialdemocracia del imperio, restituyendo a la teoría su estatuto de creador (Haupt, Löwy, 1980; Marramao, 1977; en Máiz, 2019, p. 371) y emprendiendo una serie de investigaciones de nuevos fenómenos no abordados anteriormente de un modo sistemático en la teoría marxista (Haupt, Löwy, 1980). Uno de sus principales miembros, Otto Bauer, explicaba esta concienciación grupal sobre la necesidad de superar el estancamiento economicista de la teoría marxista en la II Internacional: “todos tuvieron que aprender, en la vieja Austria conmovida por las luchas de las nacionalidades, a aplicar la concepción marxista de la historia a unos fenómenos complicados, desafiando toda aplicación esquemática y superficial del método marxista” (Bauer, 1970; citado en Haupt, Löwy, 1980), p. 61).

Las principales figuras del austromarxismo³⁸ fueron Max Adler (1873-1937), Fiedrich Adler (1879-1960), Otto Bauer (1881-1938), Gustav Eckstein (1875-1916), Rudolf Hilferding (1877-1943) y Karl Renner (1870-1950) (Arzoz, 2015; García-Pelayo, 1977; López, 2011). El grupo no se constituyó ni como una unidad política dentro del Partido Socialdemócrata Austríaco, ni como una corriente teórica homogénea y coherente, sino como una voluntad compartida por ampliar la tradición interpretativa marxista a un nuevo conjunto de temáticas y disciplinas (López, 2011). Su unidad de pensamiento divergió con el desarrollo de los sucesos hasta la Primera guerra mundial, aunque sí compartieron un soporte actitudinal crítico en lo referido a la necesidad de superar el simplismo en el que se había instalado buena parte del marxismo (Haupt, Löwy, 1980; López, 2011; Souyri, 1970), o en la necesidad de articularse con otras corrientes teóricas como el neokantismo³⁹ (Haupt, Löwy, 1980; López, 2011; Máiz, 2019; Souyri, 1970), que dominaba la academia alemana desde finales del siglo XIX (García-Pelayo,

38 Observa García-Pelayo (1977, p. 11-12) que el término empleado para designar a este grupo de teóricos fue utilizado por primera vez por L. B. Boudin, uno de los colaboradores en la revista “Die Neue Zeit”, en “The theoretical system of Karl Marx in the light of recent criticism”. Se ha discutido, desde el propio grupo al que se refiere, si el sentido denominado por el término va más allá de la coincidencia geográfica y generacional de los autores, llegando a concretar un contenido específico que escapa a una “unidad de actitud”. Por otro lado, se ha discutido la inclusión en el grupo de Gustav Eckstein o Hilferding, políticamente activo en Alemania previamente a la Primera Guerra Mundial.

39 Según López (2011, p.12-13), la presentación del austromarxismo como "marxistas kantianos" es incorrecta, por lo que defiende una interpretación de esta relación con el neokantismo en clave de una "concepción compartida sobre los criterios de científicidad". Este grupo recibió una variedad de influencias temáticas y disciplinares, que además de tener una recepción particular en cada uno de sus componentes, no generó un "homogéneo esfuerzo por constituir una corriente teórica coherente". Recoge una consideración de Kolakowski sobre la influencia kantiana en el austromarxismo que: "su interés en reexaminar los amplios fundamentos teóricos y epistemológicos del marxismo, que la crítica kantiana en particular había mostrado plagada de vacíos y ambigüedades" (citado en López, 2011, p.12-13).

1977). Sus principales medios de difusión escrita fueron la revista periódica *Der Kampf* (“la lucha”) y una colección de “Estudios marxistas” (*Marx-Studien*), en donde sus principales referentes teóricos escribían sobre diversos temas novedosos para el marxismo⁴⁰ (Aricó, en Bauer, 1979; Arzoz, 2015). Ambas producciones teóricas compartieron la necesidad de una revisión crítica de la tradición interpretativa marxista, que para conseguir un estatuto científico debía tener la capacidad de generar una “práctica teórica flexible” con otras disciplinas y áreas temáticas (López, 2011). Su posición política general se caracterizó por la asunción de la complementariedad entre reforma y revolución, otorgando dentro de las condiciones históricas, a la primera una significación táctica y a la segunda una significación estratégica⁴¹ (Arzoz, 2015; Laclau, Mouffe, 2014; López, 2011). Con el estallido de la Primera Guerra Mundial se desintegró el grupo, quedando en una posición intermedia entre lo que Luxemburg denominó “social-patriotismo” y el bolchevismo (Arzoz, 2015; García-Pelayo, 1977). Posteriormente, trató de mantener cohesionado el movimiento obrero con la creación en 1921 de la “Comunidad Internacional de trabajo de los partidos socialistas”, denominada irónicamente por el Komintern como “Internacional II y media” (García-Pelayo, 1977).

Laclau y Mouffe (2014, p. 59) interpretan que el modelo teórico-práctico austromarxista consiste en una relación por la cual “[...] a medida que se amplía la eficacia práctica de la intervención política autónoma, el discurso de la ‘necesidad histórica’ pierde relevancia y se retrae al horizonte de lo social”. Las nuevas formas discursivas que se expanden como consecuencia de esta relación, ocupan el espacio liberado derivado de dicha “retracción” al horizonte de lo social por parte del discurso de la necesidad histórica (Laclau, Mouffe, 2015). Se abre una nueva perspectiva estratégica en el austromarxismo que supone un intento radical y sistemático de “diversificar los puntos de partida, multiplicar las categorías teóricas y autonomizar áreas sociales en sus determinaciones específicas” (Laclau, Mouffe, 2015, p. 57). El austromarxismo parte de una pluralidad de puntos de partida (Haupt, Löwy, 1977; Laclau, Mouffe, 2015; Souyri, 1970), como señala Otto Bauer al mencionar como: “Mientras que Marx y Engels comenzaban con Hegel y los marxistas posteriores con el materialismo, los

40 En lo referido a la publicación periódica *Der Kampf*, esta fue fundada por Adolf Braun, Renner y Bauer, siendo este último su director durante el período 1907-1934 (Arzoz, 2015). Sobre los *Marx-Studien*, son un conjunto de seis estudios interdisciplinarios, los más conocidos son los de Hilferding (el capital financiero, 1910), el ensayo que complementa la concepción materialista de la historia con unos supuestos gnoseológicos y éticos de Max Adler (Causalidad y teología en la lucha en torno a la ciencia), y los trabajos de Renner (The institutions of private law and their social functions) y Bauer (La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia) (Aricó, en Bauer, 1979; Arzoz, 2015;).

41 García Pelayo (1977, p. 13) cita una frase de F. Adler que condensa la posición “centrista” del austromarxismo en lo respectivo a la reforma y la revolución, que lo llevó a estar a medio camino entre el reformismo y el bolchevismo: “llegan a la conclusión de que la revolución social no es en absoluto posible y sustituyen la fe en la necesidad de la revolución social por la fe en el reformismo fuera del cual no hay salvación”.

austromarxistas, más recientes, tuvieron tuvo como punto de partida a Kant y a March” (Bauer, 1978; citado en Laclau, Mouffe, 2015, p. 57). A esta pluralidad de puntos de partida se le suma una conciencia de los "obstáculos a los que se enfrentaba la la unidad de la clase obrera en la monarquía dual y de que esta unidad dependía de una iniciativa política constante" en las diversas condiciones económicas y políticas del imperio (Laclau, Mouffe, 2015, p.57). En la editorial del primer número de *Der Kampf* se deja entrever este "cuadro de gran diversidad", en el que operan múltiples identificaciones nacionales y todas las formas económicas existentes en la Europa de comienzos de siglo (Laclau, Mouffe, 2015, p.57).

A partir de esta primera caracterización del austromarxismo, Laclau y Mouffe (2015) entienden que a esta escuela le pertenece una nueva perspectiva estratégica derivada de la comprensión de que el momento de la unidad de la clase es un momento político, donde no cabe la posibilidad de pensar la unidad de clase como algo determinado por la infraestructura económica o la identidad nacional como algo un fenómeno superestructural. Este entendimiento de la unidad de clase como resultado una construcción política es expresado por Otto Bauer en la primera edición del *Der Kampf* cuando dice: “Es una fuerza intelectual la que mantiene la unidad [...] el `austromarxismo`, producto de la unidad y a la vez la fuerza que mantiene esa unidad no es más que la ideología de unidad del movimiento de los trabajadores” (Bauer, 1907-1908; citado en Laclau, Mouffe, 2014).

Al respecto del marxismo ortodoxo, el proyecto teórico-político del austromarxismo supone un desplazamiento epistemológico caracterizado por la apertura de un espacio-punto de inflexión en el marxismo (Laclau, Mouffe, 2014). Su perspectiva estratégica (momento de unidad de clase=momento político) desplaza al campo de la superestructura el núcleo constitutivo de la forma articuladora de una sociedad, contradiciendo la distinción base/superestructura operativa en el marxismo ortodoxo cerrado (Laclau, Mouffe, 2014). La perspectiva estratégica del marxismo mantendrá tres tipos de intervención teórica: el intento de limitación del área de validez de la cadena de la "necesidad histórica", la diversificación de los frentes de lucha, y la aceptación de la nueva complejidad de lo social en el capitalismo tardío, rompiendo con el reduccionismo de clase (Laclau, Mouffe, 2014).

El conjunto de iniciativas que intentaban limitar el área de validez de la cadena de la necesidad histórica se refieren fundamentalmente a la forma de neokantismo propuesta en la reformulación filosófica de Max Adler (Laclau, Mouffe, 2014). La obra de Adler se postuló como una reacción contra el marxismo vulgar, adoptando una forma específica de entender el materialismo

histórico que trataba de limitar los efectos de la crisis teórica marxista (Souyri, 1970). En su propuesta, limita el “determinismo riguroso” del mundo natural y económico a favor de la libertad activa del ser humano (Souyri, 1970, p. 36). Este realizó una filosofía de la historia hegeliano-kantiana que interpretaba que con el desarrollo de la modernidad se produce un cambio cualitativo en la ordenación interna del proceso histórico, que transforma: 1) la inteligibilidad del pasado como realización de una necesidad objetiva; por 2) la acción libre del ser humano, no determinado objetivamente y mediado por unos imperativos categóricos afirmados apriorísticamente (Souyri, 1970). También propone una interpretación del concepto de comunidad, que sería posteriormente reformulado por Tönnies como "fuente original de todas las relaciones sociales" (Máiz, 2019, p. 372). Esta iniciativa rompe con la concepción naturalista de las relaciones sociales e introduce nuevos elementos discursivos para la constitución de la objetividad social como el "a priori social" (Laclau, Mouffe, 2015, p. 58). Esta propuesta, planteada como un universal que trasciende la clase social, que permite una concepción de la infraestructura como un campo dependiente de las formas de conciencia para su constitución y no del movimiento naturalista (necesariamente objetivo) de las fuerzas de producción, tuvo efectos liberadores como la ampliación de la audiencia del socialismo (Laclau, Mouffe, 2015).

Las iniciativas que intentaban diversificar los frentes de lucha aceptando la nueva complejidad de lo social en el capitalismo maduro, cuestionan explícitamente la distinción base/superestructura, siendo ejemplo de ello los comentarios realizados por Otto Bauer sobre *la vía al poder* de Kautsky: en una fase monopolista e imperialista del capitalismo donde el aparato industrial impulsaba las transformaciones políticas, técnicas, organizativas y científicas, Bauer muestra su desacuerdo en la concepción de la economía como un “campo homogéneo dominado por una lógica endógena” (Laclau, Mouffe, 2015, p. 59). Para este, las leyes de la competencia no funcionan como fuerzas naturales sino que pasan por las mentes de hombres y mujeres, deduciéndose una interconexión cada vez mayor entre el estado y la economía (Laclau, Mouffe, 2015). Se trata, por lo tanto, de una visión que entiende las formas organizativas del capital, capaz discernir nuevos "puntos de ruptura y antagonismo" en nuevas áreas de la estructura socio-política (Laclau, Mouffe, 2015, p. 59). En estas iniciativas se prescinde de las concepciones evolucionistas y reformistas sobre las luchas cotidianas dispersas, en las cuales se interpreta la transformación de la sociedad capitalista como un mecanismo lógico e histórico, unitario y homogéneo (Laclau, Mouffe, 2015). Se otorga una importancia central al momento de articulación política, consistente en una desagregación empírica y analítica de la previsión morfológica del advenimiento socialista, y superador de las alternativas mistificadoras

contenidas en el binomio reforma-revolución o en la propuesta del desarrollo gradual del socialismo (Laclau, Mouffe, 2015).

El tercer tipo de intervención teórica trataba de romper con el reduccionismo de clase para explicar las nuevas posiciones de sujeto. En ella se encuadra la obra de Renner sobre las instituciones del estado o la de Bauer sobre la cuestión nacional (Laclau, Mouffe, 2014), las cuales buscaron ampliar el marco interpretativo marxista hacia una teoría del estado y la nación (Haupt, Löwy, 1980).

5.3 Austromarxismo y cuestión nacional

El austromarxismo se adherirá a la doctrina del estado plurinacional, basado en la autonomía cultural de las nacionalidades como corporaciones jurídicas públicas con atribuciones legales, administrativas y culturales (Arzoz, 2015; Haup, Löwy, 1980) para dar salida al estado de los Habsburgo. Los principales referentes intelectuales del austromarxismo sobre la cuestión fueron Renner y Bauer. El primero se dio a conocer por la publicación de *Estado y Nación* (1899), en donde partía de una concepción del estado próxima a la de Lasalle y empleaba un método jurídico-constitucionalista y deductivo para abordar la relación entre el estado y la nación, fundiendo el concepto de nación con el derecho natural (Haupt, Löwy, 1980). Su teoría mantiene una relación de exterioridad con la constelación teórico-política del marxismo, tiene como objetivo la neutralización de la cuestión nacional y defiende una propuesta compleja de aparato jurídico-constitucional basado en el principio de personalidad (Arzoz, 2015; Haup, Löwy, 1980). Bauer emplea un método analítico que rompe con las precedentes construcciones arbitrarias, las abstracciones y el positivismo ecléctico alrededor del fenómeno nacional (Haupt, Löwy, 1980).

Entre las ideas de nación de Renner y Bauer existen varios acuerdos y desacuerdos (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019). Otto Bauer realiza un abordaje sociológico que tiene como objeto el fenómeno nacional (“la nación como problema social”) y como objetivo un análisis marxista del proceso de construcción de las naciones, mientras que Renner hace un abordaje desde la teoría-sociología del derecho que tiene como objeto de estudio la relación entre el estado y la nación, y como objetivo la búsqueda de vías de resolución jurídico-políticas del problema (Haupt, Löwy, 1980). Al igual que la teoría empírico-normativa de Bauer, ambos autores serán protagonistas de una teoría arrinconada durante el siglo XX (Arzoz, 2015; García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019), que tendrá un relativo *revirval* con: 1) la cuestión de las minorías nacionales en Europa Central y Oriental, un punto de inflexión en la historia europea iniciado en 1989 debido a las crisis de las

soluciones basadas en el principio de territorialidad; 2) el reconocimiento de su anticipación a teorías contemporáneas del nacionalismo posteriores como las de Gellner, Deutsch o Hroch; y 3) su interés para el marco de estudios sobre el multiculturalismo en el siglo XXI (Arzoz, 2015).

5.3.1 Karl Renner

Tras la celebración del Congreso de Brünn (1899), en donde la socialdemocracia se presentaba como la única opción progresista con un programa para el conjunto de las nacionalidades residentes en el Imperio (García-Pelayo, 1977), Karl Renner⁴² será participe activo en la propuesta del estado de los Habsburgo como un estado federal de las nacionalidades. Para este era necesario una reconstrucción de Austria (más allá de un ordenamiento lingüístico en la administración central) basada en un equilibrio entre autogobierno y gobierno compartido, que crease organismos generales para la totalidad de intereses sociales y espirituales representados en el conjunto del pueblo, y para las comunidades espirituales y culturales diferenciadas por las nacionalidades (Arzoz, 2015). El estado federal democrático de las nacionalidades formulado por Renner, se caracteriza por tener un cuerpo jurídico-institucional compuesto por órganos autónomos legislativo-administrativos bajo un ente nacional unitario, en el que el derecho de las minorías está regulado desde un parlamento estatal y los privilegios nacionales o el derecho de autodeterminación nacional unilateral son rechazados (Arzoz, 2015). Según Renner, esta propuesta consigue un equilibrio en el que “la mayoría imponga necesariamente su dominación política y que la autonomía no arrastre necesariamente la secesión de la nación minoritaria” (Arzoz, 2015, p. 63).

El austríaco mantuvo dos de sus principales referencias intelectuales en el imperativo del rigor

42 Karl Renner nació el 14 de Diciembre de 1870 en un municipio de mayoría alemana (Untertamowitz, Moravia), en el seno de una familia campesina alemana que vivía una situación económica ruinosa. En 1898 se graduó en derecho en la Universidad de Viena, teniendo un amplio repertorio de publicaciones bajo seudónimos mientras trabaja como bibliotecario. Con llegada de las primeras elecciones por sufragio universal en 1907, salió escogido como representante parlamentario en el Reichstag, siendo miembro del parlamento regional en la Austria inferior en el año 1908. Su pensamiento (próximo al de Lasalle) se ubicaba en el reformismo gradual y la confianza en los medios democráticos, posicionado en el ala derecha (pragmática, reformista) del partido. Durante el inicio de la Primera Guerra Mundial mantuvo una posición inicial pacifista que sería posteriormente rectificadada (lealtad al imperio), y que en 1918, con la instauración de la primera república austríaca, llevaría a una contraposición política y personal con Bauer (con el que había compartido una misma inclinación científica hasta el momento). En 1916 fue director de la oficina estatal de abastecimiento alimentario y tuvo un cargo ejecutivo durante el final de la monarquía. Durante el gobierno provisional de 1918 fue el canciller de la República de la Austria alemana, lo que le llevó en 1919 a ser presidente de la delegación de paz austríaca en Saint-Germain. Entre 1919-1920 participó en la asamblea nacional constituyente para la República parlamentaria austríaca. En 1920-1930 ejerció como miembro del parlamento, llegando a ser presidente del mismo entre 1931-1933. En 1938 mantuvo una posición de conformidad con la anexión alemana de Austria, manteniendo una desaparición del panorama político hasta 1945. El 20 de Diciembre de 1945 se convierte en el primer presidente federal de la II República hasta su fallecimiento el 21 de Diciembre de 1950 (Arzoz, 2015).

científico y en la confianza sobre el derecho y el diseño institucional como instrumento de prevención y solución de conflictos:

“[...] Las luchas económicas y sociales ya han sido suficientemente analizadas y descritas por otros autores. Sólo quedaba la tarea de deducir y presentar las instituciones jurídicas que exige la coexistencia de varias naciones en el marco de una sola asociación estatal, deducir y representar, lo que constituye un problema de construcción del derecho [...], por ser Austria el caso típico de Estado compuesto de distintas nacionalidades o pueblos, se lo toma como ejemplo ilustrativo. Es indiscutible que este país, [...], es el que ha llevado a cabo los primeros ensayos y los más interesantes en el ámbito del derecho internacional aplicado al interior de un Estado, por lo que puede servir de campo de experimentación del internacionalismo intraestatal y, por tal razón, ofrece un gran interés tanto a la investigación del derecho como a la práctica política. [...]” (Renner, 2015, p. 70-71).

Partiendo de estas consideraciones realizó un abordaje basado en la aplicación del “método científico al problema nacional” y en la confianza hacia la forma federal estatal como la mejor forma jurídica para la resolución de los conflictos entre nacionalidades (Arzoz, 2015, p.47-48).

La teoría del estado plurinacional de Renner pasa en un primer momento por la disociación entre la unidad política y la unidad nacional (Arzoz, 2015), lo que equivale un principio federalista: la unidad en la diversidad (Máiz, 2019). Partiendo desde la delimitación entre los distintos ámbitos de interés respectivos al estado y la nación, la posibilidad de neutralización del conflicto entre nacionalidades pasa, en opinión de Renner (2015), por el “engarzamiento” (p. 251) entre los intereses nacionales y los intereses (estatales) socio-económicos:

“[...] el Estado tiene además tareas y obligaciones distintas de la de garantizar la mejor cultura espiritual posible de la nación, [...] el Estado está dispuesto a soportar pacientemente las resistencias por rozamiento al desarrollo con objeto de alcanzar los demás objetivos. El ordenamiento jurídico del Estado es [...] la expresión de la voluntad de los grupos de interés dominantes. Tales intereses son principalmente de naturaleza material; pero son comunes a las clases dominantes de todas las naciones.[...], es imposible imaginar un Estado que no posea el dominio en exclusiva de su territorio. [...] Desde el punto de vista conceptual, el Estado y el territorio estatal son inseparables. Sin embargo, las naciones se mezclan unas con otras en el territorio que les sirve para perseguir el logro de sus propios intereses; es la lucha por la existencia la que las resuelve unas con otras. En cuanto concepto, la nación no es una corporación territorial.” (p. 27-28).

Ambas cuestiones no podrían ser abordadas separadamente, ya que la primera no sería resuelta según el principio democrático⁴³, y la segunda no se resolvería sin los órganos centrales del

43 Renner acompaña la defensa del estado de las nacionalidades con la crítica del principio mayoritario anclado en el ideario del liberalismo austríaco. Según el autor, la crítica de este principio es condición para el alcance de la libertad e igualdad política entre las naciones del estado, ya que de no ser así, promoverá su continua "lucha encarnizada" (Arzoz, 2015).

estado (Arzoz, 2015). Esta delimitación, que otorgará al estado la “promoción de la cultura material” y a la nación la promoción de la “cultura espiritual”, permitirá a Renner concebir al estado de las nacionalidades como el único garante de la libertad e igualdad política de las naciones (Arzoz, 2015, p. 55) en tanto que implica la armonización entre el “Estado de necesidades” y el “Estado de cultura” (Renner, 2015, p. 299).

Su proposición se fundamenta en la crítica de las concepciones atomístico-centralista y orgánica⁴⁴ procedentes de la teoría social y jurídica del liberalismo (Arzoz, 2015; García-Pelayo, 1977). La solución renneriana introduce la articulación de los principios de autonomía personal y territorial en aquellos territorios en los que conviven múltiples sentimientos nacionales (Renner, 2015). Sobre su idea de la autonomía nacional, Renner ensancha el ámbito de gestión de la nación más allá del aspecto cultural, hablando de sus “ámbitos materiales” y de la necesaria dotación de recursos que deberá obtener al establecerse como “estado miembro” (Arzoz, 2015, p. 65). El austromarxista asumió una forma de “razón de estado” que entendía la fórmula federal plurinacional como una forma de restringir la lucha por el estado entre las naciones, de tal modo que evitase tanto soluciones secesionistas como soluciones basadas en el dominio de la nación mayoritaria en un territorio:

“La soberanía territorial significa la obligación absoluta de uso de la lengua y excluye el derecho de las minorías. Donde éstas conserven su derecho, no es ya eficaz la frase: ‘Quien resida en el territorio, está sometido al derecho vigente en el mismo y, por lo tanto, a la lengua del mismo’, y con ello deja de ser efectiva la soberanía territorial.”, “El postulado de la separación personal no les priva a las naciones la sedentariadad, no les priva de la relación física ni jurídico-constitucional con el suelo en el que están asentadas desde antiguo, sino solamente de la soberanía absoluta en el territorio. Los *límites necesarios* que se encuentran al llevar a cabo la ejecución práctica [...] ñes dejan a las naciones todavía un amplio dominio del territorio. Pero [...] tal dominio no fluye, no tiene como fuente la idea nacional, sino la necesidad del ordenamiento del Estado” (Renner, 2015, p. 308).

Desde una posición desmitificadora de la soberanía, Renner apela constantemente al papel de súbdito del estado del ordenamiento jurídico interestatal como fórmula para distribuir la soberanía en el conjunto de los estados:

“ La nación, como asociación activa de derecho público, se ve obligada a estar situada en primer lugar en dos ámbitos jurídicos, en el de la libertad con respecto al Estado, en la que ejerce su derecho relativo de autodeterminación, y en el ámbito de su cualidad de órgano del estado, ámbito en el que participa tanto en la autoridad local como en la central y gobierna en conjunción con todas las demás

44 La concepción atomístico-centralista entiende a la nación como una "*universitas inordinata*", como la agregación de individuos. Se trata de una concepción basada en criterios técnico-administrativos, actualizando a las nacionalidades bajo derechos individuales subjetivos. La concepción orgánica entiende a la nación como una "*universitas ordinata*", como una voluntad colectiva. Esta concepción entiende que los individuos se agrupan primeramente en la nación y luego en el estado, otorgando a la nación un rango jurídico-constitucional. De la primera concepción se deriva el principio territorial, y de la segunda el principio personal (García-Pelayo, 1977, p. 9)

naciones, ejerciendo de esta manera su derecho nacional a la codeterminación o cogestión” (Renner, 2015, p. 347).

Su novedosa forma de abordar la cuestión nacional en Austria rompió con la concepción general basada en la equivalencia entre nación y territorio (Renner, 2015). Renner abrió una teoría crítica con el principio territorial, clave de bóveda en el sometimiento de las nacionalidades y los individuos a un proceso de construcción nacional, que postula que cualquier residente en un territorio debe someterse al dominio, leyes y lengua del estado dominante (Arzoz, 2015). Su salida propone el reconocimiento jurídico-político de la nación desde su “libertad frente al estado”, como “ciudadana del estado”, “súbdita del estado” y “órgano del estado” (Arzoz, 2015, p. 59-61). En el plano interpretativo, para este, cualquier pueblo con independencia del territorio habitado atiende y regula autónomamente sus asuntos nacionales y culturales, derivándose en un plano normativo que los territorios tienen un carácter administrativo irrelevante para la cuestión nacional. De este modo, la nación no consiste en la totalidad de seres habitantes de un territorio, sino que en la suma de los individuos agrupados lingüísticamente y declarados voluntariamente como connacionales (Arzoz, 2015).

Este fundamenta su teoría de la autonomía nacional en el principio de personalidad de las naciones y de su libre adhesión, comprendiendo el derecho de nacionalidad como un derecho individual, y no como una asignación arbitraria desde las naciones de un territorio o desde la nación lingüística (Arzoz, 2015). La autonomía nacional implicaría la libertad de la nación frente al estado, plasmada en la capacidad de ejecutar y gestionar los asuntos nacionales por un lado, y en la participación como miembro del estado por otro (Renner, 2015). El resultado final consistiría en un estado federal de las nacionalidades, que pensado originalmente desde el territorio austríaco, y entendiendo la “nacionalidad” como la “calidad de un individuo de pertenecer a una nación” (Arzoz, 2015, p. 71), posee un planteamiento sobre lo nacional extensible a otros territorios multinacionales. De hecho, llega a plantear su propuesta como un “modelo para la futura sociedad mundial democrática” (Arzoz, 2015, p. 49), lo que le otorga un punto diferencial al respecto de Bauer, que no explicita si tal solución es transitoria o estática.

Renner apunta que el modo más cómodo de tratar la cuestión nacional en su país pasa por separar a las nacionalidades de los Países de la Corona, tratando a estos últimos como sujetos de derecho público y privado de facto. Así, la autonomía de los países de la Corona se distanciará de la autonomía nacional como un objeto de derecho distinto que debe tener un contenido y garantías propios (Arzoz, 2015). La nación, esa “comunidad cultural consciente” o “*communio*” (Arzoz, 2015, p. 52-53) originada en unos fundamentos materiales, constituida como “unidad orgánica” (Arzoz, 2015, p. 53) no “sujeta a ese terruño” (Arzoz, 2015, p.70), es un fenómeno

espiritual que persigue unos objetivos y se fundamenta en la voluntad, mientras que los países históricos se fundamentan en la territorialidad (Renner, 2015). Para explicar como articular el principio de las nacionalidades, Renner (2015) recurre a la relación histórica entre católicos y protestantes alrededor del estado, demostrando como múltiples confesiones religiosas conviven con sus propias administraciones gracias a una delimitación jurídica formal entre las confesiones, y entre la iglesia y el estado. De aquí se desprende una solución que integra simultáneamente el principio de personalidad y de territorialidad, reconociendo a la nación como una corporación personal de derecho público que cumple una doble condición como “súbdito” (autonomía nacional) y “órgano del estado” (cogestión, cogobierno) (Arzoz, 2015).

Karl Renner (2015) aporta una clara visión del estado como una “corporación territorial soberana” que necesita de cuatro requisitos imprescindibles: 1) “población”, 2) “organización de la población” en órganos que persigan la voluntad general de los individuos, 3) “soberanía” y 4) “dominio exclusivo” de esa corporación soberana sobre un territorio (p. 24). La nación, esa “comunidad de cultura”, aparece como un ente diferenciado que solo comparte con el estado la población, pero no en el sentido de una voluntad general homogénea, sino que en el de una “comunidad que expresa una forma común de sentimiento y pensamiento” (Arzoz, 2015, p. 52-53). Las diferentes visiones surgidas en su contexto, apegadas al principio de las nacionalidades de Mazzini, parten de la misma lógica monista: la nación y el estado deben coincidir para que, de este modo, la nación tenga que enfrentarse al mínimo de resistencia a su evolución (Renner, 2015). Favorable a la soberanía territorial de las comunidades nacionales asentadas y reconocedor del estado nacional como el ideal de toda nación, Renner advierte que esta no es una fórmula válida para resolver el problema austríaco de las nacionalidades en el marco del estado unitario, que tiene raíces históricas en lo económico y lo social (García-Pelayo, 1977). Además de su consideración de la monarquía de los Habsburgo como un “marco de integración supranacional ideal” (Arzoz, 2015, p. 50), para este era inviable la construcción de un estado nacional debido a la heterogeneidad étnica habitante en el imperio, además, tanto en la salida secesionista como en la del estado unitario, la integridad estatal solo podría reproducir los mismos problemas que pretendían solucionar (Arzoz, 2015, p. 49). Renner (2015) fue muy insistente en la crítica de la concepción de la nación como territorio, separando ambos elementos y entendiéndola como la segunda comunidad espiritual histórica tras la iglesia.

Por otro lado, el austromarxista es profundamente crítico con el nacionalismo, explicándolo como un movimiento de masas que busca en lo nacional su ejercicio de poder sobre otros pueblos (Renner, 2015). Renner crítica esta ideología desde la descripción de un hecho incompatible con la existencia de una comunidad absoluta sin que esta planteé un mundo

nacional excluyente: la coexistencia en un mismo territorio de diversas naciones. La idea de nación de Renner, menos fundamentada teóricamente que la de Bauer, también está en desacuerdo con las concepciones esencialistas y substancialistas que entienden a la nación como algo sobrenatural o trascendente, identificándola como el producto histórico de una serie de causas (Arzoz, 2015, p. 53). La nación pasa a ser entendida como un reposo comunitario, una expresión de sentimiento y pensamiento mediante la lengua o la literatura nacional. Con esta posición teórica defiende el derecho de autodeterminación “interno” frente al derecho de autodeterminación “externo” defendido por el nacionalismo (Arzoz, 2015, p. 63). Su propuesta de autodeterminación se corresponde con la idea de autonomía cultural-nacional, es decir, de regulación de la organización política dentro de un estado, a la que le corresponden dos ámbitos jurídicos: el ejercicio del derecho a la autonomía nacional, de su “libertad frente al estado”; y el derecho a la codeterminación/cogestión, es decir, la participación en el gobierno del conjunto del estado proporcional a su peso demográfico (Arzoz, 2015, p. 63-64).

Renner será crítico con la división territorial existente en Austria, entendiendo que la ampliación de la autonomía nacional era incompatible con los 17 países de la Corona. Este sugerirá la creación de 8 parlamentos gubernamentales, la creación de cuatro nuevos territorios de posición especial y la potenciación de los distritos (*kraise*). En las zonas monolingües, las competencias en asuntos culturales se corresponderían con la administración territorial, mientras que en las zonas multilingües serán competencia compartida con las corporaciones personales nacionales (Arzoz, 2015, p. 76-78). El estado supranacional tendría un órgano legislativo federal con garantías procedimentales y con la supervisión del Tribunal Constitucional, la Federación estaría compuesta por tres poderes (legislativo, ejecutivo, Tribunal Constitucional) que preservan la libertad de influencia nacional-territorial y la composición y representación de todo el pueblo, además de un parlamento federal bicameral compuesto por una cámara popular y un senado regidos respectivamente por el principio democrático proporcional y la representación por nacionalidad/territorio autónomo (Arzoz, 2015, p. 73-76).

5.3.2 Otto Bauer

En el contexto caracterizado por el pluralismo nacional, étnico y cultural de la “*Finis Austriae*” (Máiz, 2019, p. 367), Otto Bauer escribió una obra sumamente interesante para la historia del pensamiento político en la que dilucidaba y anticipaba muchos de los problemas que luego serían acelerados por el desarrollo de la “modernidad tardía” y la globalización capitalista (Máiz, 2019, p. 401). Tanto su teoría interpretativa como su propuesta de federalismo

asimétrico-plurinacional serían derrotadas por los sucesos posteriores a la Primera Guerra Mundial: la desintegración del imperio austro-húngaro y la fragmentación del movimiento socialista, hegemonizado intelectualmente por el Bolchevismo (Máiz, 2019).

En 1907, estimulado por Karl Renner, Otto Bauer desarrolló su obra sobre la cuestión nacional *La socialdemocracia y la cuestión de las nacionalidades*⁴⁵, caracterizada por la renovación en los planteamientos teóricos y la ampliación del análisis desde la tradición interpretativa marxista, la cual no realizó hasta ese momento un análisis científico-social del fenómeno nacional (Haup, Löwy, 1980). Se trata de una obra teórica de carácter político, que no privilegia la coherencia de la lógica interna del sistema sino que trata de responder a un momento de convulsión política en el Imperio Austro-húngaro y a un clima de enfrentamiento ideológico en el seno de la socialdemocracia (García-Pelayo, 1977; Haupt, Löwy, 1980; Máiz, 2019). Como sintetiza la *figura 8*, la naturaleza política de su idea de nación integra una: 1) diagnosis explicativa del fenómeno nacional; y 2) una prognosis normativa de la acomodación plurinacional (Máiz, 2019). Su obra fue posteriormente marginada, desde la teoría posterior sobre el nacionalismo como “economicista”, en tanto deudora del “paradigma marxiano de la determinación en última instancia por las relaciones de producción y las clases sociales”, y desde la tradición interpretativa marxista, que la consideró “culturalista” debido a la mediación de un anclaje conceptual esotérico que introducía conceptos como “comunidad de carácter” o “comunidad de destino” (Máiz, 2019, p. 369).

En esta obra se interpreta a la conciencia nacional como una de las primeras realizaciones de la conciencia ético-social, producto y productora simultáneamente del proceso histórico (Souyri, 1970). Se trata de un intento de sistematización del fenómeno que integra a la nación como una categoría complementaria a la de clase en una teoría de la historia (Arzoz, 2015). Como veremos más adelante, esta teoría de la nación de Bauer entiende que para la existencia de una identificación nacional no es necesario presuponer una lengua o un territorio definido, sino que el elemento operativo es un momento necesario en el desarrollo histórico: la vinculación mediante una “comunidad de destino” (Souyri, 1970). El austromarxista ofrece la siguiente definición de nación, que como desentrañaremos más adelante, no comparte un sentido de reduccionismo materialista o idealista: “la nación como conjunto de seres humanos vinculados por una comunidad de destino en una comunidad de carácter”, que es el “resultado de las condiciones de producción de la vida de un pueblo”.

45 Esta obra fue editada por primera vez en 1907 y su segunda edición se realizó en 1924. Existen tres traducciones de la misma: al castellano en 1979), al francés en 1987, y al inglés en el 2000 (Arzoz, 2015).

Su teoría interpretativa de la nación le llevaría a una propuesta normativa que defendió para la socialdemocracia austríaca: el estado federal-democrático de las nacionalidades. Este diseño normativo situaría la acomodación de las demandas nacionales como un momento histórico, cuya realización permitiría la irrupción una conciencia internacionalista (Souyri, 1970). Su propuesta interpretativo-normativa influiría en el movimiento socialista internacional, pasando a ser criticado o defendido por múltiples teóricos y corrientes internas. Sus principales detractores fueron: en el movimiento comunista, Lenin y Stalin, mediante su instrumentalismo y centralismo democrático tacticista-oportunista y Luxemburg, mediante su posición basada en el “internacionalismo”; y en el movimiento socialdemócrata, Kautsky, con su asunción acrítica de la tesis monista de los estados-nación (Máiz, 2019).

El debate posterior a su obra ha hilado sobre su desviación metodológica, las soluciones sugeridas y el esfuerzo de complejización realizado, implicando una confrontación en los planos teórico, político e ideológico⁴⁶ (Haup, Löwy, 1980). La confrontación teórica implicó el reconocimiento indirecto de un nuevo estatuto teórico para el fenómeno nacional en el marxismo, eso sí, bajo la influencia mayoritaria del pensamiento de Kautsky sobre la cuestión hasta 1914 (Haup, Löwy, 1980). En el plano de las soluciones, su posición centrista se distanciaría de las “dos variantes del internacionalismo centralista” más influyentes en la socialdemocracia representadas por Lenin y Luxemburg, diferenciadas principalmente en el reconocimiento o no del derecho de autodeterminación de las naciones asentadas en territorios homogéneos: mientras que Lenin defiende el reconocimiento del derecho como un “instrumento político-estratégico” encaminado a procurar posteriormente de una asociación voluntaria en un Estado supranacional de carácter socialista”, Luxemburg lo rechazará (Arzoz, 2015, p. 48).

La idea de Bauer parte de una concepción pluralista y procesual de la nación, que entiende a esta como: 1) una comunidad políticamente relevante pero inesencial, resultado de un proceso evolutivo y contingente, abierto y contrastado de construcción política: que encuentra en 2) el estado democrático plurinacional el diseño normativo más adecuado para su acomodación, ya que articula autogobierno y gobierno compartido (unidad y diversidad) y concilia el principio personal y el territorial (Máiz, 2019). La idea de nación defendida en su obra supuso un enfrentamiento a un conjunto de posiciones establecidas sobre el problema que iban más allá de

46 Haupt y Löwy (1980, p. 100-102) mencionan en esta dimensión la respuesta ofrecida por el "internacionalismo intransigente", una posición surgida en 1912 y liderada por J.Strasser y Pannekoek que rechazaba la problemática nacional como "un cuerpo extraño" (un hecho pasajero) , y que promovía la vuelta a los axiomas clásicos y el optimismo histórico. Esta posición se suscribe a la interpretación de la nación como un espacio necesariamente al servicio de las clases dominantes, que no puede constituir de por sí un "interés nacional" o una "fuerza constitutiva".

las dos principales posiciones teóricas defendidas por la tradición interpretativa marxista: la doctrina de las naciones con historia-naciones sin historia y la desaparición progresiva de las diferencias nacionales (Haupt, Löwy, 1980; Máiz, 2019). Algunos de los paradigmas, tesis y modelos que Otto Bauer critica en su exposición de la teoría sobre la nación y su propuesta de modelo territorial para el Imperio Austro-húngaro nos permite observar el sentido de apertura y ruptura de su propuesta.

En primer lugar, la teoría nacional baueriana se contrapone a la teoría tradicional marxista, influenciada mayoritariamente por Kautsky, que establecía a la lengua como factor esencial para la “diferenciación” del hecho nacional (Bauer, 1979, p. 14); o con la posterior teoría estalinista, que interpretaba a la nación como una conjunción de rasgos diacríticos como la psicología, lengua, cultura, historia, territorio (Beiras, 2017; Haupt, Löwy, 1980; Máiz, 2019; Stalin, 1973, p. 13). De su conceptualización de la *kulturnation* se desprende un derecho político de autogobierno, diferenciándose del uso empleado en la tradición interpretativa marxista de la II Internacional, que entendía que se desprendía de la misma un derecho sumamente cultural o lingüístico (Arzoz, 2015). En la teoría de Bauer encontramos un esfuerzo por la búsqueda de criterios objetivos y operativos, así como una descripción de la evolución y transformación compleja que tiene el fenómeno en la que establece una tipología de las formas nacionales: comunidad nacional primitiva, nación nobiliaria, nación burguesa en la economía manufacturera, el capitalismo temprano y el capitalismo tardío, y la nación socialista (García-Pelayo, 1977).

La definición de Otto Bauer aborda la especificidad nacional y la permanencia histórica propia de las naciones: "[...] Nación es el conjunto de los seres humanos vinculados por comunidad de destino en una comunidad de carácter. [...]" (Bauer, 1979, p. 142, párr. 2). Su teoría reinterpreta las dos principales tesis ligadas al materialismo histórico: 1) su hipótesis del “despertar de las naciones sin historia”, una refutación a la doctrina recogida de Hegel por Engels en 1848 consistente en la incapacidad de algunas naciones de poseer una vida histórica propia ("*naciones sin historia*"); y 2) la revisión del axioma marxista de la desaparición progresiva de las diferencias nacionales debido a la nivelación cultural implícita al desarrollo capitalista y a la universalización de las estructuras sociales hasta el socialismo (Máiz, 2019). Su oposición a estas tesis históricas del materialismo histórico le llevan a formar una visión no esencialista ni economicista del devenir histórico de las naciones, al no reducir al sujeto como algo meramente dado, sustantivado y marcado en una relación de producción. Encontramos en su *crítica de los*

valores nacionales (1979, p.151-160) esta apertura con respecto a la ortodoxia, en donde piensa al sujeto como un “ser cognoscente” y un “ser volitivo” (Bauer, 1979, p. 151) que (dadas unas condiciones materiales determinadas) puede tomar distintas posiciones, en las cuales cabe la posibilidad de coincidencia entre la “valoración nacional” y “la valoración racional” (Bauer, 1979, p. 152):

“Pero es una causalidad histórica que ambos modos valorativos coincidan: ello no resulta necesario en modo alguno, pues la peculiaridad nacional es un producto del destino de la nación, y en el destino de la nación no domina ningún espíritu universal racional que haga de lo racional un ente y del ente algo racional, sino la ciega necesidad de lucha por la existencia. Por eso es mera casualidad si las cualidades que la lucha por la existencia cultiva e inculca en una nación se manifiestan a las generaciones posteriores como valiosas, como medios apropiados para sus fines.” (Bauer, 1979, p. 152).

Vinculado a un lugar común en la tradición interpretativa marxista, rechaza el entendimiento clásico de la nación como un espacio de clase excluyente necesariamente al servicio de las clases dominantes, es decir, como un espacio de narraciones, mitos y símbolos contrario a los intereses de populares (Máiz, 2019). Encontramos en el austríaco un abandono de los principales apriorismos (“*ideología burguesa*”, “*fin de las naciones*”, “*pueblos sin historia*”) de la tradición socialista sobre el nacionalismo, lo que le lleva a tener un anclaje conceptual que permite un entendimiento no substancialista que considera la dimensión específica de la individualidad de las naciones (Máiz, 2019, p. 370). En Bauer, la nación es producto y productor simultáneamente, además de estar indeterminada, ser contingente y abierta, sujeta a la movilización y a un constante escrutinio normativo. La nación se erige en Bauer como espacio de disputa hegemónica donde se interseccionan las luchas de clase y las luchas nacionales (Máiz, 2019).

En segundo lugar, Otto Bauer se opone a las tres grandes corrientes hegemónicas sobre el concepto de nación de su momento: las teorías metafísicas, psicológicas y empíricas. Las principales teorías metafísicas fueron: 1) el materialismo nacional, que vinculado a las concepciones raciales de la nación, interpreta que el carácter nacional es generado por una substancia material adherida a un conjunto de propiedades; y 2) el espiritualismo nacional, que correspondida con el pos-romanticismo alemán y la escuela histórica del derecho, comprende el modo de ser nacional como el auto-despliegue del espíritu nacional (*volksgeist*). Las teorías psicológicas defienden la hipótesis interpretativa de que las naciones se producen a través de la conciencia subjetiva y voluntad de pertenencia de un grupo humano amplio. Mientras que las

teorías empíricas, entienden a la nación como un conjunto elementos objetivos agregados como pueden ser el territorio, la ascendencia, la tradición, la vivencia común, el pasado histórico, la religión, las leyes o la cultura (García-Pelayo, 1977).

Esta propuesta no solo limita los efectos teóricos del reduccionismo y el esencialismo de clase en la II Internacional (Laclau, Mouffe, 2015), sino que se enfrenta a otras ideas dominantes en su época como el pos-romanticismo de Fichte, que consideraba a la nación como una totalidad orgánica homogénea, o el darwinismo social de Weismann, que asociaba nación a una comunidad de raza o origen (García-Pelayo, 1977; López, 2011; Máiz, 2019; Quiroga, 2015) . Este punto de oposición rechaza el entendimiento clásico, propio del intento de una "metafísica de la nación" por parte del idealismo alemán, del "carácter nacional" como "espíritu nacional", "alma nacional" o "esencia" (Máiz, 2019, p. 373), el cual contiene el peligro de llevar a entender la nación como una: a) comunidad de carácter absoluta; b) una comunidad de carácter homogénea; c) una comunidad cerrada y permanente; o/y d) una comunidad basada en la superioridad física, o también en la étnico-cultural. Se produce en la idea de nación de Bauer un distanciamiento de la idea metafísica del "volkgeist", así como de la historiografía positivista del nacionalismo basada en la búsqueda de una serie de elementos objetivos (lengua, cultura, historia o antropología) y descriptivos del hecho nacional (García-Pelayo, 1977). En su crítica al concepto de *Volkgeist*, considera a este un término polisémico y con poca rigurosidad conceptual que da por explicado mediante tautología lo que debe ser explicado, elevando a causa una abstracción realizada de un hecho y explicando el fenómeno de la conciencia nacional como un desarrollo inmanentista (Máiz, 2019). También su oposición al materialismo nacional biologicista-racista, que influenciado por el darwinismo social de la época entendía el hecho nacional como algo empírico determinable a partir del "plasma germinal" (portador de una serie de cualidades físicas o espirituales innatas) intergeneracional (Máiz, 2019, p. 375). Bauer se opondrá en su explicación del carácter nacional a la concepción, latente en el nacionalismo alemán posterior a la revolución conservadora, de la homogeneidad sustancial nacional, así como del entendimiento de la política como actividad artificiosa latente en el pensamiento clásico alemán de Goethe, Schiller o Humboldt (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019). De aquí surge una visición dessubstancializada y antiesencialista de la nación, que lleva a Bauer a defender el carácter nacional como algo relativo, plural y abierto a la competición entre identificaciones, así como sujeto a las condiciones políticas, económicas y culturales de la nación durante la historia (Máiz, 2019).

Al respecto de las teorías psicológicas de la nación, este interpretará que la voluntad, conciencia y sentimiento de los individuos no es originario ni causa eficiente de la nación, sino que es el resultado de la especialización de seres humanos en unos contenidos históricos:

"Es la historia común la que da a los restantes elementos su determinación fundamental, en tanto que decide qué propiedades se heredan y cuáles son excluidas. La historia común produce los usos y costumbres comunes y la religión, así como... la comunidad de la tradición cultural. La ascendencia común, lo mismo que la cultura común son meros instrumentos de los cuáles se sirve la historia común para su operatividad, para su trabajo de estructuración del carácter nacional" (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 20).

De este modo se opondrá a sus dos principales líneas, las "intelectualistas" basadas en la conciencia de pertenencia y diversidad grupal, y las "voluntaristas"⁴⁷ privilegiadoras de la voluntad unitaria y el deseo de libertad política, cuyo exponente era E. Renan (García-Pelayo, 1977; López, 2011, p. 28).

Sobre las concepciones empíricas, Bauer compartirá la posibilidad de que ciertas características enumeradas estén dadas en la existencia de la nación, pero será su posicionamiento en un sistema interactivo subordinado a un factor histórico lo que les otorgue significación, no su enumeración y agregación como elementos coincidentes (García-Pelayo, 1977):

"Así, sustituimos la mera enumeración de los elementos por un sistema: la historia común como causa eficiente, la cultura común y la ascendencia común como sus medios de acción, la lengua común como mediadora de la cultura común, simultáneamente su producto y su productora" (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 20).

Por último, en referencia a la organización territorial del poder político debemos mencionar que la teoría explicativo-normativa de Bauer contiene una doble crítica hacia la lógica monista subyacente en los principios de los nacionalismos contra el estado y de los nacionalismos de estado: el estado territorial centralista (Estado=territorio=Nación) y el principio de las nacionalidades (Nación=Cultura=Estado) (Máiz, 2019). Estos postulados basados en la falacia de Hume (es=deber ser), eran emergentes y dominantes en el contexto político-ideológico de Bauer, basándose en la posibilidad empírico-normativa de un principio territorial puro donde no existen comunidades políticas superpuestas y de una correspondencia biunívoca entre las

47 Como menciona López (2011) refuta a esta segunda corriente mediante la exposición de casos en los que las naciones con voluntad de pertenencia a colectividades más amplias (minorías en estados multinacionales) y de los connacionales divididos en distintos estados que no desean la unificación nacional en un estado (alemanes en Austria por ejemplo).

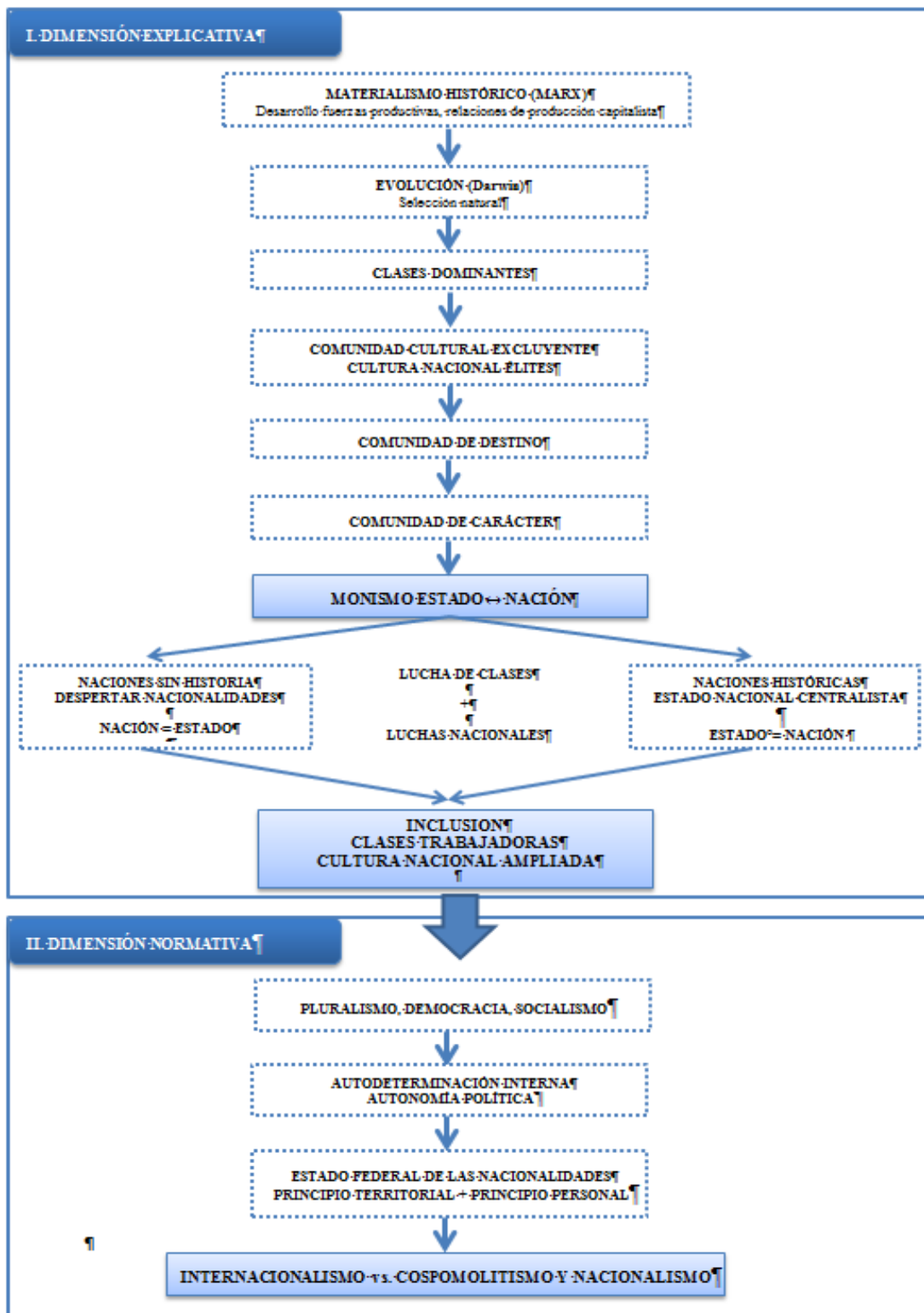
fronteras territoriales y la comunidad étnico-cultural homogénea y cerrada (Máiz, 2019). Esta lógica monista está vigente desde la idea de Fichte de que toda nación debe tener un estado propio (Máiz, 2019), derivándose el legítimo ejercicio del derecho a la autodeterminación nacional con vistas a tener un estado propio en el que se equivale el principio de personalidad con el de territorialidad. La obra de Bauer contiene una crítica de este principio de la autodeterminación nacional, que en su "autoevidente transparencia `democrática`" implica un peligro para las minorías culturales, ya que justifica la homogeneización de las mismas a través de la "conflación del etnos con el demos" (Máiz, 2019, p. 368-369). La crítica de la lógica monista lo lleva a defender una política evolucionista nacional que entiende la posibilidad de superposición política de las comunidades nacionales, y por lo tanto, entiende como condición de ampliación de la comunidad cultural a las clases populares la no correspondencia fronteriza entre territorios y minorías étnicas. Tal política será incompatible con la posición de Herder y Fichte de que el estado es un "ente artificial" mientras que la nación es un "ente natural", pero también con la idea del estado nacional como regla indiscutida y preferible de organización del poder territorial (García-Pelayo, 1977, p. 63-64; Máiz, 2019).

A través de distintos análisis sobre las formas de opresión a las minorías nacionales y la limpieza étnica, su idea de nación también contiene una crítica a el centralismo atomístico. Esta doctrina propugna una relación directa, sin ninguna mediación socio-económica o socio-cultural entre el estado y la ciudadanía, entendiendo de modo singular a estos últimos como únicos sujetos de derecho (García-Pelayo, 1977), lo que exterioriza a la nación y permite el florecimiento de ideas no democráticas que entienden a esta como un espacio autoritario impermeable a la representación política (Máiz, 2019). Su aplicación se concreta a través de un principio territorial puro, que en los esquemas monistas (estado=territorio=nación), acaba por entender la variedad de identificaciones nacionales y nacionalidades como necesariamente solapadas, provocando la dominación o opresión nacional entre las mismas (Máiz, 2019). Se opondrá, consecuentemente, a la idea westfaliana de una soberanía única, indivisible e indelegable del estado, para defender la soberanía compartida entre las nacionalidades. Este modelo de estado aceptaría la relación indirecta con la ciudadanía, otorgando la autodeterminación interna de las naciones mediante la autonomía, es decir, un estatuto de nacionalidad complementario al de ciudadanía mediante un autogobierno que articula un doble principio de territorialidad y personalidad (Máiz, 2019). Se trata, por lo tanto, de una lectura democrática que entiende la nación como un espacio antiautoritario y de lucha por demandas democráticas y sociales que posiciona a Bauer en las antípodas del centralismo monárquico austro-húngaro (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019). Su oposición a las concepciones

antidemocráticas del estado de los Habsburgo, hará que Bauer indique la necesidad de superar el entendimiento (prepolítico y premoderno) de las nacionalidades como antiguos territorios, reinos y provincias a los que les corresponden derechos históricos. El austromarxista defenderá la acomodación nacional con un amplio abanico competencial (administrativo, económico, cultural, militar), al mismo tiempo que se opondrá al derecho de autodeterminación unilateral como objetivo político prioritario (Máiz, 2019). En su reflexión sobre la relación que ha de tener el movimiento obrero con las demandas nacionales en *La clase obrera y las luchas nacionales*, defiende una idea democrática de nación cristalizada en la propuesta de un estado federal de las nacionalidades e incompatible con tal forma de organización del poder político:

“[...] Del hecho del antagonismo de clases resulta la exigencia de que todos los trabajadores quieran unirse entre sí en un *partido clasista internacional*. De la organización centralista-atomística resulta la exigencia de que todos los alemanes, todos los checos, etc. (sic), sean reunidos en un *partido nacional intersocial*. Se podría pensar, seguramente, que ambas exigencias no son contradictorias: que el sector trabajador checo debería aliarse en las cuestiones sociales con el alemán, y en las cuestiones nacionales con la burguesía checa. Pero esta unificación de ambas exigencias es en *términos lógicos* imposible. [...] Pero presuponiendo, incluso, que fuera lógicamente posible separar estrictamente las cuestiones nacionales de las sociales, es sin embargo psicológicamente imposible que los trabajadores luchen junto a las clases propietarias de su propia nación por los bienes nacionales y junto al sector trabajador de las otras naciones por los bienes sociales. Porque la lucha por el poder de las naciones está determinada, desde hace mucho y en toda su esencia, por el radicalismo pequeñoburgués. [...] *La política nacionalista de poder y la política clasista proletaria son, por lógica, difícilmente conciliables; psicológicamente se excluyen mutuamente; [...] La organización centralístico-atomística, que hace inevitable la lucha nacional por el poder, es por eso intolerable para el proletariado*. La primera exigencia de un política constitucional proletaria en el estado de las nacionalidades es el reclamo por una organización tal que en ellas las naciones no estén obligadas a *pelear* por el poder dentro del estado. Poder -es decir la posibilidad de imponer su voluntad, de satisfacer sus necesidades- necesita toda nación. Pero sólo la regulación centralista-atomística obliga a las naciones a adquirir ese poder luchando por la autoridad del estado; sólo ella las obliga a la lucha por el poder. El poder de las naciones de satisfacer sus necesidades culturales debe estar asegurado *legalmente* para que la población no esté ya obligada a estructurarse en partidos nacionales, para que el conflicto nacional no haga imposible la lucha de clases” (Bauer, 1979, p. 306-307).

Figura 8. *Síntesis teoría explicativo-normativa de la nación de Otto Bauer*



Fuente: Máiz, R., Pereira, M. (2017): “Teoría evolutiva de la nación y federalismo plurinacional en la obra de Otto Bauer”. *Revista Española de Ciencia Política*, número 45, pp. 13-42. Disponible en: <https://recyt.fecyt.es/index.php/recp/article/view/58906> [Consulta: 30-11-2017]

5.4 Características generales del abordaje teórico-político de Otto Bauer

El abordaje teórico-político realizado por Otto Bauer en su idea de nación integra una doble perspectiva: 1) una “teoría explicativa” que mediante el análisis empírico del proceso de construcción nacional sirve de cimiento para plantear 2) una “teoría normativa”, el estado federal de las nacionalidades (Máiz, 2019, p. 370). Se trata de una teoría compleja de la nación, que interpreta a esta como un “proceso político abierto de construcción social” mediante factores a) económicos, contenidos en las relaciones de producción, b) culturales, depositados en la tradición y c) políticos, referidos a la lucha de clases y las demandas de autogobierno (Máiz, 2019, p. 372).

En un nivel general metodológico, Bauer adquirió una clara influencia intelectual por parte del kantismo, principalmente a través de la reformulación filosófica planteada por Max Adler (García-Pelayo, 1977; Haupt, Löwy, 1980; López, 2011; Máiz, 2019; Quiroga, 2015). La influencia de esta corriente intelectual será latente en su teoría normativa de la nación, dejando como paradigma explicativo de la teoría empírica al materialismo histórico (Máiz, 2019). En el prólogo a la segunda edición en 1924 de su libro, Bauer (1979) se referirá a cómo le influyó intelectualmente:

“En mi época de estudiante, a cuyo término escribí *La cuestión de las nacionalidades*, estaba fascinado por la filosofía crítica de Immanuel Kant. Bajo la influencia de la teoría kantiana del conocimiento adquirí las concepciones sobre el método sociológico que dan fundamento a la exposición de mi teoría de la nación. [...] Recién en el transcurso de estudios posteriores aprendí a comprender la misma filosofía crítica como un fenómeno histórico; así superé mis kantianas enfermedades infantiles y en conexión con ello revisé mis opiniones metodológicas. Por eso, si hoy tuviese que exponer mi teoría de la nación modificaría el modo de exposición de la teoría, y no la teoría misma” (p.7).

Heredada de este “kantismo de juventud” propio del austromarxismo, la idea de nación de Bauer contiene un “comunitarismo” que otorga a la comunidad una dimensión ontológica, constituyéndose como un factor de socialización apriorístico de la naturaleza humana, capaz de generar lazos sociales y vincular afectivamente a grupos de individuos bajo una identificación colectiva nacional en un contexto histórico determinado (Máiz, 2019, p. 372). El cuadro histórico trazado por Bauer ubica la dimensión comunitaria nacional en un lugar primario como formación social humana, fundamental en la mediación entre las estructuras económicas y el individuo (García-Pelayo, 1977). A partir de este entendimiento de la comunidad, Bauer establece un principio de individualidad para las naciones que le sirve de fundamento teórico para su perspectiva de la autodeterminación, entendida como autogobierno y autonomía con

capacidad de acomodación de las comunidades nacionales en sus respectivas particularidades y permanencias históricas (Máiz, 2019).

La nación pasaría a ser entendida como una articulación en un tiempo y lugar concretos en los que se conjuga: 1) una comunidad de naturaleza, en la que se produce una “lucha por la supervivencia” dentro de unas “condiciones materiales de la reproducción de la vida social en un contexto histórico dado” que se circunscribe los ámbitos productivos, reproductivos y culturales; y la formación de 2) una comunidad de cultura, que implica una “esfera de transmisión creativa” de la tradición, factor clave en los procesos de construcción nacional (Máiz, 2019, p. 373). Bauer desprende de su conceptualización de la “*kulturnation*” (nación cultural) como el derecho a una “autonomía política”, es decir, el derecho a un alto umbral competencial de autogobierno (Máiz, 2019).

Su teoría empírica, reiteradamente autointerpretada como “sociológica”, se acoge al materialismo histórico como principal paradigma explicativo y trata de ensayar el método marxista de investigación social en el fenómeno nacional (Máiz, 2019, p. 374). Pero debemos añadir que Bauer introduce un segundo paradigma al acogerse a una óptica evolutivo-adaptativa que entiende a la nación como una “práctica social” articulada con una comunidad de naturaleza cimentada sobre un sustrato material genético que es su protoforma (Máiz, 2019, p. 375). Tenemos como resultado: 1) un materialismo no determinista que asume la contingencia y el dinamismo de los procesos de construcción nacional; y que simultáneamente 2) invierte el protagonismo causal de la naturaleza, comprendiéndola como los efectos de las “condiciones de producción de sustento vital en un contexto específico” o “de las determinaciones e interacciones de la producción y el intercambio de los antepasados, de su lucha por la existencia” (Máiz, 2019, p. 376). Esta posición del socialdemócrata austriaco articula el marxismo (materialismo histórico) con el darwinismo, una influencia intelectual de la cual extrae el concepto de selección natural, y mediante la que rechaza el “substancialismo” y la “inmutabilidad del hecho biológico” (García-Pelayo, 1977, p. 20). Esta perspectiva evolutivo-adaptativa articulada al método marxista de investigación le sirve para fundamentar su “política evolucionista nacional” (Máiz, 2019, p. 376). En el siguiente párrafo se condensa la importancia de ambos paradigmas para la explicación de la formación de las comunidades nacionales:

“De tal modo, preparada por un lado por el darwinismo, que superó al materialismo nacional, y por el otro por la indagación histórica, que reemplazó la explicación del devenir histórico a partir del místico espíritu del pueblo por la demostración de los procesos económicos que determinan el devenir de la nación, la *concepción materialista de la historia* puede comprender a la nación como el producto jamás finiquitado de un proceso que se opera permanentemente, y cuya última fuerza motriz son las

condiciones de la lucha del ser humano con la naturaleza, las transformaciones de las fuerzas productivas humanas, las modificaciones de las relaciones de trabajo humanas. Esta concepción hace de la nación lo *histórico en nosotros*. El darwinismo nos enseñó a interpretar los signos que la vida de la historia orgánica grabó en nuestro cuerpo vivo: en las encantadoras pláticas de Bölsche se puede releer de qué modo nuestros propios órganos cuentan la historia de nuestros antepasados animales. Pero también aprendemos a interpretar de manera similar el carácter nacional. En la peculiaridad individual que cada individuo tiene en común con los otros individuos de su pueblo, o sea a través de la cual se suelda con esos otros individuos en una comunidad, está precipitada la historia de sus antepasados (carnales y culturales); *su carácter es historia congelada*. Que la peculiaridad personal de cada uno de nosotros se haya ido gestando en la lucha por la existencia de comunidades pasadas hace de nosotros una comunidad de carácter nacional.” (Bauer, 1979, p.130-131).

Mediante esta perspectiva, Bauer comprenderá que el desarrollo de las fuerzas productivas, el modo de producción capitalista, las modificaciones en la estructura social y el conflicto entre clases serán variables determinantes en la producción de la nación moderna (Máiz, 2019). Las naciones son “precipitados de la historia”, “historia congelada”, “productos de la historia” que poseen una historicidad de carácter indirecto, constituyendo un fenómeno empírico determinable científicamente (Máiz, 2019, p. 374). En tanto que la generalización de la producción capitalista produce una integración nacional dependiente de nuevos mercados nacionales y de la configuración del Estado moderno superando la anterior fragmentación local feudalista, este entendía a la nación como un proceso moderno que recoge materiales de épocas precedentes y que se construye paralelamente al desarrollo capitalista. Observamos la función indirecta de la historicidad en Bauer en su comentario acerca de las concepciones sustancialistas defensoras de la perdurabilidad del “carácter nacional” :

“El carácter nacional es modificable. La comunidad de carácter vincula a los miembros de una nación durante una determinada época, pero de ningún modo a la nación de nuestro tiempo con sus antepasados de hace dos o tres siglos. Cuando hablamos de un carácter nacional alemán nos referimos a las connotaciones caracterológicas comunes de los alemanes de determinado siglo o decenio” (Bauer, 1979, p. 25).

5.5 Desarrollo histórico de las formas nacionales

La imperdurabilidad de lo nacional y la historicidad indirecta defendida por Bauer nos lleva a un segundo punto de nuestra síntesis sobre su abordaje teórico-político de la cuestión nacional: el desarrollo histórico de las formas nacionales. La teoría de Bauer analiza el desarrollo histórico de la forma nacional moderna, detectando múltiples épocas que van desde la comunidad primitiva hasta la futura nación socialista, pasando por la nación nobiliaria y la nación burguesa

(analizada en torno a fases de desarrollo capitalista: época manufacturera, capitalismo temprano y alto capitalismo). Desde la dispersión de la comunidad nacional primitiva, las épocas posteriores se corresponden con una lógica de participación (o grado de apertura-ampliación) progresiva en la “comunidad de cultura” por parte de sus integrantes, teniendo en la nación socialista la forma más pura de ampliación para la totalidad de la comunidad cultural (condición compartida con la comunidad primitiva). El austromarxista traza un “cuadro histórico” que resume esta lógica progresiva de la ampliación de la comunidad cultural-nacional:

“[...] Al comienzo -en la era del comunismo clánico y de la labranza nómada-, la nación unitaria como comunidad de ascendencia. Luego, a partir de la transición a la labranza sedentaria y del desarrollo de la propiedad privada, la escisión de la antigua nación en la comunidad cultural de las clases dominantes por un lado y los tributarios de la nación por el otro, incluidos éstos en estrechos círculos locales, productos en descomposición de la antigua nación. Después, a partir del desarrollo de la producción social capitalista, la dilatación de la comunidad cultural nacional: las clases trabajadoras y explotadas siguen siendo aún las tributarias de la nación, pero la tendencia a la unidad nacional en base a la educación nacional se torna paulatinamente más fuerte que la tendencia particularista de la descomposición de la antigua nación, que descansa sobre una comunidad de ascendencia, en grupos locales cada vez más bruscamente separados. Finalmente, ni bien la sociedad despoja a la producción social de su envoltura capitalista, la resurrección de la nación unitaria como comunidad de educación, trabajo y cultura. El desarrollo de la nación refleja la historia del modo de producción y de la propiedad. Así como de la constitución social del comunismo clánico surge la propiedad privada y la producción individual y de ésta, a su vez, la producción cooperativa en base a la propiedad social, la nación unitaria se escinde en connacionales y tributarios y se divide en pequeños círculos locales que se vuelven a acercar desde el desarrollo de la producción social, para finalmente sumirse en la nación socialista unitaria del futuro. La nación de la era de la propiedad privada y la producción individual, dividida en connacionales y tributarios de la nación y escindida en numerosos grupos locales más estrechos, es el producto de la descomposición de la nación comunista del pasado y el material de la nación socialista del futuro” (Bauer, 1979, p. 143).

Bauer explicará esta lógica de participación progresiva en las formas culturales nacionales correlativamente a la estratificación social clasista, identificando como punto de partida a la infraestructura económica (necesidades de la producción económica, desarrollo del estado nacional) y vinculando la historia nacional a la sucesión histórica de varias clases, grupos y substratos sociales (García-Pelayo, 1977). De esta infraestructura económica se estratifica una sociedad clasista en la que se produce una unidad de cultura entre la clase dominante, creándose una comunidad de cultura nacional que excluye de su participación a las clases dominadas. Bauer se referirá a estas clases subalternas (siervos, campesinos libres, artesanos, obreros...) como los “*hintersassen*”⁴⁸, es decir, como aquellos que sostienen la comunidad cultural nacional

48 El término "hintersassen" tiene una difícil traducción al español, además de que ha poseído distintos usos: en el vocabulario jurídico medieval, indicaba la condición servil de quién no poseía bienes en plena propiedad y era

mediante su fuerza de trabajo pero no participan en ella (García-Pelayo, 1977). La constitución de la nación proviene, en una importante medida, de la unidad de cultura de las clases dominantes.

Con la diferencia de que Bauer defiende la posibilidad de conversión de las naciones sin historia en “naciones históricas” en unas condiciones históricas determinadas, sí compartirá un presupuesto doctrinal según el cual el desarrollo histórico de la nación está ligado a las clases dominantes, cuyo poder económico le otorga la capacidad de creación de una cultura superior (García-Pelayo, 1977). Las clases dominantes⁴⁹ y propietarias de los medios de producción, tratan de fundamentar su dominio político y posesión económica en su superioridad cultural, tanto en: 1) la lucha de clases intranacional; como en 2) la opresión internacional sobre otras naciones. En tanto que clase privilegiada económica y políticamente, representa, modifica y crea un comunidad cultural: “la riqueza y la libertad son los fundamentos de toda cultura” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 34) .

La tesis de Bauer sobre el desarrollo histórico de la forma nacional identifica cuatro formaciones principales: la primitiva (tribal), la nobiliaria, la burguesa y la socialista. Bauer mantendrá una visión procesualista de la nación, es decir, de los procesos de creación y recreación de la misma bajo nuevos contenidos culturales y supuestos ético-sociales. En el desarrollo histórico de las formaciones nacionales se da la posibilidad de coexistencia temporal entre formas culturales originadas en distintos períodos históricos (y portadas por distintas clases), aunque sí existe una tendencia de desplazamiento de las mismas por parte de las clases emergentes, portadoras de nuevas formas culturales (García-Pelayo, 1977). Abordaremos brevemente su tesis describiendo los aspectos principales de cada formación.

La primera formación es la comunidad nacional primitiva, en la que Bauer utiliza el ejemplo de los pueblos germánicos primitivos, también identificado como el “comunismo clánico

dependiente de los derechos reales de los señores feudales. En un uso posterior, designa a los estratos pobres, inferiores y en desigualdad jurídica. Durante finales del siglo XIX y comienzos del XX, designa a los habitantes de las ciudades que poseen un derecho de ciudadanía restringido y que, a diferencia de épocas previas, mantienen la misma serie de cargas que un ciudadano de pleno derecho (García-Pelayo, 1977).

49 Comenta García-Pelayo que Bauer verifica la mayoría de sus hipótesis interpretativas mediante la historia de Alemania, lo que puede conllevar un problema de validez general de sus interpretaciones. Esto le lleva a ser influenciado por un contexto epocal concreto que, por ejemplo, en lo referido a la vinculación clase-nación es influido por 1) el "Besitz und Bildung" (vinculación entre propiedad-cultivo intelectual) que los círculos germánicos consideraban constitutivos de la burguesía, o por 2) la especificidad De Hungría, Croacia o Polonia, en donde la comunidad cultural se identificó tradicionalmente (hasta primer tercio del siglo XIX) con la nobleza. Por otro lado, esta identificación de la nación con la clase es un supuesto metodológico marxista coherente con la mencionada correlación entre la infraestructura (relaciones sociales de producción) y la superestructura cultural y formas jurídicas, políticas).

pangermánico” (López, 2011, p. 23). En primer lugar, el autor defiende que en esta formación converge una comunidad natural que comparte una ascendencia y una comunidad cultural representada en la homogeneidad de relaciones sociales, laborales, legales, costumbristas y lingüísticas. En segundo lugar, describe el proceso de desintegración de esta formación como el resultado de los desplazamientos hacia diferentes territorios que, en la medida en que implicaron distintas condiciones de lucha por la existencia, produjeron una diversidad de contenidos culturales. Se produce entonces una divergencia entre la comunidad natural y la comunidad de cultura, pasando de: 1) la unidad entre ambas comunidades a la 2) unidad en la ascendencia originaria y la pluralidad de estructuras culturales. Con el transcurso histórico, la unidad de ascendencia (comunidad natural) también se disolverá debido a la colonización de los territorios, los enfrentamientos militares o el mestizaje (García-Pelayo, 1977).

La segunda formación, la nación nobiliaria, se produce debido a que la disolución de la comunidad económica, política y militar primitiva (constitución militar comunitaria, etc...) se transforma en pequeñas unidades territoriales escindidas internamente entre: a) el castillo, donde reside el caballero (señor feudal) que ejerce unos derechos jurisdiccionales sobre quienes habitan o cultivan sus tierras; y b) la aldea, donde habita el campesino, que habita y trabaja pequeños latifundios señoriales (García-Pelayo, 1977, p. 37). Se produce la concentración del poder económico, político y militar en unas clases nobiliarias, que sustentadas sobre el trabajo de los campesinos representarán una nueva cultura nacional. Esto implicará la constitución de dos formas socio-culturales cohabitantes en el mismo territorio a la par que extrañas entre sí, diferenciándose en una serie de factores como: 1) ser una clase portadora/subalterna, 2) el mayor/menor nivel cultural, 3) la homogeneidad/heterogeneidad interna, 4) la dispersión/localización territorial, 5) la incomunicación/comunicación con el exterior o 6) la tendencia dinámica/estática de su cultura (García-Pelayo, 1977). Sobre esta exclusión de los campesinos de la comunidad de cultura nacional, sobre su condición de subalternidad, se formará la posibilidad de emergencia una cultura superior en la clases dominantes:

“los campesinos de entonces no forman parte de la nación, sino que son los *hintersassen* de la nación.

La nación solo existe en virtud de la comunidad de cultura, pero esta se limita a la clase dominante; las amplias masas de cuyo trabajo se alimenta tal clase quedan excluidas de ella” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977).

La formación socio-cultural campesina habita en pequeños territorios debido al aislamiento territorial en comunidades locales y valles, y no se relaciona con el exterior, manteniendo una

economía de autoconsumo e iniciando una estructura de parentesco endogámica. Se caracteriza por la homogeneidad interna (inmutabilidad) de sus contenidos culturales y la heterogeneidad externa representada en el conjunto de espacios territoriales. Las distintas condiciones de lucha por la existencia material de cada territorio vehiculan una selección natural mediante la que la dispersión grupal deviene en una raza particular respecto a la anterior ascendencia originaria común. Se produce simultáneamente una diferenciación de las estructuras culturales referidas a la formación de un derecho local y comarcal, la pluralidad de dialectos o los distintos usos y costumbres (García-Pelayo, 1977).

La formación socio-cultural nobiliaria tiene una extensión territorial ampliada más allá de los señoríos, y es creadora de una cultura homogénea y relativamente dinámica. El hecho de la interconexión territorial, de trascender los localismos, hace de la clase nobiliaria una clase capaz de impulsar y constituir la nación, produciendo una unidad de cultura (García-Pelayo, 1977). La existencia de esta clase constituye un ejército compuesto por caballeros de distintos territorios, estructuras de parentesco exogámicas y estructuras de decisión políticas, económicas o legales (cortes, tribunales feudales, parlamentos estamentales, corporaciones nobiliarias). Se produce el despliegue de múltiples relaciones novedosas en costumbres y hábitos, con una mayor recepción a influjos extraños y por lo tanto, con un mayor enriquecimiento cultural (García-Pelayo, 1977). La erección de esta cultura superior supondrá la exigencia del ocio, lo que conllevará la creación de instituciones eclesiásticas (monasterios, escuelas) y cortes señoriales en las que se propaga la poesía caballerescas y se adquieren nuevos contenidos culturales compartidos como la lengua o la costumbre, formándose una literatura nacional o un derecho feudal unificado. Con el fenómeno de las cruzadas, la cultura caballerescas francesa explicada por Bauer se relaciona con un exterior constitutivo, produciendo una singular síntesis, resultado del enriquecimiento de sus propios contenidos culturales y de la formación de un “sentimiento de particularidad” o sentimiento de pertenencia a una comunidad diferenciada (García-Pelayo, 1977, p. 38). Se produce en este punto lo que Bauer denomina el “fenómeno de apercepción⁵⁰”, caracterizado por una adquisición epistemológica y comprensiva selectiva, que articula nuevos conocimientos y experiencias a un sistema de saber preexistente, y que por lo tanto se reelabora: “del vínculo del ser alemán con la costumbre francesa surge una nueva esencia caballerescas que muy pronto se

50 García-Pelayo (1977, p. 39) traza un paralelismo entre la "apercepción" de Bauer y la aculturación de Wund. Explica que en este proceso no se produce una mera incorporación de lo extraño, sino que se produce una vinculación con la conciencia o incorporación al ser. De este modo, un mismo contenido cultural puede tomar distintas modalidades y significados, representando una síntesis original. Tenemos entonces, un fenómeno relevante para la explicación de la identificación nacional, ya que, en palabras de García-Pelayo, el exterior constitutivo cumple una función epistemológica: "el que no conoce a otros no sabe que es diferente".

distingue claramente de la francesa” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 38).

Debido al desarrollo económico surge la necesidad de implantar una producción mercantil, que a su vez demanda para su fomento económico un marco regulativo y una estructura impositiva desarrollados por el estado (García-Pelayo, 1977). La combinación de estos dos factores llevara a la tercera formación nacional: la nación burguesa. En esta, los intereses estatales convergerán con los de clase burguesa emergente, entrando en una contradicción con la nobleza: una clase social que constituía un centro de poder autónomo y que se asentaba en una forma económica feudal (la servidumbre campesina). Esta nueva formación supuso la ampliación y el enriquecimiento de los contenidos culturales, provocando una mayor extensión de la participación activa en la comunidad cultural. Bauer identifica varias etapas en el proceso de formación de la nación burguesa: la economía manufacturera, el capitalismo temprano y el alto capitalismo.

En un primer momento, que Bauer detecta en la baja edad media y la época de la reforma, se produce una tendencia positiva hacia el desarrollo socio-cultural de la burguesía (García-Pelayo, 1977). Se trata de una nueva etapa, caracterizada por el surgimiento de la economía manufacturera, el florecimiento de las ciudades y el desarrollo de los estados territoriales-estamentales. Esta nueva etapa supone modificaciones en las relaciones de producción (del autoconsumo al intercambio), la propiedad social (del latifundio señorial al establecimiento de mercados lejanos) y la estructura social (de la comunidad indiferenciada a la estratificación clasista), teniendo efectos necesarios sobre la formación de la comunidad nacional burguesa (García-Pelayo, 1977). La expansión transfronteriza de las relaciones sociales a través del intercambio mercantil produce una serie de contactos materiales y espirituales: ideas, libros, panfletos (invención de la imprenta), aparición de los agentes de noticias, establecimiento del correo, desarrollo del estado (censo, alistamiento militar). De este modo, surge una cultura elevada en diversas etapas: respecto a la cultura caballeresca, arraigada en el ocio, nace una cultura burguesa enraizada en el trabajo, lo que promueve el surgimiento de escuelas (enseñanza de la lengua comercial y de la lengua de la cancillería), artes y literaturas nacionales (poesía, novela...) que inician el proceso de unificación de la lengua nacional iniciada en la época nobiliaria. La comunidad de cultura nacional es ampliada y disuelve las tradiciones medievales, pero la participación es desigual (influenciada por el humanismo), siendo determinada por la jerarquización social, y teniendo como efecto que la participación en los bienes culturales se corresponda con las capas burguesas acomodadas, funcionarios, sectores de la nobleza o

profesores. Se produce una diferenciación al respecto de los sectores excluidos (sectores inferiores de la ciudad, campesinado...), constituyéndose como “espíritus cultivados” frente a los “no cultivados” (García-Pelayo, 1977, p. 41).

La segunda formación nacional burguesa se corresponde con el “capitalismo temprano”, datado por Bauer entre la segunda mitad del siglo XVI y mediados del siglo XVIII. En este período, el comercio internacional se amplía por los océanos, produciendo un enorme desarrollo capitalista. En el caso alemán analizado por Bauer, la regresión económica sufrida en el siglo XVII situará a la comunidad en relación de dependencia económica, pero también cultural, con otras comunidades, siendo esto reflejado en sus “contenidos culturales” (García-Pelayo, 1977, p. 42). Se producen transformaciones entre los estratos participantes de la comunidad de cultura nacional: 1) la nobleza pasa a ser cortesana, vinculándose a los objetivos del estado y siéndole asignados privilegios en el acceso al ejército, y la burocracia adoptará las costumbres afrancesadas; 2) la burocracia estatal superior, clérigos, profesores y médicos se acogerán a las concepciones humanistas clásicas, utilizando el latín clásico como lengua culta; y 3) el patriciado burgués considerará como lenguas cultas el latín y el francés (García-Pelayo, 1977).

Una vez recuperada económicamente mediante la política mercantilista, aumentará la confianza en sí misma de la burguesía alemana emergente, la cual estará en condiciones de desplegar una cultura superior burguesa y alemana (García-Pelayo, 1977). Entre finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII se produce la unificación y significación cultural de la lengua alemana, que desplaza al latín como lengua universitaria o de derecho, y el desplazamiento de la cultura cortesana por la llegada de clásicos nacionales que reflejen las vivencias del ser nacional. Se producirá una ampliación de la comunidad de cultura, creándose nuevos bienes culturales (literatura, teatro) y relatos que fortalecen la identificación nacional y el forjamiento de una comunidad de carácter, contribuyendo al proceso de construcción nacional. El desarrollo económico y cultural autónomo de la comunidad llegará a vincular en la comunidad cultural a varias generaciones subsiguientes en los criterios de la razón y el naturalismo (“*aufklärung*”), produciendo un carácter rupturista con lo tradicional y la “totalidad de lo existente” y enfrentando al conservadurismo nobiliario la alta cultura burguesa (García-Pelayo, 1977, p. 42). A pesar del aumento de los bienes culturales no se produce una extensión y distribución cultural hacia los trabajadores, de los cuales el desarrollo capitalista no exige todavía altos niveles de instrucción o conocimiento, lo que explica la restricción y el acriticismo de las escuelas y universidades: “ la comunidad nacional de cultura es la comunidad cultural de una clase, de la

burguesía cultivada, la inmensa mayoría de la población no participa en ella. Campesinos, artesanos y trabajadores no son...miembros de la nación, sino sus *hintersassen*” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 43).

Con el desarrollo de las fuerzas productivas se producirá una tercera ampliación histórica de la comunidad nacional burguesa en el alto capitalismo⁵¹. Se produce una serie de fenómenos infraestructurales que posibilitan una formación nacional específica en la producción manufacturera: la transformación a la producción fabril mediante una revolución técnica que abarata y mejora el transporte de mercancías y de la fuerza de trabajo, la formación de mercados internacionales, la producción de una explotación racional del campo (cooperativas y empresas agrícolas) mediante la mecanización o el éxodo rural provocado por la transformación poblacional desde el campo a la ciudad (García-Pelayo, 1977, p. 44). Estas transformaciones en la relaciones sociales de producción capitalistas tendrán efectos en toda la población, creando nuevas redes sociales y actitudes. Se generan nuevos ámbitos de sociabilidad en los entornos de la fábrica o el cuartel, relacionando cotidianamente a personas de distintas procedencias, generándose un intercambio de ideas (expansión prensa escrita, folletos, libros...) y estableciéndose una democratización del poder político (derechos individuales y sociales). Esta nueva realidad social implica una serie de cambios en las actitudes culturales de las personas participantes en el éxodo, las cuales vuelven a la aldea con concepciones mentales del mundo racionalistas, enfrentadas y sucesoras de las tradicionalistas-conservaduristas (García-Pelayo, 1977). Como indica Bauer, la nueva fase capitalista exige mayores niveles de conocimiento y tecnificación en la población, lo que produce una ampliación de las instituciones educativas, las cuales pasan a ser un factor poderoso de unidad cultural y lingüística:

“la escuela ha devenido instrumento necesario del desarrollo moderno; el moderno capitalismo necesita de la educación popular superior, ya que sin ella no es posible el complicado aparato administrativo de la gran empresa; la necesita el campesino moderno, ya que sin ella no podrá desarrollar la agricultura moderna; la necesita el estado, pues sin ella no habría podido crear la Administración, ni el ejército moderno” (citado en García-Pelayo, 1977, p. 44).

En esta etapa se produce una “doble función destructora” (García-Pelayo, 1977, p. 43): por un lado, el desarrollo capitalista y del estado nacional supera la vieja formación feudal; por otro, se constituyen las bases para la reconstitución de la unidad cultural nacional, que dispersada desde

51 García-Pelayo (1977, p. 43) observa que Bauer explica este período utilizando referencias distintas que las de períodos previos. Mientras que en períodos anteriores son citados bienes culturales (gestas, literatura, poesía), en este se citarán las "condiciones objetivas o los supuestos materiales", bases del "despliegue hacia la verdadera comunidad nacional socialista.

la comunidad primitiva, está en condiciones de ampliarse al conjunto del pueblo (aunque de forma asimétrica). A través del desarrollo de las fuerzas productivas se forman las bases materiales de una comunidad cultural nacional con una participación personal ampliada, pero limitada debido a la participación asimétrica de los trabajadores en los bienes culturales: “¿Qué saben nuestros obreros de Kant, nuestros campesinos de Goethe, nuestros artesanos de Marx?” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 45). La explotación laboral inherente al modo de producción capitalista limita el acceso de las capas populares a los bienes culturales, ofreciendo un mapa en el que el “trabajo de unos” se convierte en “cultura de otros” y “los bienes materiales se transforman en cultura espiritual” (García-Pelayo, 1977, p. 45): “El capitalismo no puede permitir el pleno surgimiento de la nación como comunidad cultural, porque cada porción de cultura espiritual en los trabajadores se convierte en un arma con la que un día lo derribarían” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 45).

En su análisis de la última formación nacional (la futura nación socialista), Bauer parte desde una específica comprensión de las etapas históricas, según la cual el capitalismo no produce algo así como unas “condiciones objetivas para su superación”, sino que sus condiciones de transformación dependerán de la articulación de un proyecto político socialista capaz de abordar las contradicciones sistémicas capitalistas, situadas: entre 1) el carácter crecientemente social de la producción y 2) la apropiación individual de los medios de producción; y 3) entre la cultura espiritual sustentada sobre el trabajo de la totalidad del pueblo y 4) el disfrute de una parte del pueblo de los bienes culturales superiores (García-Pelayo, 1977). Esta formación mantendrá tres características principales: a) la ampliación de la comunidad cultural nacional a la totalidad del pueblo mediante b) la plena autodeterminación nacional, que provocará c) la creciente diferenciación espiritual entre las naciones (García-Pelayo, 1977). Este proyecto político socialista, caracterizado por la gestión nacional y la dirección planificada de las actividades económicas por parte de los representantes de los trabajadores, tendrá como consecuencia una nueva repartición social del trabajo -eliminación del paro, uso pleno de la técnica (paralizada debido a los intereses capitalistas-, disminución de la jornada de trabajo, aumento de la productividad) que supondrá una democracia real: las transformaciones infraestructurales generan las condiciones de participación activa en la comunidad nacional por parte de la totalidad de la población, ahora liberada de las necesidades inmediatas (García-Pelayo, 1977).

Estamos en el momento más republicano de la teoría de Bauer, ya que liga a la “libertad” unas condiciones materiales necesarias y superadoras del “reino de la necesidad” descrito por Marx

en el Capital (Alegre, Liria, 2018; Raventós, 2007). La nueva racionalidad socialista generará las condiciones de posibilidad para determinar la estructura de la sociedad mediante órganos decisorios y consultivos que aborden los problemas (localización industrial, organización territorial, distribución poblacional..) y otorguen soluciones atendiendo a nuevos criterios sanitarios, ecológicos, económicos, técnicos y de calidad de vida (García-Pelayo, 1977). En este nuevo paisaje, se producen las condiciones de posibilidad de la autodeterminación sobre el destino nacional hasta el momento impedidas⁵², tal como lo describe García-Pelayo (1977, p. 46): “somos hombres completamente distintos de los del pasado, pero sin que nadie -ni siquiera las clases dominante- se lo haya propuesto”. La ampliación de los bienes culturales a la totalidad de la nación, plantearía una nueva política educacional integrada para el trabajo y el disfrute, siendo un elemento imprescindible para la formación de un nuevo carácter nacional basado en la vinculación entre el esfuerzo creador cultural y el disfrute de los bienes culturales (García-Pelayo, 1977). El proyecto socialista pasa, en opinión de Bauer, a vincularse en un sentido fuerte con la nación, ya que es el proyecto más capacitado para conseguir su autonomía:

“la sociedad recuperará para sí la actuación sobre el carácter, la historia futura del pueblo será producto de su voluntad consciente. Así, la sociedad del futuro podrá hacer lo que nunca pudo la sociedad productora de mercancías: educarse a sí misma, construir su propio destino, determinar conscientemente los futuros cambios de carácter. El socialismo otorga por primera vez a la nación la plena autonomía, la verdadera autodeterminación” (citado en García-Pelayo, 1977, p. 47).

Esta vinculación con lo nacional limita la tradicional exterioridad teórica de los modelos marxistas sobre la nación, así como la separación en compartimentos inconexos de “la razón y las emociones”(Máiz, 2011), dejando de entender lo nacional como un residuo de pasiones más bajas y vinculándolo a el proyecto republicano de la razón (Alegre, Liria, 2018). Este conjunto de dualismos y escisiones (razón/emoción, nación/clase, marxismo/nacionalismo) se limitarán en una de las caracterizaciones que Bauer establece del proyecto socialista, el cual pasaría a ser un equilibrio entre el universalismo (ilustración, razón, modernidad, marxismo) y el particularismo nacional, esto es que: 1) por un lado, aceptará y acentuará las tendencias cosmopolitas desarrolladas durante la modernidad capitalista, ayudando a ampliar sus contenidos materiales-culturales necesarios para el desarrollo de las naciones atrasadas; y 2) por otro, consolidará y extenderá la democracia, consolidando con ello la agregación las distintas preferencias de millones de personas, lo que no producirá la aniquilación de lo nacional, sino

52 Pelayo (1977, p.46) se refiere a el "destino nacional" anterior descrito por Bauer como una decisión inconsciente sobre las transformaciones de la "existencia nacional", es decir, como el resultado de innumerables decisiones individuales de los miembros de las clases superiores, las cuales poseen un interés de clase particular.

que la resistencia a la aceptación indiscriminada de lo extraño (García-Pelayo, 1977, p. 47-48). Dicha tendencia (minorizada en los pueblos atrasados) aparecerá reforzada con la ampliación de la participación activa en la comunidad cultural, y posibilitará la capacidad de la propia cultura de apereibir (adaptar y articular) elementos “ajenos” o “extraños” de otras culturas.

En su descripción de las formas nacionales, Bauer (1979) intenta delimitar la especificidad de las comunidades locales (de carácter) internas a la nación con tendencias hacia la autonomización étnico-cultural pero que están integradas en la comunidad de destino representada por la nación que las engloba. A estas se ha referido como “fases evolutivas hacia la nación” que, o se acaban separando y constituyendo como naciones autonomizadas del tronco común de ascendencia y cultura (caso de los Países Bajos en Alemania), o se integran en unidades nacionales más amplias mediante un proceso de estrechamiento de vínculos culturales (“comunidad de cultos”) entre las respectivas clases dominantes (López, 2011, p. 25). Volvemos a un fragmento que condensa la potencia explicativa del concepto de “comunidad de destino” y de “comunidad de carácter” para diferenciar a estas intracomunidades nacionales en Bauer (1979):

“ [...] Nación es el conjunto de los seres humanos vinculados por comunidad de destino en una comunidad de carácter. Por comunidad de destino: esta connotación la separa de los conjuntos de carácter internacional de la profesión, la clase y el pueblo-estado, que descansan en la homogeneidad de destino, y no en la comunidad de destino. El conjunto de quienes comparten un carácter: esto la separa de las mas estrechas comunidades de carácter dentro de la nación, que jamás forman una comunidad natural y cultural que se autodetermine y esté determinada por su propio destino, sino que se hallan en estrecha comunicación con la nación global y por ende también están determinadas por el destino de ella [...]” (p. 142).

La nación de Bauer (1979) es un precipitado, producto y productor de un proceso histórico cambiante en el que la particularidad cultural nacional varía. La constitución de una comunidad de destino se realizará por mediación de la herencia biológica (ascendencia común, notas somáticas, condiciones ambientales, mestizaje) y de la tradición cultural (transmisión patrimonio cultural, contenidos), ambas dimensiones dependientes y constituidas a partir de relaciones sociales humanas, medios de una causa eficiente: las condiciones de lucha por la existencia (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019).

5.6 Apertura y renovación de los principales marcos interpretativos marxistas

En lo referido a la crítica de la teoría marxista de la progresiva desaparición de las naciones y los conflictos nacionalistas, Otto Bauer plantea en su idea de nación una doble superposición entre las dimensiones de clase y nación, es decir: 1) “las profundas raíces sociales de las luchas nacionales”; y 2) “el contenido nacional de la lucha de clases” (Máiz, 2019, p. 378-379). En contra del solapamiento entre ambas dimensiones asumido por la tradición interpretativa marxista, el teórico austríaco otorga a lo “nacional” una compatibilidad explicativa respecto de lo “social”, siendo entonces dimensiones superpuestas. De este modo, en la modernidad la dimensión nacional obtiene una centralidad explicativa compartida con lo social, reflejada en la especificidad nacional de la dimensión social (la lucha de clases), en tanto que cada movimiento obrero tiene una tradición, biografía y relatos propios, y en el contenido nacional de la lucha de clases, referidas a las demandas de inclusión de la clase trabajadora en la comunidad de cultura, destino y carácter (escuela, administración, etc...) de cada nación (Máiz, 2019).

En su descripción de las emigraciones masivas producto de las crisis capitalistas en el caso checo, se interpreta la posibilidad de interacción política entre ambas dimensiones, así como la potenciación mutua entre los intereses materiales y las emociones (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019). Con la industrialización se produce una elevación progresiva de la composición orgánica del capital, teniendo como consecuencia un excedente de población entre el campo y la ciudad, lo que llevó a desatar sentimientos de xenofobia austríaco-alemana hacia los emigrantes de las zonas desindustrializadas que deprimían los salarios, denominados como “rompehuelgas” y representando la transformación del odio de clase en odio nacional (Máiz, 2019).

La nación es entonces un espacio, que aunque dominado históricamente por las clases (poseedoras de los medios de producción y) dominantes políticamente, pasa a ser disputado por las clases trabajadoras excluidas de su participación activa en la comunidad cultural. Bauer defenderá que el progreso socialista será el único garante de la realización inclusiva de una comunidad nacional de cultura, superador de la “comunidad cultural de los cultos” y productor de una creciente diferenciación de la cultura espiritual de las naciones (Máiz, 2019, p. 379). La comunidad cultural nacional en la sociedad socialista pasaría a incluir a todo el pueblo, siendo el autogobierno un objetivo político a defender desde el socialismo democrático (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019).

Bauer, contrario al holismo teleológico contenido en la tesis de las “naciones sin historia”,

defiende una hipótesis interpretativa: el “despertar de las naciones sin historia⁵³” en la modernidad capitalista (Máiz, 2019, p. 380). Bauer producirá una tipología basada en el dualismo engelsiano de las “naciones con historia/naciones sin historia” (García-Pelayo, 1977, p. 52), al mismo tiempo que limitará la significación otorgada a tales categorías en lo referido a la irreversibilidad e indeseabilidad del hecho. La característica central que las separa es que: en las primeras, la estructura social abarca al conjunto de las clases sociales; mientras que en las segundas, tal estructura social no abarca al conjunto de clases, lo que implicará que las diferencias de clase se correspondan con diferencias étnico-políticas (García-Pelayo, 1977). Durante el curso del siglo XIX, estas “naciones sin historia” despertarán debido al establecimiento de unas condiciones de posibilidad generadoras de una “clase dirigente” (*intelligentsia*, clase media) capaz de generar una cultura nacional efectiva: “el despertar de las naciones sin historia es una de las innumerables formas en que se manifiesta el desarrollo capitalista” (Bauer; citado en García-Pelayo, p. 57).

La teoría de Bauer se diferenciará principalmente de la de Engels en cuatro apartados. Primero, en que las naciones sin historia no son solo aquellas que nunca tuvieron vida histórica propia, sino que las que en un momento determinado de su desarrollo dejaron de ser un actor histórico: “nación sin historia es aquella cuya cultura nacional ha carecido de desarrollo continuado” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 52-53). Segundo, en que la condición de nación sin historia es un hecho reversible, siendo posible la recuperación del protagonismo histórico, por ejemplo durante el siglo XIX. Tercero, en que el papel de las naciones no históricas es opuesto al asignado por Engels, no siendo necesariamente “reaccionarias”, mismo llegando a tener un papel revolucionario: “ahora los representantes de las naciones sin historia han devenido revolucionarios, mientras que los de las naciones con historia se han hecho conservadores” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 53). Y por último, en que desde el marco interpretativo marxista arroja una explicación del proceso histórico mediante el que las naciones sin historia cobran vida (García-Pelayo, 1977).

53 Comenta García-Pelayo (1977, p. 59-61) el influjo historiográfico de la tesis de Bauer en los historiadores del imperio austríaco, comentando las posiciones de R.A Kann, Zwitter o Herod sobre la misma. El primer historiador ha reconocido la rectitud de la tesis según la que las naciones sin historia se corresponden necesariamente con el desarrollo de una cultura nacional superior por parte de unas clases dominantes (burguesía, nobleza) autóctonas, acrecentando la importancia de tales estratos para mantener una autonomía política y considerando a tales naciones como "naciones sin historia propia". En el caso del historiador marxista Zwitter, ha ubicado la diferencia decisiva entre naciones con historia y sin historia en su estructura social a comienzos del siglo XIX, independientemente del pasado político. En el caso de Herod, este detecta el reemplazo del dualismo baueriano por el leninista de naciones explotadas/explotadoras.

Bauer identifica dos motivos principales⁵⁴ para el “despertar” nacional moderno, ambos portados por la burguesía: económicos y culturales (García-Pelayo, 1977). El primer tipo de motivos son los económicos, referidos al desarrollo capitalista, que en la época fabril produce una burguesía y una intelectualidad portadoras de unos intereses nacionales que envuelven intereses de clase (García-Pelayo, 1977, p. 54):

“el desarrollo nacional y social no son esferas distintas, nítidamente separadas por el desarrollo humano general, sino que son, doquiera, efectos de las luchas entre las distintas clases económicas, son las transformaciones de los medios de trabajo y las relaciones de producción las que deciden sobre el poder y la impotencia, sobre la muerte y el renacimiento de las naciones” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 54).

Los motivos culturales, nacidos tras la ilustración y la filosofía burguesa temprana, valorizan la riqueza generada (canciones, monumentos, mitos) y desvanecen la baja estima de las naciones sin historia (García-Pelayo, 1977). Se abre entonces la posibilidad del devenir en “naciones con historia” bajo distintos espacios temporales y coyunturas históricas que Bauer explica escogiendo el ejemplo de Eslovaquia, nación histórica hasta el 800 y posteriormente perdida durante un milenio hasta el intento de despertar con la Reforma (García-Pelayo, 1977). En la Baja Edad Media, la condición de nación histórica venía, especialmente en contextos multinacionales, ligada a la constitución de un estado estamental, caracterizado por ser una formación intermedia entre el estado feudal y el moderno surgida a través de la adaptación lenta de la institucionalidad feudal (gran propiedad territorial y vasallaje) con el estado moderno (economía mercantil) (García-Pelayo, 1977). El estado estamental, basado en la dualidad entre el rey y los estamentos, produce una organización del poder político (ley-decreto, ejército, administración) basada en la soberanía compartida y un poder económico organizado en torno a dos clases dominantes, la burguesía y la nobleza: “Los habitantes del territorio son, de un lado, súbditos del príncipe, pero de otro, miembros de los estamentos representativos y dominantes del país”(Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 55) .

Estos motivos económicos y culturales también dependieron de elementos políticos, prueba de ello es la lucha constante entre el rey y los estamentos en el sistema dual, dejando un mapa con tres salidas típicas: la sumisión al príncipe y el establecimiento del absolutismo (caso francés), la articulación de estamentos como órganos de estado (Inglaterra), o la victoria estamental y el

54 Aunque debemos advertir sobre esta hipótesis interpretativa de Pelayo que aunque Bauer no identifique detenidamente motivos políticos, este sí los enuncia e introduce en el ejemplo checo como veremos posteriormente.

establecimiento de repúblicas aristocráticas de apariencia monárquica (Polonia o el Sacro imperio germánico) (García-Pelayo, 1977). En el caso de las monarquías plurinacionales, la defensa del privilegio estamental (príncipe) se corresponderá con la defensa de las nacionalidades y la defensa de la centralización y la homogeneización nacional será la defensa del estado unitario, produciéndose dos programas: el estamental (unión laxa, temporal) bajo una tendencia descentralizadora y pluralista, y el del reino (cierta descentralización, soberano) con una tendencia centralizadora (García-Pelayo, 1977). Con la Reforma, varios países agudizaron la disputa entre ambas tendencias: “convirtió al Evangelio como un medio de lucha de los estamentos contra el Estado” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 56). En los países que triunfó el centralismo la nobleza pasó a ser exterminada o cortesana, configurando la existencia (o no) de un posterior desarrollo cultural que determina la condición de nación sin historia.

La doctrina del “despertar de las naciones sin historia”, ejemplificada por Bauer mediante el caso checo, sostiene que: 1) las supuestas naciones sin historia si pudieron desarrollar una vida histórica propia aunque no formaran un estado nacional, concretada en unas condiciones económicas, políticas y culturales concretas (Máiz, 2019, p. 380) . Esta “vida histórica propia” tendría que ver con la mediación intelectual de la burguesía checa a la hora de interpretar los ideales liberales e ilustrados de la revolución francesa, la creación de un sistema educativo nacional y una narrativa nacional, o la identificación clasista superpuesta entre los trabajadores checos (Máiz, 2019, p. 382); 2) que en unas condiciones socio-económicas y políticas (industrialización, liberación del campesinado, revoluciones burguesas) tienen la posibilidad de desarrollarse como “naciones con historia” o de poseer un creciente autogobierno (Máiz, 2019, p. 380). En el caso checo, utiliza como ejemplo de estas condiciones el desarrollo de una clase burguesa autóctona que durante la industrialización desplazó la hegemonía de la burguesía alemana y sentó las bases de la revolución nacional. En este ejemplo, Chequia se convierte en “nación con historia” como producto de un bloque-alianza nacional de clases mayoritaria (Máiz, 2019, p. 382); 3) que dentro de un estado cabe la posibilidad empírico-normativa de que convivan y puedan convivir distintas identificaciones nacionales, siendo necesario superar la lógica monista del estado nacional y de las nacionalidades así como sus prácticas de asimilación o secesión (Máiz, 2019, p. 380); siendo necesario 4) un estado federal de las nacionalidades que permita la acomodación de las naciones y evite el dominio entre ellas.

Bauer diferencia dos tipos de naciones no históricas principales: 1) la comunidades nacionales ubicadas en un estadio primitivo económico cultural, que carecen de clases generadoras de una

cultura superior debido a la carencia de cambios sociales y estructurales en su interior; y 2) las no integradas en el nuevo país portador de una cultura extraña a pesar de haber alcanzado una cultura superior históricamente, y que debido a la desaparición de las clases dominantes autóctonas mediante fenómenos de asimilación, exterminio o centralización administrativa ya no poseen un rango cultural superior (García-Pelayo, 1977). Bauer explica que en una realidad plurinacional como la del Imperio Austrohúngaro pueden convivir naciones sin historia y naciones con historia:

“A comienzos del siglo XIX, contaba Austria, si prescindimos por el momento de Hungría, con tres naciones históricas: los alemanes y los italianos, que tenían una burguesía y una nobleza y los polacos, que a través de la nobleza, poseían el carácter de nación histórica; los checos, rutenos y eslovacos podían considerarse todavía como naciones sin historia... En Hungría, solo los magiares y los croatas, a causa de su nobleza y los alemanes, a causa de su burguesía, eran naciones históricas; por el contrario, los eslovacos, serbios, rumanos y rutenos, sin participación alguna en las clases dominantes, eran culturalmente naciones sin historia y, políticamente, sin derechos constitucionales algunos. La nobleza eslovaca había sido lentamente magiarizada, la checa alemanizada y la rutena polonizada”(Bauer; citado en García-Pelayo, p. 53-54).

Como vemos, el caso checo aparece como ejemplo del “despertar de las naciones sin historia”. Durante la Baja Edad Media, Bohemia mantuvo un amplio desarrollo cultural y económico que, tras la defensa de la identidad nacional en la guerra de los *hussitas* desplazó a los alemanes de las posiciones político-económicas y produjo la adquisición de una conciencia sobre su peculiaridad nacional (García-Pelayo, 1977). En su vinculación con los Habsburgo en 1526, se produce una lucha entre los estamentos y el rey (y su institucionalidad alemana) que deriva en el castigo del uso del alemán y la imposición del checo desde los nobles (García-Pelayo, 1977). En 1618 se produce la supresión de la libertad religiosa, lo que provoca la sublevación de una comunidad nacional volcada con la Reforma (opuesta al catolicismo austríaco) y la deposición del emperador (García-Pelayo, 1977). Durante la derrota en la batalla de la montaña blanca (1620), se produce la confiscación de tierras de la nobleza sublevada por parte del ejército imperial alemán (con generales españoles e italianos...) y la anulación del estamento nobiliario nacional por una capa de orígenes heterogéneos (García-Pelayo, 1977).

La posterior homogeneización en una cultura alemanizada solapada y no integrada al pueblo checo acentuó la servidumbre campesina y provocó la pérdida de la nobleza y la burguesía (cuyo estrato superior emigró), lo que conllevó la reducción de la nación checa a campesinos, artesanos y jornaleros incapaces de portar una cultura nacional superior: “Sin nobleza y sin

burguesía, la nación checa pierde su cultura y desaparece (por dos siglos) de la escena de la historia” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 57). Posteriormente a los hechos se produce una cuasi exclusión/extinción en el ámbito oficial y literario de la lengua checa, situando al elemento lingüístico como el reflejo del proceso de un fraccionamiento nacional que genera un proceso de diferenciación dialectal en el que el checo pasa a ser solo hablado por las clases despreciadas (en pequeños círculos campesinos), y un patrón político centralizador por el que la nobleza transformó sus posiciones política hacia la integración en el estado (en la administración o en el ejército) propuesta por la dieta estamental (García-Pelayo, 1977). El pueblo checo será inexistente a nivel político-estatal, derivándose un régimen de servidumbre mediante una jurisdicción señorial que dejaba a la nobleza como su única mediadora respecto del estado.

El despertar nacional checo vendrá determinado por una serie de factores, principalmente, con la abolición de la servidumbre (1781) por parte de la jurisdicción estatal, que convertirá al campesino en súbdito directo (libertad de movimiento, pago tributos, fuerza de trabajo, servicio militar) (García-Pelayo, 1977). La asunción de esta medida por un estado desconocedor de la lengua checa, hizo de la promoción lingüística una necesidad durante el siglo XVIII (cátedras en la academia militar, escuela ingenieros y universidad de Viena, obligatoriedad conocimiento en funcionarios...). Con el desarrollo del capitalismo febril, se producen una serie de consecuencias como: 1) el odio hacia los patronos germanos-germanizados por parte del proletariado organizado en el movimiento obrero (1840), un fenómeno de la conversión del odio de clase en odio nacional contra el alemán; 2) la confrontación contra la competencia de las grandes fábricas de la pequeño-burguesía; o 3) el descontento de los campesinos hacia los propietarios germanizados y la burocracia, la cual mantenía prácticas paternalistas procedentes del despotismo ilustrado en los inicios del sistema económico liberal (García-Pelayo, 1977). Entonces se produce una insatisfacción generalizada:

“Todos los antagonismos sociales en el país se manifiestan como antagonismos nacionales, pues las clases dominantes se han convertido lentamente en alemanes. El odio contra la burocracia, la nobleza y las clase capitalista tenía que manifestarse, necesariamente, como odio de los checos contra los alemanes; si las masas de abajo habían tomado conciencia de sí mismas y se creían tanto como los ricos y poderosos, esto tenía que conducir a que se contrapusiera a la nacionalidad alemana, la checa, al idioma señorial alemán, el idioma popular checo como equivalente ” (Bauer, 1979; citado en López, 2011).

En dependencia de estas transformaciones económicas, políticas y culturales, el pueblo checo tomó conciencia de su particularidad nacional, iniciando un proceso de dignificación y

autoevaluación nacional (recepción ideas del romanticismo alemán y de Herder, historiografía sobre su pasado histórico, movimientos literarios...) que acabaría por extender un relato nacional en la sociedad. Se produce una penetración de la conciencia nacional en lo social: con la enseñanza primaria en checo a las nuevas generaciones, fortalecedora de la tradición cultural transmitida de forma precaria en el campesinado; el impulso desde una inteligencia no privilegiada cercana al pueblo (maestros, clérigo) y capaz de convertir una semicomprensión del sentimiento nacional en conciencia nacional; la unión tardía de otras profesionales (médicos, funcionarios) de ascendencia campesina artesanal, que empiezan a desarrollar un sentimiento de insolencia con la nobleza y a sentir el alemán como insoportable; o el desarrollo superior de una literatura cultura checa (con capacidad de traducción de obras universales) que demuestra al checo como una lengua compleja discursivamente, la unificación dialectal, los estudios nacionales en checo, el desarrollo de un amplio asociacionismo cultural o medios de prensa (García-Pelayo, 1977).

5.7 Concepto no esencialista de nación

La definición de nación en Bauer (1979) ha dado lugar a un conjunto de equívocos que han tildado a la misma con adjetivaciones diferentes, mismo opuestas entre sí (“nacionalista”, “psicologicista”, “materialista”): “Nación es un conjunto de seres humanos vinculados por una comunidad de destino en una comunidad de carácter” (p. 142). Bauer (1979) introduce una serie de tensiones teóricas y ambigüedades conceptuales, que como hemos señalado en el conjunto de oposiciones realizadas hace de su idea de nación una idea desubstancializada e inesencial:

“Pero ahora es menester captar más tajantemente el concepto de comunidad de destino. *Comunidad no significa mera homogeneidad*. Así, por ejemplo, Alemania pasó en el siglo XIX por el mismo proceso de desarrollo capitalista que Inglaterra. En ambos países, las fuerzas que actuaron en este sentido e influyeron esencialmente en el carácter de los seres humanos fueron las mismas. Pero no por eso se convirtieron los alemanes en ingleses, pues *comunidad de destino no significa sometimiento a un mismo destino, sino vivencia común del mismo destino*, en permanente comunicación y continua interacción recíprocas. Ingleses y alemanes vivieron el desarrollo capitalista, pero en diferente época, en diferentes lugares y sólo en laxa relación mutua. De este modo, las mismas fuerzas motrices los hicieron parecerse más que antes, pero jamás los habrían convertido en un pueblo. No es la homogeneidad de destino, sino sólo la vivencia y padecimiento comunes del destino, la comunidad de destino, lo que genera la nación.[...] Sólo el destino vivido en recíproca interacción general, en permanente relación mutua, engendra la nación” (p. 121-122).

La teoría explicativa de los procesos de construcción nacional de Bauer, condensada en su

definición de la nación como “comunidad de destino que genera una comunidad de carácter” (Bauer; citado en Máiz, 2019, p. 383) o “totalidad social que a través de una comunidad de destino articula o integra a los hombres en una comunidad de carácter” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 22) integra tres conceptos clave (“comunidad cultural”, “destino nacional” y “carácter nacional”) interrelacionados con un conjunto de factores interactivos: 1) económicos, relacionados con la lucha por la existencia y las transformaciones producidas en las relaciones de producción, las fuerzas productivas y las relaciones laborales; 2) culturales: correspondidos con la transmisión intergeneracional de los bienes culturales o la ampliación de la comunidad cultural a las clases emergentes (proletariado); y 3) políticos, relacionados con los conflictos de clase y nacionales alrededor de la configuración de un estado centralista (lucha por el sufragio, escuela, servicios públicos...) (Máiz, 2019, p. 383-384).

La nación como comunidad cultural es entendida como un complejo dependiente de los procesos de diferenciación social continua, de la evolución de las condiciones materiales en las que el ser humano produce su sustento vital y de la distribución (desigual) del resultado de su trabajo (Máiz, 2019). Se forma intergeneracionalmente un sustrato material e inmaterial a través de la transmisión creativa de los bienes culturales, produciéndose un destino (“destino nacional”) compartido de los connacionales, traducido en una (relativa) “comunidad de carácter (“carácter nacional”)” (Máiz, 2019, p. 84). En el prólogo a la segunda edición de su obra, Bauer (1979) se para en el concepto de “carácter nacional” y declara su atención explicativa, no en el dato y la fotografía de lo nacional, sino en el proceso y el movimiento por el que surge:

“La nación es una comunidad de carácter relativa; es una comunidad de carácter puesto que en la gran masa de connacionales de determinada época puede observarse una serie de connotaciones concordantes, [...], peculiar de cada nación, que la diferencia de otras naciones; no es una comunidad de carácter absoluta, sino sólo relativa, puesto que cada connacional, [...], tiene además, y sin embargo, connotaciones individuales (y de lugar, clase y profesión) que lo diferencian de los otros. [...] carácter nacional significa una posesión común relativa de las connotaciones del modo de obrar de cada individuo, y en modo alguno una explicación de esos modos individuales de obrar. El carácter nacional no es una explicación, sino algo por explicar. Con la constatación de la diferencia entre los caracteres nacionales la ciencia no ha resuelto el problema de la nación, sino que solo lo ha planteado. Cómo surge aquella comunidad de carácter relativa y de dónde proviene el hecho de que todos los connacionales, con toda su recíproca diversidad individual, concuerden sin embargo en una serie de connotaciones, y, a pesar de toda su homogeneidad física y espiritual con otros seres humanos, se diferencien sin embargo de los miembros de otras naciones: esto es justamente lo que tendrá que comprender la ciencia” (p. 27).

La metodología de Bauer privilegia a la explicación de los factores que integran el complejo proceso de construcción nacional sobre las versiones genealógicas de la nación, entendiendo a esta como un proceso histórico y no como la constatación de una diferencia numerable según una serie de elementos diacríticos o empíricos:

“De hecho, el centro de gravedad de mi teoría de la nación no está en la definición de la nación, sino en la descripción de aquel proceso de integración de donde surgió la nación moderna. Si mi teoría de la nación puede reivindicar un mérito, éste es el de haber derivado por primera vez este proceso de integración del desarrollo económico, de las modificaciones de la estructura social y de la articulación en clases de la sociedad. Mostré que este proceso de integración de las épocas feudal y capitalista temprana sólo pudo vincular en una comunidad cultural nacional a las clases dominantes; que por eso en aquellas épocas dicho vínculo no se pudo consumir en absoluto dentro de aquellos pueblos que vivían bajo la dominación de clases extrañas a ellos. Mostré además como recién con el desarrollo ulterior del capitalismo ese proceso de integración también abarca a las masas populares; cómo esto quiere decir para las naciones históricas la ampliación de la comunidad cultural nacional, y cómo para las naciones sin historia que vivían bajo clases dominadoras extrañas al pueblo, recién significa el surgimiento de la comunidad cultural nacional, el ‘despertar de las naciones sin historia’. Y esta derivación del proceso de integración nacional a partir del desarrollo económico y social tiene para nosotros -según mi parecer- interés no sólo teórico sino también práctico” (Bauer, 1979, p. 19-20).

Se produce una articulación bidimensional en la teoría de Bauer que explica el surgimiento de la conciencia nacional en la modernidad capitalista (Máiz, 2019): a) una “dimensión materialista” referida tanto a la evolución de las condiciones materiales de producción y reproducción de la existencia como a las transformaciones cualitativas provocadas por la industrialización capitalista, cristalizada en el conflicto clasista en torno a la posición ocupada en las relaciones de producción; y b) una “dimensión cultural” ubicada en la transmisión intergeneracional de unos bienes culturales específicos, representada en las luchas por la inclusión y la participación activa de la clase trabajadora en la comunidad cultural (Máiz, 2019, p. 384).

Bauer se decanta por una reformulación de la segunda acepción kantiana del término *Gemeinschaft* (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019), entendido como “*commercium*”⁵⁵, es decir, como “interacción social recíproca” en la libertad moderna (Máiz, 2019, p. 385). La relación recíproca (*Verkehr*) entre las acciones humanas históricas constituyen a la comunidad de cultura

55 La primera acepción de Kant en su filosofía del derecho es "communio". Según García-Pelayo (1977, p. 24), esta segunda acepción es explorada por Bauer cuando trata la conciencia nacional, a la que explica como "una articulación de la nación con las representaciones de mi yo" o "como un pedazo de mi mismo, la peculiaridad nacional como un pedazo de mi carácter".

nacional moderna, hacia la que Bauer mantiene la separación realizada por Ferdinand Tönnies (2007) entre la *Gemeinschaft* y la *Gesellschaft*⁵⁶ (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019), defendiendo su irreductibilidad a una agregación de individualidades competitivas (Máiz, 2019):

“[...] Yo veo la esencia de la sociedad en la cooperación de los seres humanos bajo un estatuto exterior, y la esencia de la comunidad en el hecho de que el individuo, en cuanto a su ser espiritual y físico, es producto de innumerables interacciones entre él y los demás individuos ligados en una comunidad, y por ende forma de manifestación del carácter comunitario en el carácter individual. La comunidad, por supuesto, sólo puede surgir a condición de que esté dado un estatuto exterior -por lo menos la lengua, como Stammler nos enseña-, o sea la sociedad; pero, por otra parte, la sociedad presupone a su vez comunidad, o al menos, como mostró Max Adler, la comunidad de la ‘conciencia den general’. Finalmente, el estado sólo es una de las formas de la sociedad, así como el derecho que se apoya en un poder exterior sólo es uno de los tipos de estatuto. Más estrecho aun es el concepto de estado moderno que surgió con la producción mercantil y desaparecerá con ella” (Bauer, 1979, p. 134-135).

Bajo influencia del neokantismo, Bauer otorgará a la comunidad nacional una función “necesaria” de mediación entre el individuo y la estructura social que la ubica como una dimensión fundamental en la socialización humana, y “que no existe en virtud de un estatuto exterior, sino que por lógica, y no históricamente, preexiste a todo estatuto” (López, 2011, p. 20). Las formaciones nacionales no son tanshistóricas e independientes del espacio-lugar en el que surgen, sino que ontológicamente determinantes en la formación de un contexto cultural de decisión para los seres humanos. Bajo estos presupuestos metodológicos, la subjetivación de lo nacional pasaría entonces a ser el resultado de un proceso de socialización en unos determinados contenidos históricos, produciéndose un dualismo en su conceptualización entre un apriorismo social humano, que roza cierto “inmanentismo antropológico” (López, 2011), y un historicismo no determinista, que sujeta a una serie de condiciones materiales a las formaciones nacionales. Al respecto de este supuesto metodológico, Bauer (1979) plantea en la segunda edición de su libro que lo nacional debe ser objeto de estudio desde una “teoría de las formas sociales” (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019; López, 2011) que explique el surgimiento de las distintas formas de agrupación social dependientes de las fuerzas productivas y los grupos configurados en torno a una diversidad de caracteres individuales.

Bauer ofrece un “comunitarismo limitado”, que entiende a la nación como un “proceso

56 Mantiene esta conceptualización en respuesta a una crítica de Kautsky, mantenida en 1908 en la *Die Neue Zeit* ("Bemerkungen zur Nationalitätenfrage", vol. I, núm. 23). La distinción se basaría en función de la exterioridad/interioridad del vínculo que une a los miembros integrantes, es decir, por la vinculación según reglas exteriores a ellos (acción, pensamiento, fonéticas) o por la vinculación interior (fuerza interna en cada miembro). En ambas, los "miembros mediadores" articulan 1) fuerzas y relaciones de producción con 2) contenidos concretos de conciencia individual (García-Pelayo, 1977, p. 25).

histórico contingente e indeterminado” sujeto a las relaciones de producción capitalistas y a los conflictos políticos modernos, que van desde la construcción del estado moderno mediante el monopolio del poder político a la generación de una cultura propia diferenciada y excluyente de las clases emergentes (Maiz, 2019, p. 385). Bauer defenderá un “ser nacional cambiante”, esto es, una “conciencia nacional” que pasa a ser una “producción azarosa, compleja y multicausal” de carácter “procesual, abierto y ateológico”(Maiz, 2019, p. 385-386).

Esta defensa del “carácter relativo de la conciencia nacional”, la “comunidad de carácter relativo” o el “carácter nacional relativo” le lleva a comprender la nación como un conjunto de características (valores, actitudes, mitos, símbolos) compartidas y disputadas que se producen en la lucha por la existencia material de una comunidad cultural de destino histórico (Maiz, 2019, p. 386). El “carácter nacional⁵⁷” baueriano, propio de una visión antiesencialista de la nación, se caracteriza por ser: 1) el resultado, no la causa, de un proceso de construcción nacional; 2) parcial y relativo, interno a una comunidad de carácter donde compiten múltiples identificaciones (religiosas, clase, género...) e incapaz de abarcar las modalidades de carácter individual, con la posibilidad de ser compartido por otros pueblos; 3) modificable y cambiante históricamente, configurado en la modernidad, siendo concretado según las condiciones históricas y no un dato permanente a una substancia (“precipitado de la historia”); 4) interactivo, plural y heterogéneo, opuesto a la “homogeneidad de carácter” presente en otras identificaciones (de clase, profesionales) de tal modo que posibilita la heterogeneidad de carácter de los miembros individuales; y 5) articulador de intereses y emociones, siendo un proceso interactivo en el que el carácter nacional se manifiesta desde el un mundo representativo y volitivo, condicionando a la conciencia y la voluntad (Maiz, 2019, p. 386-387).

Para Bauer, este carácter nacional se caracteriza por su diversidad manifiesta en las distintas respuestas a un mismo estímulo, la selección y abordaje de objetivos, las ideas de bien o las intuiciones ético-estéticas, y a su vez, se vincula comunitariamente de tal modo que aparece en el distinto enfrentamiento de las naciones a los mismos problemas, constituyendo así una especificidad en las modalidades nacionales de lucha, de pensamiento moderno o de desarrollo capitalista (García-Pelayo, 1977). Esta interpretación de los contenidos nacionales se aleja de las concepciones nacionalistas o comunitaristas, tal como explica Bauer (1979):

57 García-pelayo (1977) menciona, de forma ventajista a Bauer, una solución a la confusión del término utilizado: "Quizá se aclararía el problema si se considerará el carácter nacional como un Gestalt o totalidad, en la que las notas de carácter específica que la integran pueden darse en otros países, pero que adquieren una significación distinta al integrarse en una estructura diferente" (p. 22).

“El capitalismo moderno ha nivelado los contenidos culturales materiales de las diferentes culturas nacionales. Pero, sin embargo, las singularidades nacionales todavía siguen teniendo efecto en el modo de apropiarse, representar, vincular, aprovechar, y continuar desarrollando esos mismos contenidos culturales materiales. [...] La misma teoría de la relatividad [...] en Alemania tiene que superar trabas intelectuales muy distintas que en Inglaterra; [...] La misma corriente de moda recorre la creación literaria de todos los países, pero el expresionista ruso cuenta el mismo suceso de manera distinta que el francés. El mismo movimiento obrero surge en todos los estados industriales, pero [...] la clase obrera italiana reacciona de manera distinta que la escandinava. Esto es lo que tengo en mente cuando hablo de “carácter nacional”. Con ello no quiero expresar aquellas imágenes mentirosas de la demagogia nacionalista, que sólo en el propio pueblo descubre héroes y mercaderes en el ajeno. Más bien quiero expresar aquellas diversidades, solamente asequibles a un análisis psicológico mucho más fino y que aparecen en la estructura básica del espíritu, en el gusto intelectual y estético, en el modo de reaccionar a los mismos estímulos, cosas en que fijamos la atención si comparamos la vida espiritual de las diferentes naciones, su ciencia y su filosofía, su poesía, música y arte plástica, su vida pública y social, su estilo y sus hábitos de vida”(p. 10).

El carácter aparece en la idea de Bauer como el hecho diferencial de las naciones entre sí, como aquel “complejo de notas somáticas y espirituales en las que participan los miembros de la nación y que los diferencian de los de otras” (García-Pelayo, 1977, p. 22), formando la comunidad de carácter nacional. Este aparece determinado por el destino y las circunstancias generadas en momentos históricos previos, como “lo histórico en nosotros” (Bauer, 1979, p. 131), produciendo la vinculación de connacionales de distintas etapas históricas:

“El carácter nacional es modificable. La comunidad de carácter vincula a los miembros de una nación durante determinada época, pero de ningún modo a la nación de nuestro tiempo con sus antepasados de hace dos o tres siglos. Cuando hablamos de un carácter nacional alemán nos referimos a las connotaciones caracterológicas comunes de los alemanes de determinado siglo o decenio” (Bauer, 1979, p. 25).

Este aparece como un punto de socialización del ser humano, configurando su subjetivación de la realidad social, y se constituye socialmente a través de la observación de fenómenos empíricos como las formas de acción de los connacionales de una época. Se trata de un producto de la historia manifestado como apariencia, como “poder histórico autónomo”, siendo simultáneamente producto y productor de las modalidades históricas (García-Pelayo, 1977, p.

23).

La comunidad de carácter nacional es producida por una “comunidad de destino⁵⁸” que Bauer entiende como: a) la vivencia común y conflictiva del mismo, no su “homogeneidad” interna; sino como b) su sujeción a alteraciones (económicas, políticas, culturales) que transforman el “carácter nacional” (Máiz, 2019, p. 387). Bauer comprende una distinción entre la “homogeneidad de destino” y la “comunidad de destino”, entendidas respectivamente como la pluralidad de personas sometidas a un mismo destino independientemente de la relación entre los miembros y “las vivencias comunes de un mismo destino en continuo tráfico e interacción recíprocas” (García-Pelayo, 1977, p. 24). A partir de esta distinción plantea una conceptualización de las comunidades de carácter (nacional y de clase) según la complejidad y intensidad de la relación en la que se base: en el caso de lo nacional, vendría activada por la comunidad de destino (lengua, prensa, acontecimientos) mencionada, mientras que la comunidad de carácter de clase vendría activada por una homogeneidad de destino transnacional: “la nación, por tanto, no puede ser definida por la homogeneidad de destino, sino por la comunidad de carácter despertada por la comunidad de destino” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 25).

La mayor laxidad (complejidad e intensidad) de las relaciones en la nación pasan por el uso de una lengua común, fenómeno que aborda Bauer de forma interesante a nuestro parecer. Para Bauer (1979), toda nación constituye una comunidad lingüística, o lo que es lo mismo, existe una relación correlativa entre lo nacional y lo lingüístico, que hace de este un elemento constitutivo de la nación siempre y cuando se articule con más factores (García-Pelayo, 1977). La comunidad de lengua posee un carácter ampliado de la comunidad de destino y derivado de la comunidad cultural, lo que hace que no pueda constatar por sí misma la existencia de lo nacional. A través del ejemplo de la dispersión territorial y la fragmentación lingüística, Bauer (1979, p. 14-21) explica que la riqueza lingüística puede influir en la laxidad de las relaciones, mientras que simultáneamente la expansión y necesidades de las relaciones pueden afectar a la lengua. El austromarxista aborda el proceso histórico de las comunidades lingüísticas exponiendo su 1) inicial proceso de diferenciación lingüística originaria en dialectos y 2) su posterior reunificación lingüística como procesos simultáneos al a) fraccionamiento de la

58 Se trata de un término polisémico: tuvo distintos usos y renovaciones conceptuales en Nietzsche y Von Hartman. Este último lo concibió como "corriente del acontecer" sentida como algo ni buscado, ni querido o como resultado no merecido. En Bauer aparece indefinido, pero si aparece considerado como una concreción histórica: un conjunto de condiciones producidas por un pasado histórico ajeno a su voluntad, dado y condicionante de la existencia a la vez que modificable por las nuevas generaciones (García-Pelayo, 1977, p. 24)

comunidad de destino originaria y b) la reintegración en una nueva unidad de destino (García-Pelayo, 1977, p. 25-26). La comunidad lingüística es entonces el producto de un proceso de diferenciación e integración paralelo a la comunidad de destino, constituyendo un fenómeno parcial de la comunidad cultural:

“la comunidad de lengua es producto de un complicadísimo proceso de diferenciación e integración. La disolución de la comunidad de destino conduce a una diferenciación cultural y, con ello, lingüística. La comunidad de lengua es tan solo un fenómeno parcial de la comunidad cultural y un producto de la comunidad de destino” (Bauer; citado en García-Pelayo, p. 25-26)

Por otro lado, la naturaleza política y estratégica de la idea de nación baueriana entiende que, si bien la historia de lo nacional se corresponde con la “exclusión fundacional de las clases populares”, equivaliendo la cultura nacional a la cultura de las élites, esta también es la historia por la ampliación y transformación progresiva de la comunidad cultural nacional (Máiz, 2019, p. 388). Late entonces una visión del sujeto, según la cual el proletariado pasa a ser el agente histórico encargado de la ampliación de la comunidad cultural en el capitalismo moderno. El proletariado ha de convertirse en clase nacional, para así conseguir una “auténtica comunidad cultural nacional”. En este horizonte estratégico para el socialismo democrático, Bauer defenderá una “política evolucionista nacional” (Máiz, 2019) con capacidad de intervención en lo nacional mediante la lucha por el “desarrollo del conjunto del pueblo en nación” (Bauer; citado en Máiz, 2019, p. 389). La comunidad cultural nacional compartida implica una “comunidad de destino” heterogénea (no homogénea en su interior, que implique “sometimiento al mismo destino”) y generadora de una “comunidad de carácter”, donde se albergan distinciones sociales, de clase o nacionales, y donde se producen distintos niveles de apropiación de los bienes culturales e interpretaciones de lo “nacional” (Máiz, 2019, p. 390-391).

Bauer formula una hipótesis interpretativa sobre la posibilidad de superposición entre identificaciones nacionales y de la existencia de varias naciones en un mismo estado (Máiz, 2019, p. 390). Según este, en la modernidad los individuos pueden agruparse en múltiples identificaciones nacionales (superpuestas, no solapadas) debido a la cohabitación de distintas naciones bajo las fronteras territoriales del estado. Bauer vivía en un mapa territorial caracterizado por la pluralidad étnica y nacional, en donde los grupos nacionales dominantes por territorio equivalían a una minoría nacional (alemanes de Cisleitania=36% población, magiares en Hungría<50%) (Máiz, 2019, p. 390). Y es que el austromarxista constataba como un hecho empírico novedoso la heterogeneidad cultural e identitaria del Imperio austro-húngaro, producto

del conjunto de personas llegadas de los movimientos migratorios provocados por las crisis y la guerra (Máiz, 2019, p. 391). Este hecho es, a su parecer, incompatible con los esquemas monistas incapaces de plantear el mestizaje cultural la posibilidad de acomodación de las minorías nacionales a un estatuto cívico (Máiz, 2019).

Debemos añadir en lo referido a las identificaciones nacionales que Bauer establece una diferenciación entre formar parte de la nación, tomar conciencia de la pertenencia y el sentimiento acompañante que lo acerca a las perspectivas contemporáneas, en tanto que entiende que la identidad nacional implica un sistema de representaciones particular mediado a través de una función relacional con un “otro” o “extraño” (García-Pelayo, 1977, p. 27-28). A la nueva conceptualización sobre la construcción del sujeto político le subyace un principio de individualidad nacional (García-Pelayo, 1977; López, 2011) delimitado por el “nosotros/ellos”, lo “propio/ajeno” o el “amigo/enemigo” (Máiz, 2019), implicando una apertura de los marcos interpretativos marxistas hacia el entendimiento de las lógicas de conformación propias de la política (Laclau, 2016; Laclau, Mouffe, 2015). Se produce una tensión teórica entre la visión prepolítica del sujeto histórico en el marxismo, correspondido con la posición en las relaciones sociales de producción, y la índole política de cualquier sujeto, correspondida con la necesidad de articulación entre diversas posiciones para la constitución de una voluntad.

Frente a la alternativa asimilacionista y homogeneizadora de los planteamientos monistas, Bauer entiende a la nación como un “espacio doblemente inesencial” (Máiz, 2019, p. 391) que, por un lado, implica una matriz plural de interpretaciones culturales con identificaciones superpuestas; y por otro, rechaza la aplicación de un principio territorial puro, puesto que si se entiende que un territorio cohabitado por varias nacionalidades es propiedad de una mayoría nacional concreta [“si vives en mi territorio estás sometido a mi legislación y a mi lengua” (Renner, 1994; citado en Máiz, 2019, p.392)] se producirá una opresión entre las nacionalidades (Máiz, 2019).

Otto Bauer identifica posiciones axiológicas nacionalistas y racionalistas en los principales estratos sociales (burguesía, proletariado) de su momento (García-Pelayo, 1977). Esta identificación es dependiente del momento histórico, pudiendo producirse el paso de una posición a otra por parte de un estrato e la sociedad según la coyuntura (García-Pelayo, 1977). Ambas posiciones axiológicas están polarizadas, son divergentes y antagónicas, disputándose simultáneamente el sentido común de la sociedad en la que operan, lo que hace que posible su coincidencia epocal. De estas dos posiciones representadas en sujetos contrapuestos se derivan

dos prácticas políticas nacionales: 1) la política conservadora, basada en la fijación de la peculiaridad nacional en el estatus quo presente mediante la ascensión como interés general de convicciones sobre la estratificación social del momento; y 2) la política nacional evolutiva, que entiende la mutabilidad de la peculiaridad nacional hacia nuevas configuraciones y la extensión del área participativa cultural al pueblo entero (García-Pelayo, 1977).

En la modernidad se producen una serie de condiciones (como el conocimiento directo e indirecto entre las naciones) que posibilitan la emergencia de la conciencia nacional, la cual, a pesar de aparecer como un elemento necesario en el devenir histórico de la nacionalidad como actor político, no explica por sí sola la existencia de la nación (García-Pelayo, 1977). La conciencia nacional articula un conjunto de sentimientos y emociones particulares (amor, nostalgia), mayor o menormente intensas según el desarrollo cultural o la clase social, produciendo un sujeto que se autoidentifica como connacional (identificación entre el “yo” y la nación) (García-Pelayo, 1977). La identificación nacional se produce en buena medida desde posiciones axiológicas (“nacionales”, valga la redundancia) que privilegian la particularidad nacional, contraponiéndose a las posiciones axiológicas “racionalistas⁵⁹”, caracterizadas por la estimación de los objetos y fenómenos en función de su capacidad de medios para lograr un objetivo ideal o moralmente superior (García-Pelayo, 1977, p.28):

“Valioso, bueno y justo es, para nosotros, lo que es el medio adecuado para conseguir un fin (zweck) definido; y el fin definido se nos muestra, a su vez, como valioso, como bueno y como justo cuando se muestra, por su parte, como medio para obtener un fin superior, subordinado a un ideal. Esta modalidad de valoración surgida de la elección intelectualmente fundamentada de un medio para un fin superior, el ideal moral, es la modalidad axiológica del racionalismo” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 28).

Según Bauer, ambas posiciones axiológicas están arraigadas en el ser humano de modo contradictorio, y dependiendo de la personalidad o la situación dentro de la estructura social de cada persona prevalecerán: 1) las nacionalistas, en tanto que el ser humano es un ser “causalmente articulado” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 28) en la nación; y 2) las racionalistas, debido a que el ser humano se plantea fines y medios que ordenan lógicamente

59 Debido a la tradición filosófica hegemónica de su tiempo, no entrada en la razón técnica, Bauer no establece una separación entre una separación entre racionalidad axiológica y tecnológica (si hecha por Max Weber), logos y momos o racionalidad-moralidad. En un ensayo posterior, "Rationalisierung-Fehlrationalisierung", abordará la racionalidad técnica defendiendo en su hipótesis interpretativa que la racionalización empresarial (lógica de ganancia en el avance tecnológico) se corresponderá con la irracionalidad de la sociedad global, y que el proyecto socialista democrático será el más capacitado para superar tal contradicción (García-Pelayo, 1977).

conscientemente sus acciones (García-Pelayo, 1977). Puesto que toda formación concreta de la particularidad nacional es el resultado de una estructura histórica previa favorable a las clases dirigentes, esta contradicción individual se hará latente en la totalidad de lo social. Bajo estos supuestos⁶⁰, Bauer visibiliza 2 escenarios: a) uno en donde predominan los valores nacionalistas sobre los racionalistas; y b) otro en donde predominan los valores racionalistas sobre los nacionalistas (García-Pelayo, 1977). Escenarios simultáneamente correspondidos con las dos principales clases sociales existentes en la estructura social de la nación, ambas incluidas o excluidas de la comunidad cultural según su acceso al poder político y económico (propiedad y poder): 1) la clase “verdaderamente nacional” (burguesía), propietaria de los medios de producción y depositaria del poder político que goza y crea los bienes culturales nacionales; y 2) la clase “no propiamente nacional” (proletariado), ocupada de la sustentación de la nación a la vez que excluida del disfrute de los bienes culturales, o en los términos que García-pelayo recupera de Toynbee, “ese estrato sustentador” que “está” en la nación pero no “es” de la nación (García-Pelayo, 1977, p. 29) .

El primer escenario es propio de las clases altas en épocas de amenaza revolucionaria, en donde identifican lo nacional con lo existente (García-Pelayo, 1977). Al contrario de la etapa histórica feudal, en donde las posiciones contrarias a la burguesía se articulaban como la defensa del “*volksgeist*”, identificando a la democracia con los valores extranjeros e intrusos y estableciendo fronteras interiores a la comunidad entre buenos/malos, en el capitalismo moderno el proyecto socialista pasa a ser calificado como “antinacional” (García-Pelayo, 1977, p. 29). De este se deriva una práctica política nacional, la “política conservadora”, basada en la defensa del orden existente mediante la encarnación como interés general del interés particular de las clases dominantes, de modo que “los valores nacionales son convertidos en instrumento de la lucha de clases” (García-Pelayo, 1977, p. 29)

Inspirado en la idea marxiana planteada en el manifiesto comunista de la “exaltación” del proletariado a “clase nacional” para la “conquista del poder político”, y en la idea kantiana de la sumisión de la totalidad de lo existente al “tribunal de la razón”, Bauer identifica la correspondencia del segundo escenario (valores racionalistas) con la emergencia de las clases populares en épocas de ascenso socio-nacional (García-Pelayo, 1977, p. 30). Estas clases populares están en condiciones de exclusión debido una histórica opresión y miseria nacional,

60 En su tesis sobre el "despertar de las naciones", Bauer reconfigura y complejiza este supuesto, identificando en estas comunidades nacionales a las clases dirigentes como "desnacionalizadas" o "asimiladas" y a las clases populares como portadoras de la cultura tradicional. Estas últimas, en un determinado contexto de desarrollo socio-económico tomar parte activa en la transformación del estatus quo (García-Pelayo, 1977).

hecho del que se deriva la necesidad hacia una posición axiológica racionalista que tenga como fin ideal la ruptura con la realidad social existente. Esta posición es condición de posibilidad para que desarrolle la lógica progresiva de ampliación en la comunidad de cultura, y así devengan en “auténticos” miembros de la nación (García-Pelayo, 1977, p. 30). La lucha de clases, es por lo tanto la única vía por la que los estratos inferiores pueden devenir como connacionales activos, y su práctica política será la “política nacional evolutiva”, que entiende la mutabilidad de la peculiaridad nacional hacia nuevas configuraciones y la extensión del área participativa cultural al pueblo entero: “no solo se trata de desarrollar la nación, sino de desarrollar el conjunto del pueblo hacia la nación” (Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 31).

5.8 Propuesta de federalismo plurinacional

En la obra de Bauer se integra una concepción relacional (complementaria) entre el estado y la nación que entiende a ambos como productos simultáneamente artificiales y naturales (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019;). Ambos elementos incorporan dimensiones causales y teológicas, estando sujetos simultáneamente a: 1) leyes determinables científicamente (referidas a su aparición, desaparición y desarrollo); y 2) procesos políticos producto de la actividad humana, constituyendo un objeto y fines configurables y determinables (García-Pelayo, 1977). En clave de ruptura con el dualismo naturaleza-artificio (razón-emoción) eclosionado en el pensamiento moderno (Máiz, 2011), Bauer situará la contradicción entre el estado y la nación en a) la exterioridad del primero (con un derecho positivo) y b) la interioridad de la segunda (trascendencia aparato estatal-jurídico) (García-Pelayo, 1977).

Esta contradicción se hace latente en un proceso histórico, concretamente, en la formación del estado moderno. A través de la producción de mercancías y de la economía monetaria capitalistas se posibilitó la extracción de parte del producto social en impuestos para el desarrollo de un aparato militar y burocrático (proto-estado moderno). El desarrollo económico inicio las primeras ciudades-estado en Italia, constituyendo una pluralidad micro-estatal que posteriormente se extendería a otros países occidentales que procuraron mayores espacios y organizaciones más solidas (García-Pelayo, 1977). Estas fueron precedidas históricamente por ordenaciones feudales de amplios ámbitos, generando una estructura de ordenación decisoria para la futura relación entre el estado y la nación (García-Pelayo, 1977). Bajo tales presupuestos históricos se formó el estado nacional, condicionando: “si el Estado moderno ha reunido a la

nación en una sola colectividad política o si la ha escindido en innumerables territorios autónomos” (Bauer, 1977, p. 64).

El desarrollo de la sociedad productora de mercancías, que amplía las posibilidades jurídico-políticas del feudalismo, se conforma con unas formas determinadas de distribución del poder político que deciden al rey o al príncipe como beneficiarios de las posibilidades del desarrollo económico, produciéndose al respecto dos ejemplos típicos: Francia, en donde la estructura feudal centralizada derivará en el absolutismo y el posterior Estado nacional; y Alemania, cuya estructura estamental, descentralizada y dependiente de los príncipes territoriales derivó en una pluralidad de estados (García-Pelayo, 1977). En medio de estos dos modelos se desarrolló un tercer arquetipo, el estado de las nacionalidades (multinacional), en el que naciones temporalmente despojadas de órganos representativos estamentales conviven bajo una burocracia centralizada (García-Pelayo, 1977). Este último modelo de estado dual y compuesto tiene como principal ejemplo al Imperio austriaco, originado en la colonización germánica y consolidado en medio de la Reforma y la disputa geopolítica frente al Imperio Otomano.

A partir de su interpretación de la interacción y yuxtaposición de los antagonismos sociales y nacionales como consecuencia de que cada nación está estratificada socialmente de tal modo que puede albergar clases con distintas identificaciones nacionales, Bauer realiza un análisis de los movimientos e ideologías nacionalistas (García-Pelayo, 1977; Máiz, 2019). A través de ejemplos como el griego bajo el imperio Otomano, los servios, las resistencias feudales a las reformas de José II o el polaco, donde se produjo un enfrentamiento entre el campesinado y la nobleza nacionalista, Bauer observa que: 1) la dominación sobre una nacionalidad puede extenderse a 2) todos los estratos sociales de la misma, teniendo como efecto la posibilidad de que 3) un movimiento nacionalista impulsado por las clases dominantes autóctonas pretenda abarcar a la totalidad mediante la promoción de un sentimiento contrario a ese poder extraño (García-Pelayo, 1977). Los movimientos nacionalistas tienen una tendencia hacia la movilización del conjunto de la población mediante la visibilización de su condición de dominados (García-Pelayo, 1977). Esta condición es perceptible y manifiesta sin la necesidad de una construcción intelectual, lo que le otorga un enorme potencial movilizador:

“El pequeño burgués, el campesino, el obrero están en cualquier Estado, incluso en el estado nacional, bajo una dominación extraña, son explotados y oprimidos por los latifundistas, por los capitalistas, por los burócratas, pero esta dominación extraña se muestra encubierta, no es perceptible, sino que ha de ser conceptuada. La dominación nacional extraña es, por el contrario, perceptible, inmediatamente visible”

(Bauer; citado en García-Pelayo, 1977).

Esta dominación se hace mayormente insoportable cuando la propia clase capitalista pertenece a otra nacionalidad, produciéndose una identificación equivalente entre el odio clasista y el odio nacional. Bauer identifica este fenómeno de equivalencia entre el odio de clase y el odio nacional en los pueblos subdesarrollados, y lo tildará como un “pensamiento infantil” que confunde al portador del mal con su causa, produciendo conductas irracionales (García-Pelayo, 1977, p. 67). El mayor desarrollo de unas nacionalidades (*naciones con historia*) transfiere la explotación económica desde la dimensión social a la nacional, configurando un mapa de dominio sobre las naciones sin historia. Con el despertar de las naciones sin historia, la burguesía autóctona se vinculará fuertemente con la nación, produciéndose el radicalismo nacional, un instrumento racionalizado para el interés de esta en concurrir económicamente con la burguesía extranjera, al mismo tiempo que vuelve opacas las oposiciones de clase en su propia nación (García-Pelayo, 1977).

Como consecuencia de un estado basado en una concepción atomística-centralista que no reconoce a la nacionalidad como un sujeto de derecho público, las adversidades entre las nacionalidades del imperio Austro-húngaro son reflejadas en un esquema en el que la satisfacción de unas se produce en detrimento de otras (por ejemplo en la asignación de recursos o el número de diputados). A este equilibrio inestable que provocó una crisis política en el imperio se refiere Bauer:

“la lucha de cada nación por el poder sobre el estado es simultáneamente una lucha contra otras naciones: cada lucha por el poder es una lucha contra los otros competidores por el poder”, de modo que “cada nación deviene enemiga de las pretensiones de otras naciones”(Bauer; citado en García-Pelayo, 1977, p. 68).

Sólo la reforma constitucional hacía un estado democrático plurinacional que reconozca jurídicamente a las naciones mediante los principios de personalidad y territorialidad permitirá el desarrollo cultural ampliado de las mismas.

Bauer establece una serie de condiciones básicas para este rediseño democrático del estado en el imperio Austro-húngaro que procure la igualdad material, el autogobierno y la unidad del estado (Máiz, 2019). La primera es la asunción de la posibilidad práctica del “estado de las nacionalidades”, entendido como una posibilidad inmanente dinamizada por las “tendencias evolutivas internas en Austria” (Máiz, 2019, p. 393-394). El hecho empírico de una

plurinacionalidad asimétrica en el territorio del estado procuraría en el deber de establecer un pacto de convivencia pacífica entre las nacionalidades una alternativa realista. La segunda sería apostar por una “concepción orgánica” basada en la soberanía compartida entre las nacionalidades, lo que implicaría el reconocimiento de las mismas como sujetos de derecho dotados de una personalidad jurídico-política (Máiz, 2019). La tercera sería la visión de las nacionalidades como “comunidades de cultura y destino plurales, contingentes” (Máiz, 2019, p. 394). La cuarta, que el poder político se organice en base a un principio federal de autogobierno combinado con gobierno compartido, reemplazando la estructura imperial y real por un estado federal de las nacionalidades que permita la acomodación y el reconocimiento de las naciones (Máiz, 2019). La quinta condición se refiere a una fundamentación del estado federal de las nacionalidades mediada por la perspectiva de clase, que defiende la “autonomía nacional” como modelo mejor adecuado para la ampliación cultural al conjunto del pueblo o la consecución de un sistema comunitario público. Esta última fundamentación se basa en: 1) la crítica del secesionismo como un objetivo político prioritario, que supone una ilusión en tanto que asume implícitamente la fragmentación infinita de los estados, y que además no resuelve el problema democrático de las minorías nacionales, las cuales seguirán existiendo en un menor ámbito territorial; y 2) en la interpretación de que este modelo de estado es mayormente favorable a la atención de las demandas de la clase trabajadora, así como de la coordinación de las mismas, puesto que supone un espacio económico más amplio (Máiz, 2019, p. 395).

Por último, el estado de las nacionalidades implica una serie de elementos adicionales, que van desde: a) la democratización del estado monárquico de los Habsburgo, tratándose de una reformulación compleja que articula derechos individuales, sociales y políticos con derechos colectivos culturales y políticos, y que plantea una serie de garantías internas del pluralismo (Máiz, 2019); b) a la reinterpretación del derecho unilateral de autodeterminación o “secesión”, fundamento del principio de las nacionalidades. Se trataría de un principio de “autodeterminación interna” basado en un doble eje: un concepto no nacionalista de nación y un estado que se organice en torno a la unidad y diversidad, autogobierno y gobierno compartido (Máiz, 2019, p. 396); c) pasando por la introducción del principio de personalidad, que articulado conjuntamente con el principio de territorialidad lo corrige y complementa. Este principio se basaría en la libre declaración de la nacionalidad (abandonando una adscripción étnico-racial) y en el establecimiento de una serie de reglas democráticas como el consentimiento individual, el favorecimiento de la presencia en órganos representativos o la participación cultural (Máiz, 2019, p. 397). Bauer menciona una serie de propuestas y

mecanismos como administraciones duales en los cantones mixtos o el federalismo lingüístico, al tiempo que no rechaza la posibilidad de la asimilación como “un proceso de larga duración y el eventual resultado del respecto al pluralismo y la diversidad, evitando por todos medios la ‘coerción nacional’ de la mayoría sobre la minoría” (Máiz, 2019, p. 398); d) y la convicción en que el modelo normativo de estado defendido es superior ética y políticamente, en tanto que supone la solidaridad interterritorial y la riqueza cultural (Máiz, 2019). Su estado contemplaría el mecanismo de secesión como excepción-remedio, desplazándole de ser un objetivo estratégico a ser un mecanismo explorable en caso de fracaso de la acomodación (Máiz, 2019).

6 Conclusiones

En el apartado de los objetivos planteamos una serie de preguntas a las que contestaremos a modo de conclusión. Nos preguntamos: 1) cuál había sido el lugar ocupado por el fenómeno nacional en la tradición interpretativa marxista; 2) qué lugar teórico y normativo ocupa el concepto de nación en Otto Bauer; 3) cuanta originalidad y cuanta herencia contenían sus formulaciones; 4) si su teoría era sistemática y consistente; 5) como conceptualiza el fenómeno nacional; y 6) que diseño normativo defendía para abordar el problema de las nacionalidades en el Imperio Austro-húngaro.

En primer lugar, hemos de decir que la obra de Marx y Engels ha carecido de una teoría sistemática sobre lo político, lo que ha conllevado un abordaje parcial y no integrado teóricamente del fenómeno nacional. Entre los dos principales marcos interpretativos (paradigmas de la producción y de la lucha de clases) de los escritos políticos marxianos se impuso como dominante en el desarrollo de la teoría el paradigma de la producción, y en lo relativo a la reflexión sobre el fenómeno nacional se impusieron dos hipótesis principales: la progresiva desaparición de las naciones y la doctrina de las naciones sin historia. Las generaciones de teóricos y dirigentes políticos de la II Internacional vivieron una crisis de sus marcos interpretativos, y tomando conciencia de sus limitaciones y efectos desarrollaron varias respuestas (ortodoxia cerrada y abierta, revisionismo y sindicalismo revolucionario) que buscaron cubrir el relativo vacío teórico-conceptual sobre lo político de Marx y Engels. Paralelamente al surgimiento de estas respuestas se inician una serie de momentos de reflexión sobre la cuestión nacional (Kautsky y Luxemburg, Austromarxismo y Lenin) entre los que se encuentra Otto Bauer.

En segundo lugar, integrado en un determinado contexto socio-político (Imperio Austro-húngaro entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX) y en un proyecto político (socialdemocracia austríaca) e intelectual (austromarxismo) concreto, el fenómeno nacional constituyó un objeto de preocupación constante en la producción teórica y la iniciativa política de Otto Bauer. El contexto de producción intelectual del austromarxismo implica una apertura al respeto de los paradigmas dominantes en la II Internacional y un segundo momento en la reflexión sobre la cuestión nacional en el marxismo. Junto con Karl Renner, quién abordaría el fenómeno desde una perspectiva jurídica, nuestro autor integra al fenómeno en los marcos teóricos marxistas, proponiendo una síntesis que debido a su naturaleza política integra dos momentos macroteóricos: una teoría empírica y explicativa del fenómeno nacional, y una teoría normativa sobre el diseño pertinente para abordar el problema.

En tercer lugar, las formulaciones contenidas en su idea de nación implican una serie de oposiciones a las principales tesis de la tradición interpretativa marxista: la doctrina de las naciones sin historia y de la progresiva desaparición de las naciones. Pero no sólo ha implicado un conjunto de oposiciones al tradicional abordaje de la cuestión en el marxismo, sino que también lo ha sido de varios de los paradigmas dominantes procedentes de otras tradiciones teóricas: desde las teorías de la nación metafísicas, a las psicológicas o a las empíricas, pasando por las concepciones atomistas y centralistas del estado o la lógica monista subyacente a los dos principios más importantes de configuración del orden político por aquel entonces (principio de las nacionalidades y principio del estado nacional). Por lo tanto, hemos argumentado que Bauer parte desde una tradición que nunca había integrado al fenómeno nacional en sus modelos teóricos, y que además diversifica sus anclajes conceptuales hacia distintas doctrinas y tradiciones (neokantismo, darwinismo, teoría del lenguaje), lo que hace de su idea de nación una propuesta original.

Por último, debemos decir que su obra *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* es la primera obra marxista que no sólo integra, sino que conceptualiza de forma sistemática y consistente el fenómeno nacional. Desde su teoría explicativa hasta su propuesta normativa, Bauer expone múltiples ideas y estudios de caso como la tesis del despertar de las naciones sin historia, la exposición del proceso histórico del desarrollo de las formas nacionales, la crítica del carácter nacional absoluto, la defensa de la comunidad de destino como comunidad inesencial y no substancializada, la lógica progresiva de ampliación de la comunidad de cultura nacional, la crítica del derecho de autodeterminación o la propuesta de un estado federal de las

nacionalidades que combine los principios de personalidad y territorialidad.

Índice de gráficos y tablas

Tabla 1.....	18
Figura 1.....	20
Figura 2.....	20
Tabla 2.....	24
Figura 3.....	35
Figura 4.....	41
Figura 5.....	42
Figura 6.....	45
Figura 7.....	46
Figura 8.....	66

7 Bibliografía

- Adler, M. (1976). *Causalità e teleologia nella disputa sulla scienza*. Bari: De Donato.
- Alegre, L., Liria, C.F. (2018) *Marx desde cero*. Madrid: Editorial Akal.
- Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Armesilla, S. (2017). *El marxismo y la cuestión nacional española*. Madrid: El Viejo Topo.
- Aubet, M.-J. (1977). *Rosa Luxemburg y la Cuestión Nacional*. Barcelona: Anagrama Editorial.
- Arzoz, X. (2015): “Karl Renner y la teoría de la autonomía nacional”, en K. Renner, *Estado y Nación. El derecho de las naciones a la autodeterminación*. Madrid: Tecnos, pp. 11-132.
- Bauer, O. (1979). *La cuestión de las nacionalidades y la social democracia*. Madrid. Siglo Veintiuno Editores.
- Bauer, O. (1970). *Austromarxismus*. Frankfort: Europäische Verlagsanstalt.
- Beiras, X.-M. (2017): “Las cuestiones nacionales en el estado español actual”, en A. Domínguez, (coord), *Repensar la España Plurinacional*. Barcelona: Icaria Editorial, pp. 59-85.
- Bértolo, C. (2017): “Prólogo”, en K., Marx, *Karl Marx contra los nacionalismos*, Madrid, Catarata, pp. 11-27.
- Bottomore, T., Goode, P. (1978). *Austro-Marxism*. Oxford.
- Boudin, L.B. (1907). *The theoretical System of karl Marx in the light of recent Criticism*. Chicago.
- Bujarin, N. (1977). "La economía mundial y el imperialismo", *Cuadernos de pasado y presente*, No. 21, caps. I y II.
- Calello, H., Neuhaus, S. (2011). *Gramsci, una travesía hacia el socialismo en América Latina*. Volumen I, Caracas: Monte Ávila Editores.
- Cohen, J. (1982). *Class and Civil Society. The limits of marxian critical theory*. Oxford: Robertson.
- Connor, W. (1984). *The National question in Marxist-Leninist theory and strategy*. Princeton: Princeton University Press.
- Dardot, P., Laval, Ch. (2012). *Marx, Prénom Karl*. Paris: Gallimard
- Domènech, A. (2019). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Madrid: Ediciones Akal.
- Duménil, G., Löwy, M., Renault, E. (2014). *Las 100 palabras del marxismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Eidelman, A. (2012): “Lenin y el debate de la socialdemocracia sobre la cuestión nacional (1912-1916)”, *Hic Rhodus. Crisis capitalista, polémica y controversias*, pp. 55-66. Disponible

en: <https://publicaciones sociales.uba.ar/index.php/hicrhodus/article/view/948/836> [Consulta: 28 de julio 2019].

Engels, F., Marx, K. (2004). *Manifiesto comunista*. Madrid: Editorial Akal.

Engels, F. (2013). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Madrid: Alianza editorial.

Engels, F. (2014). *Anti-Düring*. Madrid: Fundación Federico Engels.

García-Pelayo, Manuel. 1977. *La teoría de la nación de Otto Bauer*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.

Errejón, Í., & Mouffe, C. (2015). *Construir pueblo: hegemonía y radicalización de la democracia*. Barcelona: Icaria Editorial.

Fontana, J. (2017). *El siglo de la revolución: Una historia del mundo desde 1914*. Barcelona: Grupo Planeta.

Fraser, N. (2017): “El final del neoliberalismo ‘progresista’”, *Sin Permiso*, 12 de enero. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista>

Haupt, G. (1986) *El historiador y el movimiento social*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

Haupt, George, Michel Lowy (1980). *Los marxistas y la cuestión nacional*. Barcelona: Editorial Fontamara.

Hilferding, R. (1985). *El capital financiero*. Madrid: editorial Tecnos.

Hobsbawm, E. J. (1997). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Madrid: Crítica.

Kautsky, K. (1903). *La cuestión agraria*. Madrid: Viuda de Rodríguez Serra.

Kann, R.A. (1973). *The Habsburg Empire. A study in integration and Desintegration*. New York.

Kolakowski, Leszek (1982). *Las principales corrientes del marxismo*, tomo II. La edad de oro. Madrid: Alianza.

Krätke, M.R. (2018): “Marx y la crisis de la democracia”, *Sin Permiso*, 6 de octubre. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/marx-y-la-tesis-de-la-democracia> [Consulta: 28 de julio 2019].

Laclau, E., Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

Laclau, E. (2016). *La razón populista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

Lenin, V. I. (1966). *Problemas de política nacional e internacionalismo proletario*. Madrid: Progreso.

Lenin, V.I (2012). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Madrid: editorial Taurus.

López, D. (2011): “La cuestión nacional según Otto Bauer. Notas críticas en torno a un clásico”, *Estudios Sociales*, 41(1), 9-40. Disponible en:

<https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/EstudiosSociales/article/view/2680>

- Luxemburg, R. (1985). “La acumulación del capital”, colección *Biblioteca de política, economía y sociología*.
- Máiz, R. (2010). “Karl Marx. De la superación del Estado a la Dictadura del Proletariado”, en Vallespín, Fernando (ed.). *Historia de la Teoría Política*, 4, pp. 103-170.
- Máiz, R. (2011). *A arte do imposible: ensaios a contrafío sobre o valor da política*. Vigo; Santiago de Compostela: Galaxia; Xunta de Galicia, Secretaría Xeral de Política Lingüística.
- Máiz, R., Pereira, M. (2017): “Teoría evolutiva de la nación y federalismo plurinacional en la obra de Otto Bauer”. *Revista Española de Ciencia Política*, número 45, pp. 13-42. Disponible en: <https://recyt.fecyt.es/index.php/recp/article/view/58906> [Consulta: 30-11-2017]
- Máiz, R. (2019). *Nacionalismo y federalismo: Una aproximación desde la teoría política*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Máiz, R. (2019): *Karl Marx e a autonomía da política*. Trabajo inédito. USC, Santiago de compostela.
- Marramao, Giacomo. 1977. *Austromerxismo e socialismo de sinistra fra le due guerre*. Milán: La Pietra.
- Marx, K. (2011). *La guerra civil en Francia*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Marx, K. (2015). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza editorial.
- Marx, K. (2017). *Karl Marx contra los nacionalismos*. Madrid: Catarata.
- Masaryk, T. (1898). “La crise scientifique et philosophique du marxisme contemporain”. *Revue Internationale de Sociologie*.
- Masaryk, T. (1899). *Die philosophischen und sociologischen Grundlagen Marxismus*.
- Raventós, D. (2007). *Las condiciones materiales de la libertad*. Madrid: El viejo topo.
- Renner, K. (1949). *The institutions of private law and their social functions*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Renner, K. (2015). *Estado y nación. El derecho de las naciones a la autodeterminación*. Madrid: Tecnos.
- Rivadeo, A. M. (1994): “El marxismo y la cuestión nacional”. *Dialéctica*, n. 25, primavera de 1994. UNAM.
- Riviere, Q., y Lucía, M. (2015): “Las Concepciones Centrales Del Liberalismo Y Del Socialismo Sobre La Nación En Europa: 1850-1914”, *Revista de derecho del Estado*, n. 34,

enero-junio. Disponible en: <https://papers.ssrn.com/abstract=2637597>

San Miguel, C. R. (2018): "Ocho claves para el patriotismo democrático que viene", *Revista Contexto*, 14 de septiembre. Disponible en: <https://ctxt.es/es/20180912/Firmas/21707/democracia-feminismo-nancy-fraser-polanyi-capitalismo-clara-ramas.htm>

Rundell, J. (1987). *The Origins of Modernity* Cambridge: Polity Press.

Souyri, P. (1970). *El marxismo después de Marx*. Barcelona: Ediciones Península.

Stalin, J. (1973). *El Marxismo y el Problema Nacional*: Ediciones Cepe: Buenos Aires.

Tönnies, F. (2009). *Comunidad y asociación*. Madrid: Editorial Comares.

Vallespín, F. (2017). *Populismos*. Madrid: Alianza editorial.

Woodfin, R., Zarate, O., & González Prendes, D. (2017). *Marxismo: una guía ilustrada*. Madrid: Tecnos.

